

¿Por qué la odiaba tanto?
¿Acaso ella no se había entregado por completo?
Bianca
aventura, intriga y pasión.
Novelas con corazón
México
$ 400
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
Venezuela
Bs. 15
UN MOMENTO
EN EL TIEMPO
Yvonne Whittal

Un momento en el tiempo

Yvonne Whittal

Un momento en el tiempo (1987)
Título Original: A moment in time (1985)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 268
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Lyle Venniker y Christine “Christie” Olson

Argumento:
Cinco años antes, el matrimonio de Christie con Lyle Venniker había terminado en un amargo divorcio. Ella creía que ya había pasado lo peor, cuando volvió a encontrarse con Lyle. Su sorpresa fue enorme al descubrir que tendría que verle durante mucho tiempo, pues él era el jefe de la expedición arqueológica al Transvaal, de la que Christie era miembro. Tal vez, las cenizas de su matrimonio no estaban tan apagadas como ella creía…

Capítulo 1

El sobre ostentaba el sello de la universidad; Christie Olson lo sostenía con sus delicados dedos que temblaban levemente. Estaba ansiosa por saber lo que contenía, pero por algo incomprensible, sentía miedo. No necesitaba ese empleo con la desesperación de los otros solicitantes. Sin embargo, acompañar a un grupo de estudiantes de arqueología en una expedición de un mes, le pareció la oportunidad que necesitaba para poner un poco de luz en su rutinaria vida como secretaria en una oficina de contadores en Johannesburgo.

Sammy Peterson fue el primero en notar su inquietud.

—Te has atado a una máquina de escribir durante tres años, y eres demasiado testaruda para reconocer que has cometido un error —le decía unas noches atrás, cuando la llevó a cenar—. Lo que necesitas es la emoción del escenario y unas cuantas horas agotadoras, pero fantásticas, en un estudio de grabación.

La generosa boca de Christie se curvó en una cínica sonrisa, pero el gesto pasó inadvertido para el hombre calvo que fumaba placenteramente su habano. Sammy estaba acostumbrado a lo que llamaba "ataques temporales" de los artistas contratados por él, y consideraba a Christie de su exclusiva propiedad, a pesar de que el contrato había expirado hacía ya tres años.

—¿Olvidas que fui yo quien te encontró tocando la guitarra y cantando por una miseria en un café? —se inclinó hacia ella envuelto en una nube de humo, y fijó su pálida mirada gris en la joven—. Yo te convertí en estrella, Christie, y ahora esperas que permanezca sentado y observe cómo arruinas todo lo que te ayudé a construir con tanto cuidado.

—La elección fue mía, Sammy.

—Tus emociones eran muy inestables cuando decidiste renunciar, y culpo a Lyle Venniker de eso.

—No hablemos de Lyle —el rostro de Christie se convirtió en una máscara dura y fría detrás de la cual había ocultado sus sentimientos durante cinco largos años. Y Sammy Peterson la conocía lo suficiente para darse cuenta que había llegado demasiado lejos en su intento por recuperarla; empero, no era la

clase de hombre que renunciaba con facilidad a una batalla al desesperarse por conseguir algo.

—He mandado redactar un nuevo contrato y está esperándote —dijo más tarde, esa misma noche, cuando la dejó en su apartamento—. Si cambias de parecer, sabes que sólo tienes que ir y firmarlo.

Christie no contestó; al día siguiente acudió a la entrevista en la universidad, pero las palabras de Sammy no abandonaron su mente. Él la hizo recordar aquel primer año después de que abandonó el orfanato para enfrentarse sola al mundo. En ese momento se sintió incapaz de encontrar algo que le diese suficientes ingresos y, desesperada, al fin aceptó un empleo en un café-bar, donde servía a los parroquianos durante el día y cantaba por las noches, para conseguir así el dinero extra que necesitaba con urgencia. Era cierto que, en ocasiones, extrañaba la emoción del escenario o la grabación de un nuevo disco, pero el precio que había pagado por ser reconocida fue muy alto. Cuando su contrato expiró, dejó esa parte de su vida en el pasado, y juró nunca volver a ella.

El sobre crujió entre los dedos de Christie; el pasado era algo que había decidido no recordar más, y se propuso volver sus pensamientos al presente, al tiempo que abría el sobre y sacaba una hoja de papel. Su mirada recorrió las primeras líneas y su rostro se iluminó de emoción. ¡Había conseguido el empleo! Durante unos momentos, la felicidad le impidió comprender el resto de la carta y permaneció de pie, con la mirada fija en el papel. Jamás imaginó que tendría éxito; los otros solicitantes parecían más adecuados para una expedición arqueológica, y también más experimentados, reflexionó Christie al recordar cómo los demás hablaban sin cesar de sus calificaciones.

Christie se sentó en una cómoda silla y se reclinó en el respaldo durante unos segundos, con los ojos cerrados, para calmarse lo suficiente antes de leer el segundo párrafo de la carta que aún tenía en las manos.

“El profesor y su grupo de estudiantes planean salir de Johannesburgo el 17 de febrero, y es por tanto imperativo que se ponga en contacto con nosotros cuanto antes para discutir los últimos detalles”.

Era irónico; en una ocasión, Lyle le había pedido que lo acompañase a realizar unas excavaciones en Pompeya, Italia, pero

ella tuvo que rechazar su invitación por ciertos compromisos. En esta oportunidad, en vez de Lyle, viajaría con un maestro de arqueología y su grupo de estudiantes al norte de Transvaal; experimentó una cierta amargura ante esa idea.

Lyle. No quería pensar en Lyle Venniker, pero los recuerdos asaltaron su mente con la repentina fuerza de una tormenta. Se habían conocido en casa de unos amigos después de su primera presentación en público, y de inmediato Christie se sintió atraída por el alto y esbelto arqueólogo de penetrantes ojos oscuros. La atracción fue mutua, o al menos eso creyó ella en aquel momento. Un mes después se casaron, a pesar de las protestas de Sammy Peterson ante tal premura. Ella contaba veinte años, estaba deslumbrada por el éxito y enamorada por primera vez en su vida; mas su felicidad fue breve. Lyle se mostraba posesivo y no ocultó su disgusto por todo el tiempo que ella requería en su profesión. Él insistió en que lo acompañase a Italia, y Christie se encontró de pronto entre el amor por su marido y la lealtad que debía a Sammy Peterson, quien le había dado la oportunidad de su vida. En vez de comprender su predicamento, Lyle la forzó a elegir entre él y su carrera de cantante. La elección fue cruel y muy injusta; el contrato con la compañía de Sammy Peterson no terminaría sino hasta dos años después, estaba programada para varias sesiones de grabación, y Sammy había planeado una larga gira por el país, la cual no podía cancelar. Fue imposible para ella escapar de sus compromisos y, después de seis cortos pero tormentosos meses, su matrimonio terminó. El divorcio fue casi tan rápido como la boda. Lyle se fue solo a Italia y, por lo que ella sabía, jamás regresó.

Christie alejó esos pensamientos. Después de cinco años, el dolor era tan intenso como lo había sido el día que Lyle salió furioso del apartamento y, mientras metía la carta en el sobre otra vez, sus ojos se iban oscureciendo por la angustia…

Suspiró y se puso de pie. Comenzaba a oscurecer, por lo que encendió las luces de su espacioso apartamento amueblado con elegancia. Siempre fue precavida al gastar su dinero y, después de una infancia marcada por la pobreza, ahora podía ya darse el lujo de disfrutar de los pocos placeres que logró acumular con los años. No obstante, no haber nada de ostentoso en los muebles, había creado un ambiente agradable, con los colores claros y tonalidades

pastel.

Christie se preparó algo de comer antes de darse un relajante baño. Miró un rato la televisión, pero al no poder concentrarse en el programa, decidió meterse en la cama. Iría a la universidad al día siguiente por la mañana para discutir los últimos detalles y luego aprovecharía los días que tenía disponibles para comprar ropa apropiada. Acamparían en tiendas en un lugar que, suponía, se encontraba muy lejos de la civilización, y las prendas que tenía eran nada adecuadas para la clase de vida que llevaría durante las próximas semanas.

El espejo de su dormitorio capturó la sutil gracia de sus movimientos cuando entró, y Christie se detuvo el tiempo suficiente para observarse en él. Su opinión era que tenía los ojos demasiado grandes y la boca ancha. Pasaba por alto el hecho de que esto, unido a la perfección clásica de sus proporciones, le proporcionaba una hechizante belleza que resultaba muy atrayente para los hombres. Nunca careció de compañía masculina, pero, desde su divorcio de Lyle, ella adoptó una actitud fría y distante, en la que sólo Sammy Peterson había logrado penetrar. Había resultado lastimada ya en una ocasión, y no permitiría que sucediese otra vez.

El chófer del taxi dejó la enorme mochila de la joven en el pavimento, mientras Christie hurgaba en el bolso de mano. Le pagó la cantidad requerida además de una generosa propina; el hombre se alejó dejándola sola en los jardines de la universidad. Era una cálida mañana de febrero, y después de una caótica semana de preparativos, comenzó a sentirse fatigada por el calor.

Dos autobuses, un microbús y un *jeep* estaban estacionados a poca distancia. Christie sonrió; había llegado al lugar correcto, no había duda, y su mirada se dirigió hacia un grupo de estudiantes sentados bajo la sombra de un roble. Discutían acerca de la expedición, y su evidente alegría era contagiosa. El corazón de Christie se aceleró al recoger la pesada mochila, y comenzaba a pensar que había pasado inadvertida cuando un joven de cabello oscuro se separó del grupo. El chico se le acercó y Christie notó cómo sus ojos verdes recorrían con interés su esbelta figura, ataviada con pantalones ligeros y una blusa de algodón.

—Usted debe ser la señorita Olson —la saludó con una encantadora sonrisa.

—Así es —confirmó ella, y sus labios se curvaron de manera involuntaria.

—Yo soy Dennis de Villiers —estrechó la mano de Christie con entusiasmo—. Si me da su mochila, la pondré en el vehículo con el resto del equipaje. El profesor llegará en cualquier momento.

La mochila de Christie abandonó sus hombros antes que ella pudiese protestar.

—Es usted muy gentil —murmuró al seguir a Dennis de Villiers hacia los vehículos estacionados.

—No agradezca nada —él ignoró su comentario al tiempo que dejaba caer la maleta en la parte trasera de uno de los autobuses, inclinando luego la cabeza hacia los demás estudiantes, quienes los observaban con interés—. Venga a conocer a los demás.

Christie fue presentada con quince estudiantes, tres de los cuales eran chicas; una de ellas, Erica, atrajo su atención. Era rubia y sus ojos claros tenían destellos dorados, y poseía cierto aspecto felino, lo que provocó que Christie se pusiera en guardia de inmediato.

—Seguro ya te habrás dado cuenta de que todos nos llamamos por nuestro nombre de pila —sonrió Dennis y se volvió hacia Christie con suspicacia—. ¿Cuál es el tuyo?

—Christie —contestó, pero se arrepintió en ese instante al notar el destello de interés en la mirada de Erica.

—Hubo una cantante de música popular hace unos años llamada Christie. Mi hermano estaba loco por ella y compró todos sus discos.

—¿En serio? —Christie adoptó una expresión aburrida que hacía juego con su respuesta indiferente; sin embargo, Erica no se dejó intimidar.

—Aunque no sé qué le ocurrió —continuó diciendo—. Desapareció de los escenarios de la noche a la mañana.

—Tal vez su popularidad decayó —sugirió Christie, con la esperanza de terminar con el tema.

—¡Lo dudo mucho! —exclamó Erica con una ronca carcajada de incredulidad, al tiempo que estudiaba a Christie detenidamente; su mirada se deslizó desde los rizos castaño-dorados que enmarcaban el rostro de Christie, hasta los cómodos zapatos de lona—. Mi hermano la consideraba una de las mejores cantantes de música

popular de Sudáfrica, y él es un conocedor: trabaja en la compañía grabadora que produjo sus discos.

Christie sintió un escalofrío, pero la charla lúe interrumpida de pronto cuando Dennis dijo emocionado:

—Aquí viene el profesor.

Christie se volvió siguiendo la dirección de su mirada, y todo a su alrededor pareció paralizarse. El hombre que caminaba hacia ellos era Lyle Venniker; el pasado y el presente se fundieron con descomunal fuerza, y estremecieron el pequeño y seguro mundo que Christie había creado para sí durante los últimos cinco años. Permaneció inmóvil como una estatua, con el rostro pálido, mientras los demás se levantaban para rodearlo; fue entonces cuando esos oscuros y penetrantes ojos se encontraron con los de ella sobre las cabezas de los demás y el corazón de Christie comenzó a latir de nuevo con temor. Lyle pronunció una cortante orden y envió a los estudiantes a toda prisa hasta los vehículos; sólo entonces se acercó a Christie. Ella jamás habría experimentado un deseo tan intenso de escapar de alguien, pero sus piernas se negaron a obedecer y permaneció helada en su sitio hasta que él se detuvo a menos de un paso de distancia, con expresión ominosa.

Alto, esbelto, bronceado; parecía el mismo, excepto por la distinción que le daban las canas que cubrían sus sienes, haciéndolo parecer un poco mayor que sus treinta y ocho años; pero habían otras diferencias que ella comenzó a notar al salir de su estado de asombro. Las atractivas facciones se habían afilado, los ojos eran más duros, y la boca más severa de lo que recordaba. Eso acentuaba de alguna manera su atractivo masculino, y Christie experimentó un inquietante estremecimiento cuando su profunda oscura mirada se posó un instante en su cabello, el cual hacía cinco años le llegaba a la cintura.

—El destino debe de sentir un diabólico placer al cruzar de nuevo nuestros caminos, pero quiero que sepas que si me hubiese enterado ayer, habría insistido en que eligieran a otra persona.

Su profunda y conocida voz vibraba con amargo disgusto y Christie fue presa de una gélida ira que no había sentido en muchos años.

—Te aseguro que habría retirado mi solicitud de inmediato si hubiese sabido que tú dirigirías esta expedición.

—Ya que estamos de acuerdo en eso, deseo discutir contigo un par de asuntos antes de salir —su actitud era autoritaria, y había algo de amenazante en su voz—. Durante las próximas cuatro semanas soportaremos una gran tensión, así que no esperes favores. Además de anotar los datos y escribirlos a máquina, espero que cooperes en todas las tareas, como los demás. El grupo, en conjunto, tendrá la oportunidad de demostrar sus habilidades culinarias, y esa regla también te incluye.

Christie se sintió indignada por el deliberado insulto. ¡Cómo se atrevía a suponer que ella trataría de evadir el trabajo pesado! Su ira se incrementó, pero logró dominarla y preguntó con frialdad:

—¿Algo más?

—¡Sí! —estalló él; sus hombros se agitaron bajo la camisa azul, y pareció que la tensa tela se rompería en cualquier momento—. Será mejor que seas tan buena en tu trabajo como dicen.

Si eso era un reto, entonces no lo ignoraría.

—¿En cuál vehículo viajaré?

—Estarás en el primer autobús, con Dennis de Villiers.

—Gracias —se miraron con rencor y en silencio durante varios segundos—. ¿Puedo irme?

Christie formuló la pregunta en un tono cortante y él asintió con la cabeza antes de dirigirse hacia el *Jeep*. Ella lo miró un momento; estudió las largas y musculosas piernas que cubrían los pantalones color caqui, las firmes caderas y los amplios hombros. Le parecía imposible creer que alguna vez hubiesen compartido la intimidad; ahora, él le parecía un extraño y, sin embargo, su mente se encontró de pronto invadida por las imágenes de los momentos compartidos que no había querido recordar más. Hacía cinco años se había visto forzada a apartarlos de su mente y su corazón, y creyó haberlo conseguido, pero al verlo ese día, la realidad revivió los seis meses que vivieron juntos. Fueron seis meses de amor y risas, hasta que sus distintas profesiones cavaron un surco tan profundo entre ellos, que nada, excepto un milagro, habría salvado su matrimonio.

Christie dejó de lado esos pensamientos y caminó de prisa hasta el vehículo, donde Dennis de Villiers se encontraba sentado ante el volante. Se sentó en la cabina junto a él y, aún lastimada por los insultos de Lyle, cerró la puerta con exagerada fuerza.

—¡Eh! —Dennis se volvió a mirarla, sobresaltado, e indicó con

un dedo sobre su hombro—. Se supone que las chicas deben viajar en el microbús.

—Me dijeron que debía venir aquí, y ese arreglo me viene muy bien.

—¡El profesor debe estar loco! —estalló Dennis—. No puedes viajar en esta licuadora.

—¡Olvídalo! —el tono cortante de su voz impidió que él se apeara del autobús para enfrentarse con Lyle—. Estaré bastante cómoda aquí contigo.

Tuvo la desagradable y creciente sospecha de que Lyle pretendía hacerle la vida difícil durante las siguientes semanas, y que ordenarle viajar en ese vehículo era sólo el principio. Forzó una sonrisa en sus rígidos labios, pero la incertidumbre en la mirada de Dennis no desapareció.

—Lo olvidaré si quieres, pero… —el rugido de un auto rojo lo interrumpió al pasar junto a ellos, y los dos volvieron las cabezas al verlo detenerse frente al *Jeep* de Lyle—. Parece que nos demoraremos un poco más —agregó Dennis con un dejo de impaciencia.

La mujer que se apeó del coche era alta, rubia y parecía muy hermosa a pesar de la distancia. Caminó con rapidez hasta el *Jeep* y Lyle se volvió a recibirla con una sonrisa que suavizó sus facciones de manera milagrosa. La mujer inclinó la cabeza para besarlo en la mejilla, y Christie sintió algo extraño que no quiso analizar en ese momento.

—¿Vendrá ella con nosotros? —preguntó, y contuvo el aliento por un motivo inexplicable.

—¿Ella? ¡No! —rió Dennis, desdeñoso—. No mancharía sus inmaculadas manos para hacer algo por sí misma, y menos por los demás.

Christie no pudo apartar la mirada de la elegante joven, quien parecía enfrascada en una seria discusión con Lyle.

—¿Quién es?

—Sonia Deacon —respondió Dennis, cortante—. Su padre es un hombre importante en el negocio de las minas, y no se ha despegado del profesor desde que regresó al país hace seis meses.

Sin advertirlo, Dennis le dio a Christie más información de la que ella necesitaba, mas no estaba preocupada por Lyle en ese

momento. Sonia Deacon parecía suplicante, pero la expresión de Lyle era firme y decidida al sacudir la cabeza.

—Parece estar molesta por algo —comentó Christie casi para sí.

—Es una mujer muy posesiva, y me parece que no le agrada la idea de que el profesor se ausente de ella durante un mes.

Christie observó las inconmovibles facciones de Lyle. Él la escuchaba, pero no participaba en la discusión en ese momento; Sonia Deacon finalmente dio la vuelta y se metió de nuevo en el auto, rabiosa. El coche se alejó de la acera, giró en U con gran estrépito de neumáticos y desapareció luego por donde había llegado unos minutos antes.

Christie y Dennis intercambiaron miradas, y en el instante siguiente, vieron cómo Lyle se acercaba a su autobús con el ceño fruncido.

—¡Vámonos! —le gritó al chico—. ¡Ya nos hemos demorado bastante!

Lyle no esperó a que Dennis contestara, regresó al camino y agitó los brazos a los demás vehículos, situados detrás de ellos, indicando que iniciaran el viaje. Unos minutos después, se encontraban en la autopista que conducía a Pretoria.

Dennis no bromeaba cuando llamó "licuadora" al autobús. El asiento era demasiado duro, cada bache hacía saltar a Christie, y el calor de la cabina era casi intolerable. Lyle dirigía al grupo a una velocidad constante, y a Christie le parecía haber viajado ya durante días, en vez de horas, cuando al fin se detuvieron a almorzar en Potgietersrus. Ella buscó la compañía de las tres jóvenes del grupo, en un intento deliberado por evitar a Lyle, y notó cómo sus anteriores temores sobre Erica desaparecían con rapidez. Ella era una chica inteligente y encantadora, y Christie podía decir lo mismo de Sandra y Valerie.

El restaurante fue como un fresco oasis después de las largas horas de viaje en ese calor, pero muy pronto tuvieron que continuar la marcha y Christie, reacia, se ubicó en el exterior bajo la abrasadora luz del sol.

—Mike ocupará tu lugar —informó Valerie moviendo la pelirroja cabeza para señalar a un chico rubio reclinado contra el microbús que fumaba un cigarrillo—. Él viajará el resto del camino en el autobús y eso significa que tendremos espacio suficiente para

ti.

Christie estuvo a punto de aceptar la sugerencia de Valerie, cuando su mirada se topó con la de Lyle. La expresión de su rostro le decía que había escuchado cada palabra de su alumna. Una sonrisa sarcástica curvó los labios del hombre, al tiempo que aparecía en su mirada un desafío en espera de la respuesta, así que Christie tuvo que realizar un esfuerzo para contener nuevamente su rabia.

—Gracias por el ofrecimiento —le dijo a Valerie sin bajar la voz —, pero me parece que no debemos alterar los planes. El profesor Venniker no parece encontrarse de muy buen humor, y estoy segura de que sería capaz de matarnos si lo contrariamos.

Sandra era la más tímida de las estudiantes, pero se mostró inquieta cuando miró más allá de Christie y susurró:

—Estoy segura de que el profesor te oyó.

Christie tuvo ganas de preguntar: "¿Y qué?", pero en vez de ello adoptó una actitud relajada y contestó:

—¿Te parece?

Sandra asintió con su oscura cabeza, y en el instante siguiente, la profunda voz de Lyle rugió una orden, a espaldas de Christie.

—Todos a sus lugares, ¡nos vamos! —Christie se volvió hacia el primer autobús, pero unos dedos de acero le sujetaron con fuerza el brazo y la forzaron a enfrentar al hombre que la miraba con expresión casi asesina—. Otro comentario ofensivo sobre mí, dirigido a los estudiantes, y te envió de inmediato a Johannesburgo —amenazó, con voz baja y feroz.

El antagonismo parecía algo tangible entre ellos, y durante un momento, Christie se dijo: "Esta es mi oportunidad para escapar", pero por un motivo inexplicable, se encontró a sí misma murmurando una disculpa.

Los conocidos ojos oscuros parecieron penetrar en los de ella por un momento, antes que él se volviese y regresara al *Jeep*. Christie no tenía deseos de llamar la atención y lo siguió deprisa. Luego ocupó su asiento junto a Dennis, pero aún estaba furiosa; dirigió a Lyle una mirada de odio, sin saber que lo hacía, cuando él ocupó su cómodo lugar en el *Jeep*.

El autobús se estremeció cuando Dennis encendió el motor, y en el momento que el *Jeep* se puso en marcha, Dennis lo siguió.

—El profesor no es un mal tipo cuando lo conoces mejor —comentó el chico sin apartar la mirada del camino, y Christie se dio cuenta, sobresaltada, de que él debió de haber escuchado el comentario que ella hizo un poco antes.

—No dudo que tengas razón —contestó fría, y en silencio se hizo la advertencia de que tendría que ser más cuidadosa en el futuro si no quería que los estudiantes sospecharan que había conocido a Lyle antes de esa mañana—. Nunca he sido una buena viajera, y el calor me ha puesto irritable —disculpó su comportamiento, y no era mentira.

—Ha sido un día difícil —reconoció Dennis y después de eso, cayeron en un cómodo silencio que Christie agradeció.

Salieron de la carretera principal y tomaron un camino secundario que iba rumbo al noroeste. Christie nunca había viajado tan al norte, y le sorprendía el repentino cambio de la vegetación. Habían dejado atrás las montañas, pero el camino que seguían parecía subir por colinas y descender hacia valles donde la vegetación era muy verde y fértil a lo largo de los ríos.

El calor se volvió insoportable; tenía la garganta reseca y la ropa comenzaba a adherirse a su piel sudorosa. Una mirada a Dennis le confirmó que él padecía el calor tanto como ella. El sudor corría libremente por el rostro y el cuello de la joven, y la camisa de Dennis estaba empapada en las axilas.

—¿Aún falta mucho? —inquirió ella, al tiempo que se colocaba las gafas oscuras sobre la cabeza para secarse el rostro con un pañuelo.

—Me parece que faltan unos cincuenta kilómetros más.

Christie suspiró, y se preguntó si su adolorida espalda volvería a ser la misma de antes. Cincuenta kilómetros era nada en una carretera decente, pero hacía tiempo que conducían por ese camino de tierra y rocas, envueltos en la nube de polvo que levantaba el *Jeep*. Christie miró por el retrovisor y comprobó que el autobús dejaba una nube mucho más grande y su compasión se dirigió hacia los ocupantes de los otros vehículos.

Era media tarde cuando llegaron a Dialsdrif, un pequeño pueblo de no más de seis tiendas y algunas lindas casitas que se apiñaban bajo la sombra de los árboles. El *Jeep* disminuyó la velocidad al entrar al pueblo, y Dennis pisó el pedal del freno para hacer lo

mismo. Christie pensó que cruzarían el pueblo sin detenerse, pero Lyle hizo una señal para que se estacionaran cerca de las tiendas.

Nadie esperó una segunda invitación para aliviar sus adoloridos cuerpos y salir de los empolvados vehículos para estirar las piernas.

Christie jamás había visto a un grupo de viajeros tan fatigados reunidos en una acera, pero cuando miró a Lyle, descubrió que él era la excepción. Siempre lo admiró por esa enorme energía y vitalidad, en ese momento tuvo que volver a hacerlo cuando lo vio saltar del *Jeep* para acercarse, con paso vivo, hasta ellos. Todos habían perdido la fuerza hacía varias horas, pero Lyle parecía tan fresco como cuando abandonaron la universidad esa mañana.

—Este es él último pueblo antes de abandonar la civilización; y después, uno de nosotros vendrá a Dialsdrif una vez a la semana para comprar víveres y conseguir lo que necesitemos —su oscura mirada recorrió a los estudiantes, se posó durante un instante en Christie, y luego volvió a alejarse—. Si alguien ha pensado en algo que podría necesitar y que no trae consigo, sugiero que lo compre ahora. Tienen treinta minutos, nada más —añadió y miró su reloj de pulsera.

—A mí me gustaría tomar algo frío —dijo Dennis a Christie—. ¿Y a ti?

—Estoy casi muerta de sed desde hace algún tiempo —confesó; se dirigieron hacia una tienda que parecía vender de todo, desde un alfiler hasta equipos para granja.

—¡Christina! —Christie quedó paralizada, y tardó varios segundos en recuperar el control de sus expresiones, antes de volverse para enfrentar a Lyle. Él jamás la llamó Christina, ni siquiera durante sus momentos de mayor enfado, y el sonido de su nombre completo en labios de Lyle la hizo sentir de pronto como si hubiese recibido una ducha fría. Tembló a pesar del candente sol, e hizo un esfuerzo para encontrarse con aquella penetrante mirada—. ¿Trajiste un sombrero?

Ella no sabía qué era lo que él esperaba, pero su pregunta la hundió en un abismo de confusión.

—No, yo… yo…

—Sugiero que compres uno —la interrumpió, cortante—. El sol suele ser peligroso en esta parte del país.

Parecía como si el polvo del camino hubiese anidado en su

garganta, y el breve contacto de esa mano en su espalda parecía quemarla a través de la blusa mientras Lyle la conducía hacia el interior de la tienda. Él no permaneció a su lado, como ella temía, sino que se dirigió al enorme refrigerador para tomar una lata de jugo de frutas.

Invadida de estudiantes, la tienda parecía ver reducidas sus dimensiones, pero Christie, en ese momento sólo pensaba en Lyle, y en la quemante sensación que le dejara esa mano en su espalda. ¿De veras le preocupaba que pudiese sufrir una insolación, o acaso sólo intentaba evitar la posibilidad de más enfrentamientos? Encogió los hombros al elegir, al azar, un sombrero de paja de ala ancha y una bebida enlatada, cosas que pagó al hombre canoso y esbelto que se encontraba detrás del mostrador. Pudo sentir cómo la vista de Lyle seguía todos sus movimientos, y salió de la tienda para escapar de aquella inquietante mirada, pero después de un breve intervalo, él la siguió hasta donde se encontraba apoyada contra el tronco de un árbol, el cual obsequiaba su sombra a la acera.

Christie trató de ignorarlo; abrió la lata y bebió, sedienta, el jugo de frutas; pero Lyle no era la clase de hombre fácil de ignorar. Su presencia resultaba demasiado evidente, parado como estaba frente a ella, con las manos apoyadas en las caderas, en actitud casual; pero no había nada de casual en la forma en que la miraba. Sus ojos la desnudaban prácticamente, en un deliberado intento por insultarla y humillarla… y lo consiguió. Un profundo rubor cubrió el rostro de la joven y, por alguna ridícula razón, sintió deseos de llorar, mas la ira salió al rescate. Hacía ya muchos años que Lyle la había hecho derramar el llanto, y no lo haría de nuevo en ese momento sólo porque él logró hacerla sentir como un asqueroso insecto que se había atrevido a salir de debajo de una piedra a sus pies.

—¿Qué ocurrió con tu fabulosa carrera? —la sonrisa acentuaba el sarcasmo de la pregunta, y Christie se dominó para dar una respuesta de la misma clase, al ver que un grupo de estudiantes salía en ese momento de la tienda.

—Mi contrato expiró hace tres años —confesó, reacia—. Ya había perdido el interés en mi carrera como cantante, así que me inscribí en una escuda para secretarias y al fin encontré un empleo donde no necesitaba ser el centro de atracción.

—Me parece recordar que te gustaba serlo.

—Ese comentario demuestra que no me conoces.

Sus miradas volvieron a encontrarse, furiosas, y ella vio cómo volvía a encontrarse aquel pequeño músculo en la mandíbula de Lyle, revelando su ira.

—¿Por qué diablos tuviste que solicitar este trabajo? —demandó en voz baja, ronca y amenazadora.

Christie encogió los hombros con calma.

—Es distinto a todo lo que he hecho hasta ahora, y me pareció una atractiva aventura.

—Los estudiantes no han venido en busca de aventuras —la previno con una velada y cruel insinuación; se encontraba parado tan cerca de ella, que Christie pudo detectar el familiar y evocador aroma de su colonia—. Esta expedición es parte vital y enriquecedora de sus estudios, y será mejor que lo recuerdes.

Christie se sorprendió al encontrarse temblando cuando él se marchó. Nunca se había visto en la situación de temer a Lyle con anterioridad, pero ahora le temía; podía presentir una desconocida violencia en él, violencia que no había encontrado durante su breve matrimonio, y, aún más, comenzó a temer las cuatro semanas que le aguardaban como su secretaria. Él sería un jefe muy difícil de complacer, y aún le faltaba descubrir lo difícil que le resultaría complacerlo.

Capítulo 2

El campamento estaba situado a la mitad del camino, entre una montaña con salientes rocosas en lo alto, y el río Mogalakwena. Era un lugar ideal, ya que a ambos puntos se podía llegar a pie en tan sólo cinco minutos desde el campamento; el primer día lo pasaron conociendo los alrededores. Erica, Sandra y Valerie compartían una tienda y los hombres se distribuyeron en las otras tres. Christie disponía de una para ella sola, no sabía si por un gesto que pretendía privilegiarla o por buscar una manera de aislarla del grupo. Lyle también se instaló solo en una tienda enorme, dividida para servir como oficina en un lado y como dormitorio en el otro.

Un recodo del río Mogalakwena, junto con las rocas del lugar, creaban un estanque poco profundo en el que podían bañarse; llevaban consigo suficiente agua y comida para una semana. Los alimentos fáciles de descomponerse estaban guardados en una heladera de gas en la tienda que les servía de almacén, y para cocinar usaban una estufa de gas o encendían una fogata. Todo estaba muy bien organizado y resultaba bastante más civilizado de lo que había anticipado Christie; sin embargo, aun así encontraba muy extraño comer bajo las estrellas y rodeada de los ruidos nocturnos de ese ambiente desconocido y un poco atemorizante. La fatiga hizo que todos se acostaran temprano la primera noche, pero Christie tardó en quedarse dormida. Un saco de dormir y un catre eran pésimos sustitutos de la cómoda cama de su apartamento en Johannesburgo, y en la silenciosa oscuridad de su pequeña tienda tuvo la impresión de que ella era la única persona viva en el mundo. En un momento temió permanecer despierta toda la noche, pero al fin se entregó a un profundo sueño, del que despertó con las primeras luces del alba.

Las excavaciones se iniciaron el segundo día bajo la ladera rocosa de la montaña, donde una cueva natural contenía indicios de haber estado habitada alguna vez por miembros de una tribu antigua del África. Subieron el equipo con gran dificultad por la pronunciada pendiente de la montaña; el lugar de la excavación fue marcado con cuadros, y se trazó un diagrama muy exacto para señalar los sitios precisos donde encontrasen alguna muestra. Si es

que encontraban algo, pensó Christie con escepticismo.

Armada con libreta y lápiz y vestida con pantalones, blusa de algodón y cómodos zapatos de lona, Christie siguió al grupo por la montaña. Si esperaba estar sólo tomando notas, se había equivocado; Lyle dio extrañas instrucciones a todos, y ella tuvo que trabajar con él ayudándolo a instalar parte del equipo, antes de iniciar las excavaciones.

Con el paso de la mañana, el calor y la humedad se hicieron insoportables; todos entendieron entonces el porqué Lyle usaba pantalones cortos y camiseta, la cual se quitó poco después para dejar su musculoso torso expuesto al sol. Los muchachos siguieron su ejemplo y se despojaron de las camisas, pero las chicas tuvieron que sufrir en silencio.

—Mañana me pondré pantalones cortos y el sostén del bikini —anunció Erica, decidida, cuando regresaron a almorzar al campamento, y Christie y las otras dos chicas estuvieron de acuerdo.

No regresaron al sito de la excavación esa tarde. Se reunieron bajo la sombra de un majestuoso árbol para discutir las actividades de esa mañana, y eso, en sí mismo, se convirtió en una conferencia al aire libre. Los estudiantes hicieron preguntas y anotaron las cosas que consideraban más importantes, dispersándose después poco a poco hasta dejar a Christie a solas con Lyle.

Ella se puso nerviosa y tensa, sin saber qué hacer. Jugueteó con su libreta y lápiz y trató de no mirarlo, pero su mirada era atraída sin cesar por aquel torso desnudo, donde el vello negro sobre el amplio pecho se angostaba al descender hasta la cintura. La masculinidad de Lyle era tan evidente como hacía cinco años, y la respuesta de Christie fue inesperada e inquietante. Sus entrañas se estremecieron y tenía las palmas húmedas cuando se puso de pie, temblorosa. Los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente, imágenes de su mejilla posada en el áspero pecho, y el corazón de la joven comenzó a latir con desesperación ante la íntima secuencia de sus pensamientos. Se preguntó si él la recordaría tanto como ella lo hacía, pero esos oscuros ojos permanecían carentes de toda emoción, excepto por la expresión de disgusto que la hería sin cesar.

—¿Adonde crees que vas? —demandó Lyle cuando ella se volvió

para escapar a su tienda; el cuerpo de Christie se puso rígido al detenerse y darse la vuelta para mirarlo de frente, otra vez con estudiada calma.

—¿Me necesitas para algo? —preguntó a su vez. Lyle se levantó despacio de su silla de lona, y se detuvo a su lado en una actitud amenazadora que la hizo ponerse a la defensiva.

—Hay trabajo que hacer.

Se alejó en dirección de su tienda, y Christie lo siguió con lentitud, vacilante. Mantuvo en la mano la libreta y el lápiz como un acto impulsivo, pues no sabía qué pretendía él que hiciera. Había tomado notas esa mañana, relacionadas con todo lo que le había parecido importante y muy pronto tuvo que referirse a esas anotaciones. Lyle le señaló una silla, y comenzó a dictar datos técnicos con tal rapidez que resultaba casi imposible de seguir, pero Christie no dio ninguna muestra de incomodidad.

—Léeme eso —ordenó él al término de una frase, y Christie obedeció de inmediato, sin interrupción, hasta que se encontró con algo que parecía contradecir la información que había anotado esa mañana.

—Dijiste esta mañana que la historia de África del Sur se remonta al siglo diecisiete —comentó confundida—, pero ahora aseguras que tiene millones de años.

—Eso es correcto —Lyle se sentó en otra silla de lona y encendió un cigarrillo—. La historia conocida de África del Sur data del siglo diecisiete, cuando los primeros colonizadores letrados y algunos exploradores comenzaron a escribir acerca de este lugar, de lo que hallaron e hicieron aquí. Sin embargo, la labor de un arqueólogo es descubrir la prehistoria y reconstruir las actividades del hombre de aquellos tiempos.

—Oh —Christie estuvo segura de parecer tan tonta como se sentía, pero se recuperó de inmediato volviendo la situación a su favor—. ¿Esperas encontrar algo de interés?

—Existe la posibilidad de que así sea, aunque el dueño de la propiedad piensa que perdemos el tiempo.

Una sonrisa había suavizado por un instante las facciones angulosas y duras, mientras hablaba y una capa de hielo se derritió en el interior de Christie. Ella conocía bien el peligro de suavizar sus emociones; si lo hacía, abriría puertas que había decidido

mantener cerradas para siempre, y eso dejaría en libertad el dolor que había sentido alguna vez.

—Si sus esfuerzos son inútiles, ¿cómo afectará esto a los estudiantes? —preguntó con un creciente interés en el proyecto.

—Eso no deberá afectarlos en absoluto —los ojos oscuros la observaron a través de una capa de humo y parecieron burlarse de su interés—. Habrán ganado una considerable experiencia práctica, y ése es el motivo principal de esta expedición.

—Comprendo —volvió a sentirse como una tonta, mientras bajaba la mirada hacia el cuaderno de notas que estrujaba entre las manos.

—¿Más preguntas? —inquirió él, cortante.

—No —contestó moviendo la cabeza de un lado a otro; los rizos de color castaño-dorado atraparon la luz del sol y brillaron como el oro.

—Entonces, sugiero que sigas con la lectura.

—Lo siento —Christie se tragó una contestación mordaz y durante los siguientes cinco minutos se concentró en leer, en voz alta, la información que había escrito en taquigrafía.

El silencio que siguió fue interrumpido por el ruido de las aves en los árboles y las risas de los estudiantes. Los chicos estaban tan emocionados, como Christie tensa, y cuando se arriesgó a levantar los ojos, su mirada se encontró con la de Lyle, feroz.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella, con la voz ronca por la inquietud.

Lyle aplastó el cigarrillo en un cenicero de metal y se levantó. Había furia contenida en sus actos, la cual resultó evidente en las llamas que se reflejaban en sus ojos al fijarlos en los de ella.

—Hubo una época en que habría dado cualquier cosa por que me acompañases en una expedición.

—Y ahora, aparezco de pronto en la escena, como un obstáculo que no necesitas —concluyó Christie por él, con un cinismo provocado por el dolor y el sufrimiento—. ¿Eso era lo que ibas a decir?

—¡Eso mismo!

Parecía como si un enorme peso se hubiese alojado en el pecho de Christie, y tenía un nudo en la garganta.

—¿Me odias tanto?

—Lo que siento por ti es una total indiferencia —replicó, hiriente—. Lo que odio es remover los restos de un pasado muerto.

Total indiferencia; un pasado muerto. ¡Eso la había lastimado! Sus palabras abrieron heridas que creyó cerradas, y tuvo que realizar un enorme esfuerzo para controlar su expresión, tratando de ocultar su dolor.

—Ese es un comentario extraño para un arqueólogo —bromeó, irónica.

—Hablo desde el punto de vista personal, no profesional, ¡y lo sabes muy bien!

De súbito, el calor de la tienda comenzó a sofocarla mientras contemplaba la feroz mirada de Lyle; en ese instante, notó cómo él se había convertido en un extraño.

—Supongo que no se te ha ocurrido pensar que la situación resulta igualmente desagradable para mí.

—No lo dudo, pero no veo nada malo en expresar mis sentimientos para asegurar nuestra supervivencia durante las próximas semanas —autoritario y dominante, aun sin camisa, la estudió desdeñoso—. Encontrarás la papelería necesaria en la caja que está bajo la mesa. Escribe un original y dos copias de todas las notas que te dicte, y déjalos en el archivador verde sobre la mesa.

—Sí, profesor —respondió, sarcástica y… debía reconocerlo… con cierto temor, sin embargo, su forma de expresarse provocó que Lyle le dirigiera una rabiosa mirada antes de salir de la tienda y dejarla sola.

Total indiferencia; un pasado muerto. Las palabras resonaron, crueles, en su mente. A través de los años, ella había logrado construir una armadura que la protegiese del dolor, mas aquellas palabras penetraron su coraza. Maldecía a Lyle Venniker por haber vuelto a su vida, y por haberla lastimado donde más le dolía. Ella habría tolerado su disgusto, incluso su odio, pero la indiferencia de Lyle le provocaba un sabor amargo que nada podía mitigar.

Apartó esos pensamientos de su cerebro y se levantó para quitar la cubierta de la pequeña máquina de escribir. En una caja, debajo de la mesita plegadiza, encontró el papel necesario, y acercó una silla para sentarse. Tardó unos segundos en acostumbrarse a la máquina y, en seguida se enfrascó en la labor de transcribir las notas que Lyle le había dictado.

Hacía calor en la tienda, a pesar de la cubierta en la entrada que formaba una terraza sombreada. Ni la más leve brisa soplaba esa tarde para refrescar, y Christie comenzó a sudar hasta que la blusa de algodón quedó pegada a su cuerpo. Tenía las manos húmedas, pero sus dedos se movían con rapidez sobre el teclado, y una hora más tarde sacaba la última hoja de la máquina de escribir. Christie se dio cuenta entonces del bullicio de la actividad del campamento, luego oyó el sonido de unos pasos que la hicieron volverse al tiempo que Dennis entraba en la tienda.

—Todos iremos a nadar al río —informó, mientras sus ojos verdes observaban el rostro ruborizado y la blusa empapada—. ¿Quieres acompañarnos?

Nada habría sido más placentero que lanzarse en picado al agua fresca, pero aún tenía que leer su trabajo para buscar errores de mecanografía, y negó con la cabeza, abatida.

—Lo siento, Dennis, pero aún tengo trabajo pendiente.

—Oh, vamos, Christie —insistió él—. Estoy seguro de que al profesor no le importará que tomes un descanso con este calor.

—Tu juicio es incorrecto, Dennis —Christie hizo girar la silla al oír la voz de Lyle, y una mirada hacia su rostro fue suficiente para hacerla sentir como una muchachita desobediente, en vez de una mujer madura de veinticinco años—. Por favor, recuerda que la señorita Olson ha venido a trabajar y no a tomar unas vacaciones pagadas.

—Pero, profesor…

—Y tampoco se encuentra aquí para tu entretenimiento —interrumpió Lyle, cortante.

—Profesor, yo no…

—¡Eso es todo! —volvió a intervenir Lyle.

Una mezcla de sorpresa y enfado cruzó por el rostro de Dennis, pero el chico ocultó de inmediato su expresión antes de dar la vuelta e ir a reunirse con los demás estudiantes que caminaban ya hacia el río.

Christie lamentó el incidente; no era justo para Dennis que Lyle hubiese desahogado su ira sobre él, y se dispuso a defender al joven.

—No seas tan duro con él, Dennis sólo…

—No necesito que me digas cómo debo tratar a mis alumnos —

estalló Lyle antes que ella pudiera terminar la frase, y la ira de Christie aumentó.

—No era mi intención interferir, pero si quieres desquitarte con alguien, sugiero que lo hagas conmigo y no con Dennis, sólo por haber tenido un poco de gentileza y consideración hacia mí.

—Esto no es una sociedad de beneficencia —contestó, mordaz—. Estás aquí para trabajar las horas normales de oficina, pero lo que hagas con tu tiempo libre es asunto tuyo.

—Oh, tendré entonces tiempo libre, ¿verdad? —demandó con terrible sarcasmo, mas se arrepintió de su actitud al ver cómo esos ojos oscuros se entrecerraban, ominosos.

—Habla con propiedad cuando te dirijas a mí, Christina Olson —previno con voz baja y amenazadora, al tiempo que se inclinaba sobre ella con una mano apoyada en el respaldo de su silla y la otra en la mesa, atrapándola—. Si tratas de burlarte de mi autoridad hacia los estudiantes, no seré responsable de mis actos.

El instinto le advertía que fuera cautelosa, pero un extraño impulso acicateó, y por ello le dirigió una cínica sonrisa.

—¿Qué harás, profesor Venniker? ¿Azotarme?

Los ojos oscuros lanzaron chispas.

—Tal vez lo haga si no tienes cuidado.

—Es extraño que nunca hubiese notado este rasgo de violencia en ti —continuó con sus provocaciones, con tono sarcástico, dominada por el impulso que la llevaba más allá de los límites de la prudencia.

Lyle apretó los labios y ella casi pudo sentir la furia que latía en su interior y que parecía transmitirse a su silla, donde él tenía el puño apoyado, con tanta fuerza que parecía a punto de romper la madera.

—Si me provocas más, Christie, lo lamentarás toda tu vida.

El rostro de Lyle estaba tan cerca de ella, que podía ver los poros de su piel; sin embargo, su mente registró más que eso antes que él se incorporara y se alejara de ella en dirección del río.

Christie permaneció sentada, aturdida. Lyle no era un extraño para ella, pero sentía casi como si lo fuera. Podía comprender que él estuviese sorprendido y enfadado al descubrir que ella lo acompañaría en ese viaje; lo mismo le había ocurrido a Christie al saber quién sería su jefe, pero no entendía el profundo rencor que

parecía emanar de él cada vez que estaba cerca de ella. ¿Por qué? ¿Acaso ella no tenía más derecho a sentirse así, después de la cruel decisión que él la forzó a tomar cinco años atrás?

Christie tembló al deslizarse el sudor por su espalda, aunque el temblor fue más bien debido al frío que la envolvía a pesar del calor de la tienda. ¡Algo estaba muy mal! Sus instintos nunca la habían engañado y sabía que podía confiar en ellos en ese momento. Lyle no habría abrigado tan atemorizante rabia durante aquellos años sin ningún motivo, y estaba convencida de que algo desconocido para ella había sucedido. Pero, ¿qué? Tenía que descubrirlo, pero Lyle era la última persona a quien podría o se atrevería a aproximarse en busca de una respuesta. ¿Sammy Peterson? Sí, hablaría con Sammy tan pronto como regresara a Johannesburgo… si es que regresaba viva después de cuatro semanas con Lyle en medio de la selva.

Christie tuvo problemas para recuperar su concentración, pero al fin terminó de leer las hojas escritas sin encontrar errores. El resto de la tarde transcurrió con rapidez y se sintió ansiosa por tomar un baño refrescante en el río tan pronto como se encontró libre.

Los estudiantes regresaron al campamento de buen humor, y la mirada de Christie buscó a Lyle. Él tenía el cabello húmedo y en desorden le caía sobre la frente, su tan recordada sonrisa suavizaba la dureza de aquel rostro. Algo estrujó su corazón, lo apretó casi hasta producirle el dolor de una emoción que no estaba dispuesta a reconocer, pero, se sintió helada por dentro en el instante en que sus miradas se encontraron. La sonrisa desapareció del rostro masculino y, una vez más, Christie enfrentó aquella mirada tan semejante al odio mismo. El dolor en su interior se agudizó, convirtiéndose en una herida sangrante, y se volvió de inmediato para colocar las hojas escritas a máquina en el archivador de la mesa. Oyó los pasos de Lyle a su espalda y percibió su presencia en cada trémula fibra de su ser, pero no pudo dar la vuelta para encararlo. Sus sentimientos estaban a flor de piel en ese momento; desnudos ante ella y la humillante verdad pareció golpearla al tiempo que escapaba de él hacia su tienda, no lejos de allí.

Lyle aún tenía el poder de lastimarla más que nadie en el mundo y, con esa certeza, Christie tuvo que enfrentar la terrible verdad: jamás dejó de amarlo. Para poder sobrevivir, se convenció de que lo odiaba, pero ahora sabía que esa sólo había sido una forma

inconsciente de protección. Tal vez hubiese podido apartarlo de su pensamiento, pero su corazón se negaba a olvidarlo.

Christie aspiró profundo para ahogar un sollozo, y el catre chirrió mando se dejó caer en él. Contempló la manta en el suelo que la protegería de la humedad de la tierra durante la noche, pero el rostro iracundo de Lyle volvía a su mente y tuvo que dominar un gemido de dolor al tiempo que hundía el rostro pálido en sus manos.

Pasaron varios minutos antes de que lograra controlarse; luego salió de la tienda con una toalla y jabón para darse el tan anhelado baño. No se había alejado mucho de su albergue cuando una voz cortante, a su espalda, demandó:

—¿Adonde crees que vas?

Se volvió despacio, con el rostro convertido en una fría e insondable máscara, la misma que usara durante mucho tiempo, y mostró su toalla.

—Es obvio, ¿o no?

—También es obvio que no has revisado el programa que elaboramos —Christie lo miró, aturdida, y él hizo una mueca de desesperación antes de explicar—: Es tu turno para preparar la cena.

Acalorada, cansada y herida por tal actitud, recurrió a la ira como única defensa:

—Estoy segura de que hay suficiente tiempo para darme un baño rápido en el río antes de continuar con mis otras labores, ¿o acaso tu meticulosa forma de vida resultaría afectada por una demora de escasos minutos?

El rostro de Lyle se ensombreció con incontenible rabia.

—Cuando llegamos aquí, dejé muy claro que el programa debía ser obedecido estrictamente.

—Dejaste muy claro que todos tendríamos ciertos deberes en ciertos días, y no me opongo a eso, pero sí me niego a dejar de gozar de los privilegios que de muy buena gana concedes a los demás. No soy una esclava que deba saltar cada vez que mueves el látigo.

—¡Olvidas algo! —se burló, cruel—. A mí me pagan por mover el látigo, y a ti por saltar.

Él se volvió y se dirigió a su tienda, dejándola con la sensación

de que, como si estuviesen en una guerra, Lyle acababa de anotarse otra victoria.

Christie temblaba de furia; regresó a su tienda para guardar el jabón y la toalla, y encontró a Sandra en la entrada, con el rostro teñido de rubor.

—Lo siento, Christie, no pretendía escuchar tu conversación con el profesor —se disculpó, al tiempo que Christie pasaba junto a ella para lanzar sus cosas al interior de su tienda—. Vine para charlar contigo, y no pude evitar escucharlos.

—No importa —aseguró Christie con una calma que ocultaba la tormenta que bullía en su interior.

—No comprendo por qué el profesor es tan poco razonable contigo, pero yo cocinaré esta noche si quieres ir a bañarte —ofreció Sandra, generosa, pero Christie negó con la cabeza.

—Dejaré el privilegio de tomar un baño para mañana temprano.

Una expresión de incertidumbre cruzó por los ojos grises de Sandra al observar a Christie; luego se alejó para reunirse con el resto del grupo y la dejó sola para que se lavara la cara y las manos en un recipiente con agua, antes de salir de la tienda a preparar la cena.

Mike, robusto y rubio, era el ayudante de Christie en esa ocasión. Cortó la leña, encendió el fuego y demostró ser un valioso asistente cuando Christie se sintió perdida ante el primitivo acto de cocinar carne con verduras.

Lyle no salió de su tienda hasta que lo llamaron a comer, y Christie notó que aún usaba la misma ropa de todo el día, aunque en ese momento tenía puesta una camisa y se había peinado. Christie experimentó una extraña sensación y el corazón comenzó a latirle con rapidez, al tiempo que los recuerdos la atormentaban. Lyle siempre fue muy apuesto sin que importara lo que llevase puesto, y su simple presencia aún tenía el poder de inquietarla, como ocurría cinco años antes. Las piernas le temblaban cuando él se detuvo frente a ella ante la angosta mesa, y Christie rezó porque no notara el temblor de su mano al servirle la comida en el plato de aluminio que él le tendía; sin embargo, la sarcástica sonrisa de Lyle le hizo ver que su mirada no había perdido detalle. Él sabía que su presencia la perturbaba, y Christie se puso furiosa consigo misma por su incapacidad para ocultar esa verdad.

Esa noche se produjo el ritual que repetirían durante toda su estancia en la selva. Los utensilios de cocina fueron lavados y guardados en la tienda-almacén, y después todos estuvieron libres para sentarse alrededor del fuego y relajarse, mientras discutían los acontecimientos del día. Un joven alto, esbelto, pelirrojo y con pecas, sacó una vieja guitarra e interpretó una melodía conocida para Christie. La música no habría sido tan molesta si no hubiese cometido tantos errores, pero parecía que sólo el oído musical de Christie se había percatado de ellos.

—Vamos, Alan, toca algo que podamos cantar —sugirió Dennis poco después, y Alan interpretó, entusiasmado, una canción que todos conocían: *Mona Lisa*.

Christie escuchó la letra de la canción con cierto sobresalto. Lyle le confesó en una ocasión que esa “misteriosa sonrisa” de su primer encuentro, había sido la razón por la que él la apodaba *Mona Lisa* antes de que fueran presentados. ¿Lo recordaría? Le echó un vistazo de reojo, pero él miraba hacia otra parte y resultaba evidente que estaba absorto en sus pensamientos, al grado de que ella supo que no escuchaba la canción. ¡Maldición!, exclamó en silencio. No era justo que ella lo recordara con esa claridad, cuando él parecía tan indiferente a las pequeñas cosas que una vez los unieron.

Al terminar esa canción, Alan tocó otra que ella contaba entre sus favoritas; Christie se volvió para encontrar que los oscuros ojos de Lyle la observaban con una expresión sarcástica e interrogante. Durante un terrible momento, al terminar la canción, pensó que él revelaría su pasado como cantante famosa; sin embargo, le lanzó una extraña mirada antes de dar la vuelta y desaparecer entre las sombras. ¿Presentiría su renuencia a que su pasado fuese conocido? ¿O habría interpretado la silenciosa súplica de su mirada? Como hubiera sido, Christie no pudo reprimir un suspiro de alivio que escapó de sus labios cuando Lyle se alejó del alegre grupo reunido junto al fuego.

No permaneció allí hasta muy tarde; dio las buenas noches y se alejó en busca de la intimidad de su tienda para asearse antes de dormir. El ruido de las voces que cantaban, algunas desafinadas, no la perturbaba, pero no pudo conciliar el sueño. Pensaba en Lyle, en sus sentimientos por él, y una vez más se preguntó qué habría ocurrido para que se hubiese llenado de esa terrible ira.

Revivió de nuevo las últimas semanas que pasaron juntos antes de que él partiera para Italia. Discutieron acerca de sus compromisos, que los mantendrían separados durante un tiempo, y él, al final, insistió en que ella eligiera entre su matrimonio y su carrera. Christie estuvo forzada a optar por lo último, y él hizo sus maletas para salir rabioso del apartamento advirtiéndole: “No regresaré, así que te sugiero que solicites el divorcio”.

Nada más sucedió; nada, al menos, que ella pudiese recordar en ese momento. Lo esperó tres meses, con la esperanza de que sus actos hubiesen sido provocados por un desencanto pasajero, mas su depresión se tornó insoportable cuando llegó el cuarto mes después de su partida. Entonces Sammy Peterson la convenció de que era inútil que esperase que algo nuevo sucediera. Solicitó el divorcio, Lyle no lo impugnó y, después de unas semanas, se encontró libre de un matrimonio que antes creyó duraría para siempre. Recuperó su apellido de soltera, Olson, y Sammy fue una fuente inagotable de apoyo durante los dolorosos meses en que trató de erradicar de su mente la idea de haber conocido algún día a un hombre llamado Lyle Venniker.

¿Qué motivos podría tener él para sentir la ira que parecía bullir como la lava de un volcán en su interior? Él quería el divorcio, y ella se lo dio. Entonces, ¿por qué la odiaba? No, recapacitó, no la odiaba. Él dijo que lo que sentía por ella era una total indiferencia. ¿Por qué lo irritaba entonces su presencia?

Fue inútil tratar de comprender su comportamiento sin saber nada más; su mente parecía girar en interminables círculos sin encontrar la solución, y eso la dejó exhausta.

El campamento quedó hundido en el silencio una hora después, pero el sueño insistía en evadirla y Christie pasó casi toda la noche moviéndose sin cesar en su saco de dormir.

Se levantó antes del amanecer y caminó hasta el río a lo largo del sendero natural que en tramos parecía cubierto de altas hierbas. Era una mañana cálida, y Christie se quitó la ropa antes de lanzarse a la fresca agua. Nadó un poco, disfrutando de la placentera sensación del agua del río en su piel desnuda, después de una inquietante noche. El sol extendía sus dorados rayos sobre la tierra cubierta de rocío cuando ella tomó la barra de jabón que había dejado en una roca junto a su toalla; se enjabonó con rapidez y lavó

su pelo. Se sintió renacer, fresca, al sumergirse de nuevo en el agua para quitarse el jabón, antes de salir y vestirse de nuevo.

Su esbelto y firme cuerpo estaba bronceado, excepto en los sitios protegidos por el bikini. Los senos eran pequeños y firmes, las piernas largas y bien torneadas, pero sus pensamientos no giraban en torno a su apariencia física al ponerse los pantalones cortos color beige y tomar una blusa verde a rayas. Pensaba en Lyle; antes se consideraba inmune a él, pero al verlo de nuevo se daba cuenta de que estaba equivocada. Amarlo una vez significó una intensa felicidad, pero amarlo ahora sería una agonía. Él ya no la quería, lo había dejado muy claro mientras ella, como una tonta, permitió que ese amor renaciera. El destino fue muy cruel al unirlos otra vez después de todo ese tiempo, y sólo Dios sabía cuántos dolores más la aguardaban.

Christie dio la vuelta mientras metía los brazos en la blusa sin mangas. Un sexto sentido debió alertarla de que ya no se encontraba sola, porque quedó paralizada en ese instante. El objeto de sus perturbadores pensamientos se encontraba parado a poca distancia de ella, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y los brazos cruzados sobre el amplio pecho. Unos pantalones cortos color caqui delineaban las firmes caderas, acentuaban la musculosa longitud de los muslos y piernas, y los oscuros ojos la recorrían con deliberada insolencia, lo que la hizo contener el aliento cuando la penetrante inspección se detuvo en sus firmes y redondeados senos. Las mejillas de Christie se ruborizaron y, de prisa, unió las dos partes del frente de la blusa para protegerse de ese asalto. Los labios de Lyle se curvaron con sensualidad, haciendo que ardiera la sangre en sus venas, y Christie casi lo odió en ese momento por haber invadido su intimidad y colocarla en una desventaja inmediata.

Capítulo 3

—¿Cuanto tiempo llevas parado allí? —demandó Christie, con la voz gélida de rabia, al tiempo que se volvía de espaldas y forcejeaba con los botones de su blusa con dedos temblorosos.

—Lo suficiente —fue la perturbadora respuesta, mientras ella metía los pies en las sandalias y se pasaba los dedos entre los rizos mojados.

Christie aguardó un momento para que su rubor desapareciera, antes de enfrentar a Lyle.

—Tenía entendido que este lugar en particular estaba reservado a las mujeres.

Su sarcástica sonrisa se acentuó, y los ojos oscuros la recorrieron de pies a cabeza de unas manera que la hizo sentirse desnuda otra vez.

—En lo que se refiere a ti y a mí, esa regla no se aplica, Christina.

—Estás muy equivocado, profesor —replico furiosa, y con los ojos lanzando chispas—. Tengo derecho a la intimidad, como cualquiera otra de las chicas.

—Tu modestia me resulta difícil de aceptar, y también bastante divertida.

—No veo por qué —contestó con una calma que no sentía, y recogió sus cosas, preparada para correr.

—Oh, vamos, Christie —Lyle rió con suavidad, con una risa que no tenía humor, sólo un amargo sarcasmo—. ¿Esperas que me crea el único hombre que te ha visto sin ropa?

Christie lo contempló enmudecida. Su comentario era un descarado insulto que no podía ignorar, a pesar de sus intentos. Trató de hablar, decir algo en su defensa, pero parecía que su lengua se le hubiese anudado en la garganta.

—¿Me pregunto cuántos hombres han tenido el placer de tu compañía en sus lechos? —insistió, irónico y se apartó del árbol para acortar la distancia que los separaba; Christie sintió aquellos ojos decididos a destruirla con el fuego que ardía en su interior—. Sammy Peterson jamás pudo quitar su asquerosa mirada de encima de ti, y no me sorprendería que él haya sido uno de tus amantes.

Christie palideció; en ocasiones, ella consideró a Sammy como el padre que nunca tuvo, y nada más. Sin embargo, el comentario de Lyle le provocó unas náuseas que apenas logró contener. Su relación con Sammy siempre estuvo basada en la amistad y los negocios, mas Lyle la hacía aparecer, de pronto, como algo sucio y vulgar.

—¡Eres asqueroso! —al fin estalló; las palabras escaparon en un horrible murmullo de los labios apretados.

—¿Lo soy? —una espantosa sonrisa curvó los labios de Lyle—. Déjame demostrarte todo lo asqueroso que puedo ser.

Christie quedó aplastada contra esa firme y esbelta musculatura antes de que pudiera anticipar sus acciones, y la sorpresa del inesperado contacto despertó una repentina debilidad en sus piernas. Los largos dedos sujetaron un mechón del mojado cabello, en la nuca, forzándola a elevar el pálido rostro, y los labios de Lyle se apoderaron de los de ella con una fuerza tan brutal que la hizo lanzar un gemido de protesta y agonía. La toalla y el jabón escaparon de sus manos, al tiempo que un manto de oscuridad amenazaba con nublar su mente, pero Christie luchó contra esa sensación cuando sintió aquellas manos fuertes recorrer su cuerpo. Ese contacto la humillaba, y metió las manos entre sus cuerpos para tratar de apartar a Lyle, en un desesperado intento por liberarse.

Él la soltó de manera tan repentina como la había tomado, y ella retrocedió, aturdida y muy pálida. Se llevó una mano a los lastimados labios, y sus enormes y sombríos ojos se encontraron con la expresión acusadora de los de ese hombre, cuya cínica sonrisa no había aún desaparecido.

—No merezco tus insultos —dijo, ronca y en tono defensivo, mientras él reía con malicia.

Eso fue el colmo. Christie recogió sus cosas y echó a correr, pero nunca pudo recordar cómo llegó a la tienda sin caer en el accidentado y sinuoso sendero que llevaba al campamento.

Guardó el jabón y puso a secar la toalla, pero lo hizo con movimientos mecánicos. Se sentía abatida y habría dado cualquier cosa por borrar el recuerdo de las manos de Lyle recorriendo su cuerpo. Su contacto fue degradante; la hizo sentir como una mercancía barata manoseada con frecuencia, y las náuseas volvieron a asaltarla hasta dejarla más pálida y temblorosa.

—¿Sucede algo malo? —Christie se volvió con rapidez para

encontrar a Valerie parada en la entrada de su tienda, con el sol de la mañana incendiando su cabello rojizo—. Parecías perturbada al volver al campamento hace unos instantes, y ahora estás muy pálida.

—Me duele la cabeza —no era mentira. Christie tenía una jaqueca que aumentaba al recordar con ira los insultos a que fue sometida—. No es grave —mintió en ocasión, incluso trató de sonreír, sin conseguirlo.

—¿Tienes algo para el dolor? —inquirió Valerie con la inquietud reflejada en los ojos azules verdosos—. Estoy segura de que el profesor tiene algunos analgésicos en el maletín de primeros auxilios.

"¡Oh, cielos!" gimió Christie en silencio. Todo lo que necesitaba ahora era que Lyle se enterase de que la había perturbado de tal manera que necesitaba tomar medicinas.

—Tengo unas aspirinas en mi mochila —aseguró Christie de inmediato—. Gracias de todas formas.

—¿Estás segura de que te sentirás bien? —insistió Valerie, poco convencida de que fuese sólo una jaqueca.

—Sí, estaré bien —repitió Christie.

La estudiante vaciló un momento, y luego se volvió diciendo:

—Avísame si necesitas alguna cosa.

Christie no salió de su tienda hasta que el dolor de cabeza disminuyó. Tomó un par de aspirinas como precaución, y luego cepilló su cabello, que comenzaba a secarse. El campamento cobraba vida, y pudo percibir el olor de las salchichas y los huevos que cocinaban para el desayuno, pero permaneció en su tienda. Se observó en el espejo de mano mientras se aplicaba un poco de maquillaje. Tenía ya casi su color natural, mas en su interior persistía un intenso dolor que la hacía sentir como si hubiese recibido una paliza. Oyó que Lyle hablaba con alguien cerca de allí, y se estremeció ante la idea de verlo otra vez. Él la había insultado de manera injusta, y ella hubiera querido conocer el motivo que tuvo para hacerlo. Lyle, mejor que nadie, debía saber que no era culpable de las sucias acusaciones que le lanzó, pero por alguna razón incomprensible, se convirtió en un demonio poseído por el deseo de lastimarla.

¿Por qué?, se preguntó por enésima vez. ¿Sería ésa una forma de

venganza debido a que ella se vio forzada a anteponer su carrera a su matrimonio? Además, ¿por qué ese deseo de venganza, si sentía una total indiferencia hacia ella? ¿O acaso su indiferencia no era como quería que ella pensara? Esa era una interesante idea, pero no tenía tiempo de cavilar en ella. El cocinero de esa mañana golpeaba una cuchara contra una sartén para indicar que el desayuno estaba listo, y Christie reunió valor para su segundo encuentro de la mañana con Lyle.

¡No debió preocuparse! Lyle casi ni la miró y durante el resto de la mañana se comportó de manera fría y cortante con ella. Los estudiantes cavaban, removían la tierra y examinaban cada partícula que extraían del suelo, cuando unas nubes de tormenta aparecieron ocultando al sol; por eso se vieron obligados a regresar al campamento mucho antes de la hora del almuerzo.

El cielo se oscureció, mientras se sentaban a almorzar un poco más temprano y el amenazador ruido de los truenos se acercaba cada vez más. Acababan de guardar los utensilios de cocina cuando cayeron las primeras gotas de lluvia. Los relámpagos iluminaron el cielo encapotado, hacían que el aire vibrara con su electricidad; de pronto escucharon un estruendo que pareció rasgar el cielo. La lluvia cayó en torrentes con enorme fuerza, y todos corrieron a sus respectivas tiendas; durante la hora siguiente, Christie permaneció con las manos tapándose las orejas para ahogar el atemorizante ruido de la tormenta.

Al fin cesó la lluvia y, como por un milagro, el sol salió para bañar la selva con sus rayos dorados. La tierra mojada olía a fresco y a limpio cuando Christie recorrió la breve distancia que separaba su tienda de la de Lyle deseosa de no tener que pasarse el resto del día frente a la máquina de escribir, pero, como señalara Lyle con tanta crueldad, no estaba allí para tomar unas vacaciones pagadas.

Lyle se encontraba cómodamente sentado en una silla con un enorme libro en el regazo cuando ella entró en la tienda. Él se volvió, su mirada fue fría e impersonal, y luego la despidió con un movimiento de la mano. Christie lo contempló, confundida. ¿Acaso le concedía su silencioso deseo y le daba la tarde libre? ¡Imposible!

Él se volvió otra vez para encontrarla parada allí, vacilante.

—Si no sales de aquí en dos segundos, cambiaré de opinión acerca de darte la tarde libre, y encontraré algo en qué tenerte

ocupada.

—Gracias, ya me voy —aseguró de inmediato; dio vuelta y se alejó a toda prisa sin ver por dónde iba, así que se topó con Dennis segundos después.

—¿De quién huyes? —bromeó él, y la sujetó por los hombros para impedir que cayera.

—Del trabajo —confesó Christie—. Tengo la tarde libre.

—¡Fabuloso! —Dennis sonrió, feliz—. Pensaba dar un paseo para explorar la zona, pero no me molestaría contar con tu compañía.

—Si eso es una invitación, acepto —contestó ella con una sensación de alegría que hacía mucho no experimentaba y, tomados del brazo, cruzaron el campamento hacia la zona situada debajo del sitio de la excavación.

Intrigada, Christie miró a Dennis varias veces. Él caminaba con la cabeza inclinada, mientras ella lo hacía con el rostro hacia el cielo; de pronto una divertida sonrisa curvó sus labios.

—¿Buscas algo en especial o sólo quieres conocer mejor el paisaje?

—Siempre he sido un tipo inquisitivo —explicó Dennis con cierto embarazo en la sonrisa—, y prefiero explorar las cosas con calma y a mi manera, en vez de hacerlo acompañado por una docena de estudiantes.

—Entonces, ¿esperas encontrar algo? —preguntó ella, y la sonrisa del chico se amplió al volverse para contemplar el divertido rostro de Christie.

—Una tormenta tan fuerte como ésta, casi siempre remueve la tierra de la superficie, y quién sabe lo que podríamos encontrar.

—El dueño de la granja opina que pierden el tiempo —repitió ella la información que le dio Lyle.

—Tal vez así sea —asintió Dennis, pensativo—, pero también existe la posibilidad de que el granjero esté equivocado.

—¿Siempre eres así de optimista? —bromeó divertida, y la sonrisa del chico reapareció al tiempo que movía la oscura cabeza de un lado a otro.

—No diría que soy optimista —respondió.

—Entonces, ¿entusiasta? —propuso ella.

—Eso es más adecuado —rió Dennis, pero su expresión se tornó seria cuando hizo una pausa en la marcha y se volvió a mirarla—.

El profesor es un gran arqueólogo, y un magnífico maestro. Si yo pudiera ser tan sólo un poco parecido a él, sé que me sentiría muy satisfecho.

Christie ocultó la expresión de sorpresa que cruzó por su rostro cuando levantó la mirada para ver a Dennis.

—Lo admiras mucho, ¿verdad?

—Todos lo admiramos —fue la sincera respuesta—. Tiene excelentes conocimientos sobre arqueología, de los cuales carecen muchos de sus colegas y, sin embargo, jamás lo hemos escuchado ufanarse de sus logros. Lo que sabemos de él lo hemos leído en los anales arqueológicos de años recientes y en artículos fabulosos sobre el tema escritos por él, los cuales nos han ayudado mucho en nuestros estudios.

Christie experimentó una extraña depresión al descubrir lo poco que sabía del hombre con quien estuvo casada. Siempre le preocupó más su carrera que averiguar acerca de los sueños y logros de Lyle. Ella sabía que era un arqueólogo de cierto renombre, pero él jamás le habló de su trabajo y nunca hubo tiempo para preguntarle lo que su profesión implicaba o lo que esperaba conseguir de ella.

Una profunda tristeza la embargó al pensar en lo que pudo ser, pero ése no era el momento para meditar sobre los errores pasados. Dennis inspeccionaba una profunda *donga* causada por la erosión de la tierra a lo largo de los años, y Christie se detuvo cerca de allí, sin saber qué hacer, mientras él saltaba al interior de la *donga* para estudiar detenidamente algo que llamó su atención.

—¡Eh, Christie, ven a ver esto! —su emocionada voz la hizo volver al presente—. Creo que hemos estado excavando en el sitio equivocado.

La hierba alta y mojada rozó sus piernas cuando se acercó al borde de la *donga* y miró hacia el interior. Una parte de la pared de la misma se había derrumbado durante la tormenta de ésa tarde, y varios objetos aparecían incrustados en lo que restaba de ella, dejando al descubierto lo que parecía una cueva de tesoros y reliquias.

—Eso —Dennis indicó el sitio—, tendrá que ser removido con muchísimo cuidado, pero mira esto.

Se acuclilló y usó un dedo para apartar, con cautela, el barro que rodeaba un objeto de aspecto extraño que sobresalía de la tierra

rojiza.

—¿Qué es? —preguntó la joven intrigada.

—Si no me equivoco, es una punta de lanza de hierro —explicó Dennis emocionado—. Baja y ayúdame.

Christie no esperó a que se lo repitiera; la emoción de Dennis despertó en ella un extraño entusiasmo y sin miramiento se deslizó hacia el interior de la *donga* y se arrodilló en el barro junto a Dennis. Juntos, y con gran cuidado, sacaron con los dedos el objeto del fango, hasta que Dennis lo tuvo al fin entre sus manos. Christie se apoyó en los talones y se dejó llevar por sus pensamientos mientras observaba a Dennis. El rostro del chico estaba radiante de satisfacción y orgullo, y no podía ocultar su emoción. ¿Sería ése el aspecto de Lyle cada vez que encontraba algo interesante? ¿Acaso sus duras facciones también se suavizaban con esa expresión de casi infantil regocijo?

Permanecieron sentados estudiando lo que tal vez fue un instrumento de guerra, o un arma que algún guerrero utilizó para cazar y llevar alimentos a su familia, y al final, la curiosidad de Christie pudo más que ella misma.

—¿Cuántos años crees que tiene?

—Yo diría que data de hace unos mil años… tal vez menos —el encogió los hombros—. El profesor sabrá con seguridad si es o no una reliquia de la Edad de Hierro.

Apartó con cuidado la punta de lanza y continuó escarbando cuidadosamente en esa misma zona, mientras Christie lo imitada a poca distancia de allí. No esperaba encontrar algo, pero cuando sus dedos se toparon con un objeto duro y liso, no pudo contener su emoción.

—Aquí hay algo más —anunció en un susurro, y su corazón dio un vuelco a la vez que palpaba el objeto—. Parece una vasija de barro.

—Ten cuidado —advirtió Dennis de inmediato y dejó su excavación para arrodillarse junto a ella—. No importa lo que debas hacer, no lo arranques del suelo porque podrías destruir algo de enorme valor arqueológico.

—¿No te parece que debemos decirle al profesor Venniker que venga aquí? —preguntó Christie y dejó que Dennis escarbara.

—Sí, ve por él —asintió entusiasmado—, y reúne al resto del

equipo cuando estés en el campamento.

Christie salió de la *donga*; las sandalias se resbalaban en el barro y tuvo que hundir los dedos en el fango para poder subir. Se detuvo un momento al llegar al borde, y dirigió una sonrisa a Dennis.

—Hoy fue tu día de suerte.

—Sólo porque estás aquí conmigo.

—Gracias —contestó, divertida—. Ya empiezo a sentir cómo me encojo al tamaño de un amuleto de la suerte.

Sin embargo, sus hermosas facciones no denotaban buen humor cuando llegó al campamento. No quería que Dennis llegase a sentir pasión por ella; él se había mostrado gentil desde el momento en que se conocieron, y ella tenía la enorme fortuna de compartir su excitante descubrimiento, pero sabía que no podía ofrecer más que una simple amistad. No deseaba lastimarlo y sólo podía esperar que, si él se acercaba al borde de algo más que la amistad, tuviera también el suficiente sentido común para darse cuenta de que no podía haber más entre ellos.

Lyle seguía en su tienda, donde lo había dejado hacía más de una hora. El libro estaba abierto en su regazo, pero él se encontraba reclinado en la silla con los ojos cerrados y Christie se maravilló, como siempre, de la sorprendente longitud y espesura de sus negras pestañas.

—¿Lyle? —murmuró su nombre, interrogante, y los ojos se abrieron de inmediato. La inquisidora mirada la recorrió despacio, y fue entonces cuando ella se dio cuenta de que su aspecto debía de ser terrible; tenía las manos y piernas cubiertas de barro, y la ropa sucia. Avergonzada, se ruborizó y deseó escapar del sarcasmo de esos ojos, pero el propósito de su misión le dio el valor para quedarse allí y encararlo—. Dennis encontró algo en una *donga* y piensa que debes verlo; tal vez el resto del grupo también deba ir —informó con rapidez, casi sin aliento.

El sarcasmo de la mirada masculina desapareció; cerró el libro, lo apartó y se levantó con agilidad.

—Vamos —ordenó.

Reunieron a los estudiantes y, dirigidos por Christie, todos caminaron deprisa por la colina hacia la *donga*. Hubo algunos divertidos comentarios acerca del desarreglo de Christie, y había quienes incluso no aceptaban la idea de que Dennis hubiese hallado

algo interesante, pero Lyle mantuvo un profundo silencio hasta que llegaron a la *donga*, donde Dennis extrajo con éxito una vasija de barro.

El silencio descendió sobre el grupo cuando estuvieron reunidos alrededor de la *donga,* un silencio de vibrante emoción mientras la experimentada vista de Lyle estudiaba la situación. Dennis lo miró orgulloso, como si esperase una señal suya y, al recibirla la punta de la lanza y la vasija cambiaron de manos. Lyle estudió el objeto de metal y lo pasó al grupo, pero prestó mayor atención a la vasija de barro la cual, por desgracia, estaba rota a la altura del cuello.

—Pertenece a la Edad de Hierro, ¿no le parece, profesor? —inquirió Dennis al fin, interrumpiendo el emocionado murmullo de sus condiscípulos.

—Eso parece, pero no estaremos seguros hasta que hayamos estudiado mejor los estratos —Lyle frunció el ceño, con la vista fija en la vasija que tenía en las manos; sus dedos limpiaron una zona labrada cubierta de lodo, y luego miró a Dennis y lanzó una orden —: Señala el punto donde encontraste estos objetos, y no toques esa pared. Cubriremos esta sección de la *donga* con una lona y bajaremos el equipo hasta aquí mañana, temprano, para iniciar las excavaciones.

Christie se mantenía un poco lejos del grupo y su mirada se encontró en determinado momento con la de Lyle. Las manos de largos dedos sostenía con delicadeza la vasija y una tenue sonrisa curvaba los firmes labios, lo cual dejó en Christie la impresión de que le estaba siendo difícil contener su entusiasmo. Dennis salió de la *donga* después de cumplir las instrucciones de Lyle, y la sonrisa del profesor se amplió al mirar al joven.

—Buen trabajo, Dennis.

—Fue Christie quien encontró la vasija de barro, profesor —informó él y, con una enorme sonrisa, se acercó a la joven y la abrazó, emocionado.

—Tal vez podamos convertirla en arqueóloga después de todo —comentó Lyle, cínico, después de una breve pausa, con la mirada fija en el brazo que rodeaba la esbelta cintura de Christie. Perdió todo interés por ella al instante siguiente y miró de nuevo a Dennis —. Regresemos al campamento, así podrás volver con dos de los chicos para colocar la lona.

—Sí, señor —Dennis sonrió y permitió que Christie escapara de su abrazo.

Lo que se inició como una excursión de práctica y para adquirir experiencia, se había convertido en una excavación seria en busca de reliquias que tal vez se remontaran a los mil años de antigüedad, y si alguien consideró que eso era una pérdida de tiempo, entonces el descubrimiento de Dennis lo había desmentido. La emoción que bullía en el campamento esa tarde fue casi tangible y muy contagiosa. Christie se sintió tan partícipe de todo que olvidó lo demás por el momento, y canturreaba con alegría al dirigirse hacia el estanque para bañarse. Luego se puso unos pantalones limpios y una blusa, lavó las cosas que se había quitado, y aún tarareaba cuando exprimió el exceso de agua antes de envolver la ropa en su toalla.

Lyle se encontraba en la oficina de su tienda cuando ella se aproximó. Armado con un suave cepillo, removía el fango adherido a la vasija, y su rostro reflejaba concentración. Dominada por la curiosidad, Christie entró en la tienda y cuando miró la vasija por encima del hombro de Lyle, casi logró comprender por qué él parecía tan interesado que ignoraba por completo su presencia. El grabado en la vasija no era un diseño usual; en el barro estaba representado un elefante con la trompa levantada, y guerreros arrodillados frente al animal, que miraban hacia el suelo.

—Es un diseño extraño —murmuró Christie sin darse cuenta, y Lyle se volvió por primera vez para percatarse de su presencia con una mirada fría e impersonal.

—Empiezo a pensar que la leyenda de Indlovukazi es más real de lo que la gente supone.

—¿Qué leyenda es ésa? —inquirió Christie, con la mirada fija en el grabado.

—¿Te interesa realmente, o sólo tratas de ser cortés?

—Estoy interesada —confesó ignorando su sarcasmo; acercó una silla para sentarse junto a Lyle, y observó la reliquia hallada en la *donga*—. ¿Y el nombre de Indlovukazi no está relacionado con un elefante? —preguntó, al rebuscar datos en su limitado conocimiento de lenguas nativas.

—La traducción literal es “el gran elefante hembra” y, muy probablemente, la legendaria jefa de la tribu era considerada tan

fuerte y temeraria como un elefante; pero Indlovukazi significa “reina”, en realidad.

—Me alegra saber que el tamaño no tiene relación con el nombre —Christie rió ante su imagen mental de una enorme mujer.

—Indlovukazi era más bien una mujer menuda —la sonrisa de Lyle era un tanto sarcástica al poner la vasija en la mesa y tomar un cigarrillo—. Como dices, su tamaño no tenía relación con el nombre que recibía.

—¿Por lo extraño del diseñó, sospechas que tal vez la leyenda de la reina de la tribu es algo más que eso? —inquirió, muy interesada.

—Por eso, y por varios otros datos reunidos con el paso de los años —confesó él; encendió el cigarrillo y dejó escapar una nube de humo hacia el techo de la tienda—. Hay un extraño hombre negro, Aaron, cuya familia vivió durante siglos en estas tierras, quien cree que el cuartel general de Indlovukazi estaba situado en la cueva que se encuentra sobre nuestra excavación —su expresión se tornó áspera al reclinarse en la silla—. Todo esto es una simple conjetura, por supuesto, pero si hay algo de verdad en la historia, entonces tú tienes algo en tu poder que tal vez perteneció a esa reina.

Christie sintió que un estremecimiento de temor la recorría, y su mente viajó durante un momento, antes de quedar fija en un pequeño disco de marfil que Lyle le había dado antes de su matrimonio. El diseño grabado en el borde del disco semejaba ramas entrelazadas, y en el centro aparecía la clara imagen de un hombre.

—¿Te refieres al disco de marfil que me diste un día? —preguntó, vacilante, y palideció al recordar el poco interés que prestó a su obsequio.

—Así es —contestó él, cortante—. El bisabuelo de Aaron encontró el disco en la cueva, y se lo entregó a él por ser el hijo mayor, junto a la leyenda de Indlovukazi. En aquella época, los hombres de la tribu creían que su reina era una diosa con poderes inimaginables, y resultaba inconcebible que una mujer así tomase un esposo que contaba con las emociones de los hombres mortales. La tribu la malcrió, la adoró y, cuando tuvo hijos, todos creyeron que los obtuvo mediante sus poderes sobrenaturales.

—Por supuesto, no fue así.

—Claro que no —Lyle sonrió, sarcástico—. Indlovukazi era un

ser humano después de todo y, reacia a ir en contra de las costumbres de la tribu, tomó un amante y mantuvo el secreto oculto a sus súbditos. Indlovukazi y su amante, dicen, estuvieron tan enamorados que ella ordenó a un artesano que creara dos discos de marfil, que serían labrados de la misma manera, excepto por la imagen en el centro. Uno representaría la imagen de un hombre, y el otro la de una mujer. Indlovukazi guardó para sí el disco con la imagen del hombre, como un símbolo de su amante, y, como un símbolo de ella misma, entregó a su amante el disco con la imagen de la mujer. Ellos creían que, de esa manera, permanecerían unidos en espíritu aunque se encontrasen separados. La leyenda también cuenta que Indlovukazi dio a esos discos ciertos poderes, así que serían amantes por siempre si los conservaban.

—¿Y siempre fueron amantes? —inquirió Christie, casi sin aliento, mientras esperaba la conclusión del dramático relato que Lyle le contaba.

—Por desgracia, no —respondió él, seco; fumó el cigarrillo, dejó escapar el humo por la nariz y prosiguió—: Al fin se descubrió que ella engañaba a su pueblo, y su amante fue ejecutado por los enfurecidos seguidores de la reina.

—¿Y ella? —Christie contenía el aliento, tenía el cuerpo tenso por una inexplicable inquietud, mientras esperaba el final; cuando éste llegó, la profunda y áspera voz de Lyle inyectó una gran frialdad a su corazón:

—Despojada del poder que antes tuvo como reina de la tribu, y sin amante, Indlovukazi se suicidó cruzándose en el camino de un elefante enfurecido.

La imagen de la desconsolada Indlovukazi, aplastada por un elefante, conmovió muchísimo a Christie, quien exclamó temblorosa:

—¡Oh, qué terrible!

—Tal vez no sea tan terrible cuando crees que con la muerte quedas libre para reunirte con tu amante —la resonante voz de Lyle penetró en sus angustiados pensamientos.

—Tal vez —asintió, recia, y pasaron unos minutos antes que pudiera dominarse lo suficiente para preguntar—: ¿Por qué te dio Aaron el disco de marfil?

—Aaron no tiene un hijo varón, y sabía que yo estaba muy

interesado en el disco y en la leyenda —Lyle sonrió—. También me dijo que debería entregarlo a la mujer con quien me casara.

“A la mujer con quien me casara". Terribles palabras. La frase debió ser “la mujer a quien yo amara”, pero en ese momento se dio cuenta de algo que no notó hasta entonces. Ni antes ni durante su matrimonio, Lyle le dijo que la amaba, y ella se preguntó si el amor había formado parte de los sentimientos que le brindó algún día.

—No me dijiste mucho acerca del disco cuando me lo entregaste —acusó, y apartó esos dolorosos pensamientos de la mente—. Sólo dijiste que creías que formaba parte de un par, y que un día esperabas encontrar el que faltaba.

—Recuerdo que no estabas muy interesada en eso hace cinco años —la acusó a su vez, y ella dominó una penosa mueca.

—Eso no es cierto, yo… —se interrumpió, ruborizada por la sensación de culpa, al recordar con claridad aquella ocasión—. Reconozco que estaba ocupada en esa época —añadió, abatida, y bajó la mirada ante la intensidad de los penetrantes ojos.

—Ocupada con Sammy Peterson, sí, y con una sesión de grabación para tu nuevo álbum —Lyle acentuó las últimas palabras con crueldad.

—Lo siento —se disculpó; sus manos se movieron, agitadas, antes de enlazar los dedos y posarlas en su regazo.

—No pedí una disculpa, sólo mencionaba un hecho.

El deseo de defenderse fue instintivo, pero reconoció que sería inútil intentarlo un instante antes de que el cocinero en turno anunciara que la cena estaba preparada.

Christie apartó su mirada de la de él, y recogió antes de salir, la ropa mojada que había puesto a sus pies. Abandonó la tienda de Lyle con la cabeza en alto, pero pudo sentir cómo su acusadora mirada se clavaba en su espalda y, al detenerse en el interior de su tienda, tuvo que dominar rápidamente el ridículo deseo de romper a llorar. Lyle dijo la verdad; ella había mostrado muy poco interés en su regalo, y su preocupación por su propia carrera ya no era una excusa suficiente para su negligencia. El disco de marfil yacía en el fondo del alhajero, olvidado durante más de cinco años. Hasta ese momento comprendió su significado: había sido un símbolo de amor, pero sólo significaba nada, como ahora ella significaba nada para Lyle.

Capítulo 4

Durante la segunda semana, y bajo la experta dirección de Lyle, los estudiantes descubrieron diversos objetos de interés. Uno en especial causó enorme emoción en el grupo, un tosco collar de cuentas de oro. Lo encontraron incrustado en una capa de tierra como debió caer hacía miles de años, pero la cinta de cuero que unía las cuentas se había desintegrado con el tiempo. Derritieron cera y la vaciaron en una sartén poco profunda para formar un molde temporal, y cuando fueron extraídas del fango las cuentas de oro macizo, las colocaron a su vez en la cera, que ya comenzaba a endurecerse, en la misma posición en que fueron halladas.

«¿Acaso no era un collar que pudo pertenecer a Indlovukazi? La mente de Christie se puso a volar y su interés por la arqueología era como una llama que crecía más y más en su interior. Sin esperar el permiso ni la aprobación de Lyle, se involucró directamente en las excavaciones durante las mañanas, pero las tardes las seguía dedicando a tomar dictados y escribir a máquina las notas de Lyle, mientras él discutía los hallazgos del día con los estudiantes.

La segunda semana en el campamento transcurrió de manera muy similar a la primera. El sábado por la mañana, Lyle tomó el *Jeep* y se dirigió a Dialsdrif con uno de los estudiantes para comprar provisiones frescas para la siguiente semana; el resto pasaron el fin de semana lavando ropa en el río, o simplemente descansando después de una ajetreada semana.

El domingo por la mañana, un anciano negro llegó al campamento, y habló con Lyle durante algún tiempo. Después de su partida, Christie se enteró de que era Aaron quien había visitado a Lyle, el hombre que le había entregado el disco que tenía ella ahora en su poder. Aaron había visto una serpiente cerca del campamento, pero el animal desapareció en los arbustos antes que pudiera matarla, y le pareció mejor prevenirlos.

El día fue infernal, pero Christie tembló al pensar que una serpiente rondaba la zona. Los hombres revisaron todas las tiendas, pero no hallaron nada, y estuvieron de acuerdo en que una serpiente evitaría presentarse en un campamento. Después de todo, esos animales no tenían el hábito de frecuentar a los humanos. Fue

una idea consoladora, y no volvieron a mencionar el tema.

De hecho, Christie había olvidado el asunto cuando se dejó caer en el catre de su tienda ese domingo. Estaba exhausta, sus energías habían sido agotadas por el calor, y tan pronto como cerró los ojos, se quedó dormida.

Debió dormir durante horas, porque cuando despertó comenzaba a oscurecer y el ambiente se había refrescado, aunque tenía una cosquilleante sensación en la piel. Intrigada, pero reacia a despertar, entreabrió los ojos para encontrarse con que Lyle estaba parado en la entrada de su tienda. Al principio pensó que soñaba, pero el rostro del hombre tenía una extraña palidez, y Christie experimentó cierta alarma repentina. ¿Qué hacía él en su tienda? Se puso tensa cuando intentó levantarse, pero algo la hizo bajar la mirada y lo que vio heló la sangre en sus venas.

—No te muevas —ordenó Lyle con suavidad—. Por Dios, ¡no muevas ni un dedo!

Christie no habría podido moverse en ese instante, ni aunque en ello se le fuera la vida. El terror la mantenía paralizada sobre el catre, mientras sus horrorizados ojos permanecían fijos en el reptil que se deslizaba sobre sus piernas hacia el muslo derecho. El color era oscuro, su longitud interminable, y el cuerpo frío y resbaloso no parecía tener prisa por llegar a donde iba.

—¡Por Dios, Lyle, ayúdame! —suplicó, desesperada, entre dientes.

—Si trato de distraerla, tal vez enfurezca y te ataque —explicó en un susurro, con lo cual apagó su frenético deseo de saltar y correr—. Es una *mamba* negra, y es muy peligrosa.

Esa información no le sirvió de consuelo, y su corazón latía con un terror tal, que se encontraba a punto de desfallecer. “¡Oh, Dios, si tan sólo pudiera desmayarme!”, pensó desconsolada. Tenía el rostro muy pálido y el sudor brillaba en su frente como diminutas perlas. Lejos de desmayarse, se mantuvo bien despierta, incapaz de apartar su aterrorizada mirada de la lengua bífida que salía sin cesar de la boca de la serpiente, como si el animal se relamiese de placer al ver su inquietud.

La *mamba* comenzó a ascender por su costado, y ella ya no soportaba la sensación de ese cuerpo frío y resbaloso que se movía sobre sus muslos desnudos. En ese momento, deseó llevar puestos

unos pantalones largos en vez de los cortos, y reprimió un estremecimiento de repulsión justo a tiempo. Lyle le había advertido que no se moviera, pero si la *mamba* se le acercaba a la cara, sabía que ella gritaría primero y luego contemplaría los desastrosos resultados.

Lyle hablaba con ella, su voz era un murmullo que pretendía reanimarla. Ella no podía oír lo que le decía, pero su voz le brindó la fuerza necesaria para permanecer tendida e inmóvil mientras todos sus instintos le gritaban que apartase al horrible reptil de su cuerpo. Cada segundo le pareció una eternidad, y Christie casi pudo sentir cómo envejecía cuando el reptil levantó la cabeza cerca de su rostro. Un temblor recorrió su vientre, y estuvo segura de que la *mamba* percibió la vibración al notar que la cabeza se mecía hacia adelante y hacia atrás, mientras que la lengua bífida salía con mayor agitación de la boca.

—Vas muy bien —la animó Lyle; su voz penetró al fin la barrera de terror que nublaba su mente—. Ya no falta mucho.

Si las reservas de energía de una persona pudiesen ser medidas, entonces Christie recogía los últimos gramos que le quedaban para soportar los segundos finales de su suplicio. La cabeza del animal descendió lentamente, y el frío cuerpo se deslizó sobre su brazo desnudo, el cual seguía apoyado sobre la almohada, en la posición en que quedó dormida. Christie cerró los ojos un instante, sin saber cuánto más podría soportar y luego, como un milagro, todo terminó. El largo cuerpo de la *mamba* cayó al suelo y Lyle se movió en ese instante con la velocidad de la luz. El golpe descendente de una espada de mango largo casi separó la cabeza de la serpiente del resto de su tembloroso cuerpo.

Christie se encontró parada en el rincón más distante de la tienda. No recordaba cómo había llegado allí, pero se dio cuenta de que temblaba de manera incontrolable cuando Lyle levantó al reptil por la cola, pasó a su lado para arrojarlo de la tienda. Luego él se volvió, y sus ojos parecían enormes lagos sombríos sobre su rostro mientras la contemplaba. Christie no se percató de que se movía, pero en el instante siguiente estuvo entre los brazos de Lyle, y se abrazó a él con desesperación, al tiempo que hundía los dedos en la musculosa espalda y el rostro en el poderoso pecho. Él la abrazó en silencio hasta que los temblores desaparecieron, y rodaron lágrimas

de alivio por las pálidas mejillas de la chica.

Las enormes manos le acariciaron el pelo; su contacto era tranquilizante y consolador después de la pesadilla que vivió, y Christie pudo relajarse contra aquel cuerpo. También encontró consuelo en el conocido aroma de maderas de su colonia, y se apretó más contra él cuando el horror de lo que pudo ocurrir penetró en su aturdida mente. Sin darse cuenta, movió las manos por la espalda masculina en una desesperada necesidad de compasión, y no fue una caricia deliberada, pero se percató de lo que hizo cuando sintió que el cuerpo de Lyle se ponía rígido contra el suyo.

—¡Por Dios, Christie! —exclamó ronco, al tiempo que la obligaba a levantar la cara; las defensas de la joven estaban muy bajas cuando él colocó sus labios sensuales sobre los de ella.

Christie abrió la boca y Lyle la invadió con una mezcla de ira y pasión que pareció quemarla como el fuego. Sabía que debía separarse de él, pero estaba demasiado débil para hacer algo más que abrazarlo en busca de apoyo, mientras el mundo comenzaba a girar a su alrededor. Su aturdida mente estaba partida en dos: una mitad emitía una señal de alarma, mientras la otra prefería su rabiosa pasión al violento odio con que la había besado antes.

De pronto se encontró libre, con una violencia que robó un gemido de protesta de su garganta, pero supo el motivo de ese movimiento cuando oyó voces en el exterior de la tienda.

Dennis y Alan entraron un segundo después, con Erica y Valerie detrás de ellos. Christie permaneció inmóvil mientras cuatro pares de ojos la examinaban, y luego a Lyle, con una mezcla de expresiones. Se dio cuenta vagamente de que Lyle había recuperado la fría apariencia característica en él, y casi lo odió por ello cuando estuvo convencida de que la evidencia de sus besos era demasiado visible en sus trémulos labios.

—¿Es esa la serpiente de que habló Aaron esta mañana? —Dennis rompió el tenso silencio, moviendo un dedo sobre su hombro; era un gesto característico en él.

—Espero que sí —contestó Lyle con gravedad—. Sugiero que se mantengan alerta hasta estar seguros de que esta *mamba* no tenía un compañero.

—¿En dónde encontraron ese monstruo? —preguntaron las

chicas desde afuera, y luego se escuchó un concertado grito de horror cuando Alan levantó el reptil para que lo pudieran ver los otros estudiantes que se habían reunido alrededor de la tienda de Christie.

Christie tembló de nuevo al ver el largo cuerpo del reptil, y su reacción no pasó inadvertida para Lyle.

—Lo encontré en la tienda de la señorita Olson —dijo, cortante, y no dio más explicaciones—. Por favor, deshazte de eso, Alan. Me parece que la señorita Olson ha tenido suficiente de serpientes por hoy.

Lyle permaneció un momento más para ver que Alan obedeciera sus instrucciones, y luego salió de la tienda, dejando a Christie con una extraña sensación de abandono.

—¿Estás bien? —preguntó Dennis preocupado, y rodeó los hombros de Christie con un brazo protector—. Estás muy pálida, y tiemblas.

—Yo… estoy bien —mintió; su mente revivía con cruel detalle lo sucedido, pero se dominó con rapidez cuando su piel comenzó a cosquillear con el recuerdo del cuerpo del reptil que se deslizaba sobre ella—. Lo que necesito ahora es un baño.

—Iremos contigo —dijeron Erica y Valerie casi al unísono, y Dennis se alejó, un poco abatido, mientras ellas tomaban sus toallas y se apresuraban hacia el estanque antes que la oscuridad de la noche les impidiera bañarse.

A Christie le alivió saber que tendría compañía, y también una excusa válida para alejarse de su tienda. La simple idea de regresar a ella la ponía a temblar, y estuvo segura de que no volvería a pasar una noche en paz allí, después de lo que tuvo que soportar. Las chicas parecieron presentir su renuencia a permanecer sola, y se quedaron con ella en la tienda mientras se ponía unos pantalones frescos y limpios y un suéter delgado. La charla fue informal, sus risas casi alegres, y Christie estuvo muy agradecida con ellas para olvidar lo sucedido.

Esa noche, sentados alrededor del fuego y cantando con el acoplamiento de la guitarra de Alan, Christie permaneció con el grupo más tiempo de lo usual. Temía regresar a su sombría tienda sin alguien que la acompañara. ¿Y si había otra serpiente allí y Lyle llegaba demasiado tarde para ayudarla en esa ocasión? Tembló ante

esa idea, y se sintió tentada a pedir que alguien la acompañase, pero no podía soportar la posibilidad de la sarcástica sonrisa de Lyle.

El grupo que rodeaba la fogata fue disminuyendo, y Christie comprendió que haría evidente su nerviosismo si continuaba sentada allí cuando todos se hubiesen marchado. Se levantó al fin, dio las buenas noches y en contra de su voluntad caminó en dirección de su tienda. Le cosquilleaba la piel e incontrolables temblores le recorrieron el cuerpo cuando apartó el lienzo que cubría la entrada y penetró en ella. Apretaba tanto los dientes que le dolía la mandíbula, y podía sentir el sudor que aparecía en su frente cuando buscó a ciegas la caja de cerillas. Le temblaban tanto los dedos que tuvo problemas para encender la vela y, cuando lo consiguió, dirigió una rápida y nerviosa mirada al interior de la tienda. Había demasiadas sombras y rincones que no podía ver con claridad, pero se desvistió rápido y casi saltó al catre por el temor de que algo estuviese oculto en las sombras bajo el mueble.

Apagó la llama de la vela, aunque sabía que no podría dormir. Permaneció sentada en el catre hasta que las canciones terminaron y todos se retiraron a sus respectivas tiendas, pero aun entonces el sueño insistía en evitarla. Se puso a escuchar con atención para captar el menor ruido que pudiese indicar que no estaba sola, y su cuerpo estaba tan rígido, que sus músculos comenzaron a protestar.

Christie no tenía idea del tiempo que había pasado sentada, tratando de reunir el valor suficiente para cerrar los ojos y dormir. Encendió una cerilla para ver el reloj. Había pasado ya más de una hora; una hora de escuchar con atención en espera de algún posible intruso, y se estremeció de nuevo ante el recuerdo de lo que habría ocurrido si Lyle no hubiese estado presente para ayudarla a sobrellevar su tormento.

—¡Esto es ridículo! —exclamó, molesta consigo misma.

Se puso los pantalones y el suéter sobre el ligero pijama, y bajó los pies para calzarse las sandalias. El incidente de esta tarde fue algo muy fuera de lo ordinario, se dijo. Resultaba probable que la serpiente hubiese buscado, de manera muy inocente, algún refugio en su tienda, pero eso no eliminaba el horroroso hecho de que ella se encontraba en la tienda en ese momento.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Tenía que ser sensata; un

poco de aire fresco la ayudaría a recuperar el sentido. Apartó la tela que cubría la entrada de su tienda, y salió; su nerviosa mirada evadió con firmeza el sitio donde había caído la serpiente después de que Lyle la sacó de la tienda, y aspiró profundo el fresco aire nocturno para tranquilizarse.

Había luna llena en el cielo estrellado, y el suelo parecía bañado por una luz plateada que le permitía ver con claridad la hierba, y cada inmóvil hoja de los árboles. Algo se movió a su derecha, y su corazón dio un vuelco. Volvió la cabeza con rapidez en esa dirección, y vio a Lyle parado en la entrada de su tienda, a oscuras. Fumaba un cigarrillo y miraba en su dirección tan fijamente que Christie experimentó el impulso de entrar de nuevo en su tienda para escapar; pero se obligó a permanecer en su sitio.

Ella respondió a su mirada en silencio. No pretendió buscar su compañía, pero de súbito experimentaba la desesperada necesidad de buscar su consoladora presencia. Deseó caminar hasta él, pero vaciló, y después de interminables segundos, Lyle fue quien se movió primero. Dejó caer el cigarrillo, lo aplastó con el tacón de su zapato y luego se acercó a ella.

—¿No puedes dormir? —preguntó al encontrarse a sólo un paso de distancia.

—No, no puedo —rió, nerviosa—. Sé que es ridículo, pero tiemblo ante la simple idea de cerrar los ojos y dormir en esa tienda.

—Es una reacción natural.

Su respuesta, carente de sarcasmo y desdén, la enmudeció de sorpresa. Nunca esperó una comprensión tal de parte de Lyle, y comenzó a relajarse poco a poco.

—Aún no te he dado las gracias por lo que hiciste esta tarde.

—Olvídalo —contestó, cortante, y la sujetó del brazo—. Lo que necesitamos es un trago.

La condujo hacia su tienda y, por algún motivo, ella no pudo negarse. Le ofreció una silla y ella se sentó con las manos enlazadas sobre el regazo, hasta que Lyle encendió una vela. Sacó una botella y dos vasos, y sirvió una generosa cantidad de un líquido ambarino en cada uno, mientras Christie lo observaba de reojo. Él llevaba desabotonada la camisa, y la había sacado del cinturón que sostenía unos pantalones grises que le ceñían las firmes caderas. El oscuro

cabello le caía en la frente como si sus dedos hubieran pasado entre los mechones varias veces, y Christie se sintió culpable cuando presintió su enfado y agitación.

—Lo siento, Lyle. Jamás pretendí convertirme en un problema. Él se volvió, con el vaso en la mano y una expresión indescifrable en los ojos.

—Bebe esto.

—¿Qué es? —preguntó cautelosa, y evitó el contacto de sus dedos cuando tomó el vaso que le tendía.

—*Brandy* —fue la cortante respuesta.

—Yo no…

—¡Bebe y calla! —la interrumpió, seco, y algo en la rigidez de esa mandíbula le dijo que sería mejor que siguiera el camino de la menor resistencia.

Christie se llevó el vaso a los labios. El olor fue suficientemente fuerte para hacerla arrugar la nariz con disgusto, pero el primer sorbo desencadenó su tos, al mismo tiempo que las lágrimas rodaban por sus mejillas. El interior de la tienda pareció moverse a su alrededor mientras ella secaba sus lágrimas con el dorso de la mano y, cuando al fin recuperó la respiración, gimió:

—¡Sabe horrible!

—Beberás hasta la última gota —ordenó Lyle y sorbió un trago —. Eso te ayudará a tranquilizar tus nervios.

—Me sentiré mareada —protestó ella cuando el interior de la tienda comenzó a recuperar su posición normal.

—Si te mareas, considéralo como parte de la aventura que buscabas cuando solicitaste este empleo —se burló él.

—Vuelves a ponerte a la ofensiva —señaló Christie; un creciente calor interno le brindaba una gran confianza que casi llegaba al atrevimiento.

—¿No dijiste que querías algo distinto… una aventura? — cuestionó él, y el sarcasmo de sus ojos se acentuó al verla ruborizarse a la luz de la vela.

—Sí… más o menos —reconoció, reacia—. Pero eso no incluía un espeluznante encuentro con una serpiente, ni embriagarme a medianoche.

—Lo inesperado es lo que vuelve a la vida una aventura — sonrió con cinismo—. ¿No lo sabías?

—Empiezo a aprender —contestó, seca.

La mirada de él se posó en el vaso que la joven tenía en la mano, y volvió a levantarse hasta encontrar la mirada de Christie. Fue una orden muda para que vaciara su vaso y ella se lo llevó a los labios. El segundo sorbo no fue tan mortal como el primero, y el resto casi tolerable. Un intenso calor invadió su estómago, y de allí se extendió a sus miembros, los cuales parecieron de repente muy pesados, mientras que una espesa bruma nublaba su cerebro. Comenzaba a sentirse mareada y alegre, y torpe como nunca, cuando se inclinó para poner el vaso vacío en la mesa.

—¿Más *brandy*?

—No, gracias —contestó deprisa—. Creo que mis nervios ya están en orden, aunque me gustaría poder decir lo mismo sobre mi cabeza.

—Nunca tuviste cabeza para el alcohol —le recordó Lyle y vació su vaso.

—Tienes razón —Christie rió; su mente aún era lo bastante clara para registrar el hecho de que la tonalidad de su grave voz musical se había elevado medio tono—. Una copa de champaña siempre es suficiente para ponerme a reír.

—Lo sé.

Esas dos palabras fueron suficientes para llenar su mente de recuerdos que habría preferido olvidar. Evocó el día de su boda y su nerviosismo, a pesar de que estaba muy enamorada de Lyle. Esa noche, en la habitación del hotel, él había ordenado una botella de champaña y, después de una copa, ella comenzó a dejar escapar una risita que a él le resultó muy graciosa, en vez de irritante. La risa desapareció al fin, mas también se desvanecieron sus inhibiciones, y siguió extasiada los senderos que trazó Lyle durante esa noche de amor.

Ruborizada por el íntimo tema de sus pensamientos, se levantó de pronto, pero fue un error. Su acto la colocó tan cerca de Lyle, que sus sentidos se encontraron atormentados de inmediato por el olor de su masculina colonia. El alcohol contribuyó a que bajara la guardia, pero conservaba el suficiente sentido común para saber que debía marcharse antes de hacer el ridículo.

—Me parece que debería…

—¿Por qué te cortaste el pelo? —la pregunta interrumpió su

cortés intento por disculparse y alejarse de su perturbadora presencia.

—Mi cabello largo era parte de la imagen que Sammy deseaba proyectar —se escuchó contestar—. Cuando expiró mi contrato, me deshice de la imagen y del pelo —su masculinidad aún era tan potente como una droga, y sabía que si deseaba escapar ilesa, tendría que salir cuanto antes—. Gracias por el *brandy* creo que ahora podré dormir.

Christie se apartó de él y casi tropezó con la silla al moverse, pero Lyle se colocó a su lado en un instante.

—Te acompañaré hasta tu tienda.

—Eso no será necesario —protestó ella; sus fibras nerviosas se estremecían en loca respuesta a su cercanía—. Hay luna llena, y se puede ver bastante bien en la oscuridad.

Quiso alejarse de él, pero el brazo de Lyle permaneció firme rodeándole la cintura, y le impidió dar el primer paso.

—Tiemblas.

Eso no la sorprendió; todo su cuerpo comenzó a vibrar al presentir el inminente peligro.

—No… comprendo por… por qué… —comenzó a decir aturdida.

—¿No? —él le sujetó la barbilla con los dedos para obligarla a levantar la cara, y el intenso fuego de su mirada hizo que la sangre corriera, candente, por las venas de Christie—. Creo que los dos sabíamos que algo así sucedería. Era inevitable, y es inútil que tratemos de luchar.

Deseó poder decirle que no sabía de qué hablaba, pero habría dicho una mentira. Aunque no quedase nada más, aún existía la atracción física, y era tan intensa como lo había sido cinco años atrás. Mas para Christie, esa atracción iba mucho más allá. Había luchado contra ello, lo negó, pero ya no podía ignorarlo más; aún amaba al hombre que una vez había sido su esposo.

El brazo que le rodeaba la cintura la estrechó, y ella quedó atrapada contra la dureza del cuerpo de Lyle. Pudo ver las señales de peligro brillando en sus penetrantes ojos, y palpó la advertencia de los dedos que se deslizaban pausadamente acariciándole la mejilla. Su aletargada mente cobró vida y le lanzó una señal de alarma, pero su cuerpo se negó a escuchar. Permaneció inmóvil circundada por esos brazos, casi temerosa de respirar, y su corazón

latía contra la enorme mano que se extendió sobre su torso.

Christie, casi se sentía flotar cuando Lyle murmuró algo incomprensible y la envolvió por completo en su abrazo. Ella posó las manos en el áspero pecho cubierto de vello en un débil intento por evitar lo inevitable, pero la textura y el calor de la piel en sus palmas encendió una llama en su interior. Pudo percibir el latido de su corazón, tan acelerado como el de ella, y vio por un instante el destello triunfal en los ojos oscuros, antes que Lyle apagase la llama de la vela.

Se encontró atrapada bajo la luz de la luna, encadenada por esos brazos, y atormentada por la sensual presión de los labios masculinos sobre los suyos. Si deseaba escapar, entonces tendría que hacerlo en ese momento, pero él tenía las manos en sus caderas y amoldaba su cuerpo contra la curva del suyo, hasta que la longitud de sus musculosos muslos se encontró presionada contra los de ella. Lyle movió las caderas para comunicarle su necesidad, y Christie tembló de inmediato. Si su mente suplicaba que resistiera, ella había dejado de escucharla; las emociones tomaban las riendas de sus actos, y sus labios se movieron en respuesta bajo los de él, mientras deslizaba las manos por el áspero pecho hasta enredarse en los rizos que le cubrían la nuca.

Lyle se apartó un poco y, durante un terrible instante ella pensó que la rechazaría, pero entonces la levantó en brazos como si no pesara, y la llevó así a la parte de la tienda que servía de dormitorio. La boca de Lyle buscó la de ella en la oscuridad cuando la depositó en el suelo, y los brazos de Christie aún lo rodeaban por el cuello cuando él deslizó las manos bajo su suéter para estrechar la redondez de sus senos.

—¡Lyle! —gimió contra su boca; la conocida intimidad de su contacto envió un soplo de claridad a su mente—. Esto es… ¡una locura! —protestó, debilitada.

—Te deseo, y voy a amarte.

—Te despreciarás por esto —lo previno y recordó, a su pesar, el disgusto y la salvaje ira de Lyle, las cuales no lograba comprender.

—Tal vez lo haga —gruñó, con los labios posados en el pulso que latía en la base del cuello femenino—, pero en este momento, no me importa.

—¡Oh, Dios! —suspiró Christie, temblorosa, cuando él tiró del

suéter y se lo quitó.

La cremallera del pantalón no ofreció resistencia, y él la despojó del resto de su ropa, al tiempo que la hacía tenderse en el colchón de aire.

Tiró de las sandalias y las apartó, y luego se quitó su ropa antes de reunirse con ella.

Lo estrechó contra sí con cierta impaciencia. Al sentir aquella piel candente contra la suya, Christie tembló con el despertar de emociones tanto tiempo contenidas, y de pronto se sintió como alguien que vuelve a casa después de un largo y triste viaje. Deslizó los dedos entre el oscuro cabello y atrajo su cabeza hacia la de ella hasta que los labios de Lyle se posaron sobre los suyos, anhelantes.

Las manos masculinas exploraban su cuerpo, los dedos recorrían la piel caliente con gran delicadeza, hasta que cada nervio del ser de Christie cobró vida y se estremeció en respuesta. La boca de él abandonó la suya y ella aspiró profundo cuando él trazó un sendero de candentes besos por su sensible piel, desde un suave hombro hasta los senos. Con los labios y la lengua, él jugueteó con las rosadas puntas de los senos y las convirtió en tensos capullos hambrientos de placer y fue entonces, durante un instante, cuando el fulgor de duda penetró una vez más en la aturdida mente de Christie. Eso estaba mal; lamentarían sus actos sin duda. Debía contenerse, pero la mano de Lyle se deslizó en ese momento sobre su vientre plano y la intimidad de la caricia no dejó lugar para ningún pensamiento lógico. El fuego en su interior se había convertido en un volcán, y el tenso y tembloroso cuerpo esperaba la satisfacción que ella le había negado durante tantos años.

—Lyle… —dijo en un ronco gemido, y su voz resultó casi la de una extraña al tiempo que el deseo aumentaba con cada caricia íntima—. Ha pasado tanto tiempo.

—¿Me deseas? —preguntó, ronco.

—Sabes que sí —embriagada por las sensaciones que él despertaba, no pudo mentir.

—Dilo, para que sepa que es cierto —ordenó.

—Te deseo —lo obedeció como si no tuviese voluntad propia, al tiempo que plantaba desesperados besos en su cuello y hombros, y saboreaba el sudor salado de su piel que le robaba con la lengua—. Te deseo.

—¿Cuántos hombres has tenido en los últimos cinco años?

—No ha existido… ningún hombre —gimió; las manos y labios de Lyle tocaban su piel encendida, y la transportaban a dimensiones que jamás conoció.

—¿Esperas que crea eso? —continuó interrogándola.

—Por Dios, es… ¡la verdad!

Las manos se detuvieron sobre su cuerpo, y los ojos lanzaron un extraño destello en la oscuridad cuando levantó la cabeza.

—Me parece que de veras te creo.

—Lyle, ¡por favor! —suplicó, ronca; sus manos asieron los duros hombros y arqueó el tenso cuerpo con una necesidad que se volvía casi intolerable—. ¡No me atormentes así!

Su súplica pareció divertirlo. Lyle rió, ronco, pero fue una risa triunfal teñida con una ira que ella no tuvo tiempo de analizar. El deseo desencadenado de Lyle fue violento, y en la fusión de sus cuerpos Christie ahogó un grito de protesta y placer en el hombro de Lyle.

Sólo estaba consciente de su sabor, de la sensación de su cuerpo, mientras él se movía cada vez con mayor rapidez y fuerza, despertando nuevas y más intensas sensaciones, hasta que la tensión estalló dentro de ella y recorrió como una cascada todo su cuerpo.

Christie sintió que el peso del estremecido cuerpo de Lyle la hundía más en el colchón, y su gemido de placer le provocó una enorme satisfacción. El corazón de Lyle latía al unísono con el suyo, y Christie estaba casi segura de que la pesadilla de los pasados cinco años había sido sólo un producto de su imaginación.

Lyle mordisqueó el sensible lóbulo de su oreja y gruñó, con la respiración entrecortada:

—Había olvidado lo agradable que es hacer el amor.

¿Eso era todo lo que podía decir Lyle? El desencanto precipitó su regreso a la realidad y, cuando él se apartó de la joven unos segundos después, la mente de Christie se encontraba ya invadida de fríos razonamientos, en vez de sentirse contenta.

—¿Hubo muchas mujeres, Lyle?

—Algunas —reconoció, se sentó con la espalda vuelta hacia ella, mientras una fría e incomprensible ira la envolvía. Christie se levantó y se vistió sin mirar a Lyle, mas debió revelar algo de su irritación en esos tensos momentos de silencio—. Soy un hombre,

Christie, y además… normal —anunció con irritada impaciencia—. ¿Pensaste que llevaría una vida de celibato después de que nuestro matrimonio se derrumbó?

Christie no podía contestar esa pregunta, pero decidió vengarse con otra:

—¿Y Sonia Deacon es una de esas mujeres?

Lo observaba de reojo mientras se ponía los pantalones, y agradeció la oscuridad de la tienda cuando su voz fría y controlada la lastimó diciendo:

—¡Eso no es asunto tuyo!

No la habría lastimado tanto si le hubiese clavado un puñal en el corazón. Ardientes lágrimas escaparon de sus ojos, pero de algún modo logró mantener la cabeza erguida cuando salió de la tienda de Lyle. Lo despreciaba, pero en ese preciso momento se despreciaba a sí misma muchísimo más.

Capítulo 5

El lunes, Christie despertó con una profunda sensación de temor que le oprimía el pecho; al principio no supo por qué, pero de inmediato recordó con lujo de detalle lo ocurrido entre ella y Lyle durante la noche. Fue una tonta al permitir que la dominaran sus emociones, y ahora tendría que pagar el precio de su tontería. Se sintió ridícula y no tenía idea de cómo encarar a Lyle durante las dos semanas que aún debían pasar juntos en la selva.

Los estudiantes se movían por el campamento, y el siseo de la estufa de gas le comunicó que el desayuno estaba siendo preparado en ese momento. Christie salió de su saco de dormir y vació un poco de agua en un recipiente de plástico que tenía en un rincón de la tienda. Se lavó y cepilló los dientes, deseando poder también borrar de su cuerpo las caricias de Lyle, pero esa sensación permaneció adherida a ella como una etiqueta invisible que le reiteraba su flaqueza. Maldijo en silencio a su ex esposo, pero se maldijo más a sí misma por permitirse caer en la trampa emocional que ella misma había tendido sin darse cuenta. La motivación para ella fue el amor, pero para Lyle, fue sólo una más de las muchas mujeres que había poseído a lo largo de los años. “Había olvidado lo agradable que es hacer el amor”, le había dicho. Tal vez debía tomar eso como un cumplido, pero en su interior yacía la sensación de que se había comportado como una mujer fácil más que dispuesta a añadir otro nombre a la larga lista de las conquistas de Lyle.

Ahogó un gemido al percatarse de que lo único bueno del episodio de la noche anterior, había sido que la ayudó a olvidar el asunto de la *mamba* y su temor a permanecer sola en la tienda.

Oyó el ruido que hacían con la sartén anunciando el desayuno y se preparó para salir y encararse con Lyle. Él se encontraba parado con la espalda vuelta hacia ella, hablaba con Dennis y Mike mientras esperaba a que le sirvieran; sin ser vista, Christie estudió la amplitud de los hombros cubiertos por una camisa azul, y los pantalones cortos de color caqui que envolvían sus firmes y musculosas caderas. Aún recordaba la sensación de su esbelto y firme cuerpo contra ella, y un intenso rubor le cubrió las mejillas al

remembrar la intimidad compartida. Lyle se volvió cuando ella pasó a su lado, y su mirada fría e impersonal fue como una perturbadora inyección en el brazo cuando Christie tomó su lugar al final de la fila y trató de calmar el acelerado latir de su corazón.

—¡Tranquila! ¡Con calma! —se dijo pero cuando recordó cómo Lyle la había interrogado sobre su vida personal, una violenta ira la envolvió. Enloquecida por la pasión, le contó todo lo que él quiso saber, y Lyle ya no tenía dudas de que él había sido el primer y único hombre que la había amado. Ella alivió su ego adolorido, y luego revivió el terrible golpe bajo que él le propinó al decirle que no se metiera en lo que no le interesaba, refiriéndose a sus aventuras.

La ira, como un volcán a punto de estallar, bullía en su interior. Si Lyle buscó vengarse, entonces había logrado su propósito, pero ella nunca lo perdonaría por haberla hecho sentir como una mujerzuela que estuvo más que dispuesta y emocionada por compartir el lecho con él.

Fue su ira lo que la ayudó a sobrevivir a ese día de terrible calor y polvo. Con un cepillo y una toalla, trabajó junto con los estudiantes en su búsqueda de más evidencias de una raza que existió allí hace miles de años. La peor parte fue tener que permanecer en la tienda de Lyle mientras él le dictaba los datos técnicos pertinentes, para que los archivase ese día. La mente de Christie volvía una y otra vez a la noche anterior, con crueldad, y tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para permanecer sentada con el alma serena y tomar el dictado de Lyle, mientras él se paseaba sin cesar por la tienda. Esa mañana, en varias ocasiones lo había sorprendido mirándola de un modo extraño, tal como la miraba en ese momento. Christie pudo sentir cómo sus ojos oscuros trataban de penetrarla, de forzarla a encontrarse con su mirada, pero ella mantuvo la vista fija en la libreta, con tanto esfuerzo que quedó deprimida y fatigada cuando al fin estuvo a solas para escribir a máquina.

A Christie le dolía mucho la cabeza, y el chicharreo de las cigarras en ese caluroso día agravó la jaqueca que había comenzado a atormentarla desde esa mañana. El calor era opresivo, como si se avecinara una tormenta, mas no había nubes en el cielo y no soplaba ni la más leve brisa para aliviar su incomodidad; Estaba

empapada en sudor cuando sacó la última hoja de la máquina de escribir. Anhelaba un refrescante baño en el río, y no estaba de humor para una confrontación con Lyle cuando él entró en la tienda y deliberadamente le impidió el paso al tratar de salir.

—¿Adonde vas? —demandó, mirándola con fijeza.

—Acabé de escribir a máquina las notas y me dirigía al estanque a nadar —explicó, fatigada—. ¿Quiere que haga algo más, profesor?

—¡No me llames así! —rugió, rabioso.

—Eso eres, ¿o no?

—¡Maldición, Christie! —estalló furioso ante el sarcasmo de la chica; luego hizo un esfuerzo visible por controlarse—. Lo de anoche…

—¡No quiero discutir el asunto! —lo interrumpió, cortante, y cerró los puños con terrible fuerza—. Fue algo que no debió ocurrir, y me arrepentiré toda la vida de mi participación en eso.

Un músculo se contrajo en la mandíbula masculina.

—Tú tal vez lo lamentes, pero yo no.

—Eso imaginé —respondió enfadada, con los ojos nublados por la indignación—. Ya tuviste tu venganza, y ahora, espero que estés satisfecho.

—Lo que sucedió anoche no fue un acto de venganza.

—¿Qué fue entonces? —estalló Christie—. ¿Un consuelo para tu ego?

—¿De qué diablos hablas? —cuestionó, furioso; la sujetó por los hombros y la hizo volverse para verla de frente cuando ella trató de escapar.

—Además de lo otro, hiciste muchas preguntas anoche, y recibiste respuestas directas —contestó indignada y sarcástica—. Tu ego debe estar tan inflado en este momento, que me sorprende que puedas caminar con los pies en la tierra.

Lyle apretó los labios iracundo.

—En el nombre de todos los santos, Christie, ¿quieres tranquilizarte para poder discutir esta situación con sensatez?

Trató de sujetarla de nuevo, pero ella retrocedió para aumentar la distancia que los separaba.

—No tengo deseos de discutir el asunto contigo. Ni ahora, ni en el futuro.

La expresión de Lyle se ensombreció y tenía los ojos

entrecerrados.

—Supongo, entonces, que lo de anoche no fue para ti más que un breve y tal vez placentero interludio.

—Puedes suponer lo que quieras —contestó, y ocultó su dolor detrás de una fachada de falsa indiferencia.

—Habría preferido pensar que lo de anoche significó algo más para ti, pero tal parece que fui un tonto al hacerlo.

Los ojos de Christie se llenaron de ardientes lágrimas, pero le había vuelto la espalda a Lyle y agradeció que él no pudiese ver el efecto que había provocado en ella su comentario. Se alejó de él antes de correr el riesgo de actuar de nuevo como una tonta, creyendo que tal vez se había equivocado al suponer que él le había hecho el amor sólo por venganza. Creyó en Lyle una vez; había creído que la amaba aunque él nunca lo dijera. Confió en él como una niña, y Lyle la abandonó durante su primera crisis matrimonial.

Christie tomó dos aspirinas en su tienda. La cabeza le dolía como si alguien la estuviera golpeando con un martillo mientras caminaba hacia el río, con la toalla sobre sus hombros, y cada paso que daba era como si una daga se le clavara en las sienes. Se desvistió junto al agua y se dejó caer en el estanque, permitiendo que el agua le mojara el cabello, mientras que la frescura del río en su piel alivió poco a poco su terrible jaqueca.

Estaba agotada cuando salió del agua y se vistió, pero el dolor de cabeza había desaparecido. Se sentó en las rocas durante algún tiempo, contempló la distancia y no se percató de las hermosas tonalidades rojizas que teñían el cielo cuando el sol comenzó a ponerse. No quería pensar ni sentir, pero no encontró la paz que anhelaba ya que las palabras de Lyle se repetían sin cesar en su mente: “Habría preferido pensar que lo de anoche significó algo para ti, pero tal parece que fui un tonto al hacerlo”.

¿Qué significaba eso? ¿Qué trató de decirle? ¡Oh, Dios, si lo supiera!

Si Christie temía que Lyle la buscara de nuevo con la intención de discutir su relación, se equivocaba. Él tan sólo le dirigía la palabra cuando era necesario y, a veces, la ignoraba por completo. Debía sentirse complacida, pero en vez de ello experimento un

profundo dolor y una gran tristeza. Fue entonces cuando comenzó a valorar la amistad que Dennis le ofrecía desde el principio. A veces, su presencia aliviaba la tensión que había aparecido entre ella y Lyle, y Dennis la hacía reír aun cuando ella pensaba que ya no quedaban más risas en su interior.

Las excavaciones adquirieron un nuevo propósito, y Christie tuvo muy poco tiempo para pensar en sus problemas personales mientras hacía una lista y numeraba todos los objetos encontrados. Al tomar una parte activa en las excavaciones, y con la emoción de encontrar tal vez una reliquia, los días pasaron con increíble rapidez.

—Tengo la impresión de que el profesor está buscando algo —anunció Dennis una noche, cerca del final del viaje, cuando se encontraban sentados a cierta distancia del grupo que rodeaba la fogata, y Christie miró a su compañero con interés.

—¿Por qué lo dices?

—Es sólo una corazonada —Dennis encogió los hombros—. ¿Te ha dicho algo? no, ¿verdad?

—Ni una palabra —aseguró ella, y miró de reojo hacia donde Lyle se encontraba sentado, con un cigarrillo en la mano y reclinado contra el tronco de un árbol—. Mi relación con el profesor Venniker no incluye el intercambio de confidencias —añadió con una sarcástica sonrisa.

—Ya me he dado cuenta.

Su provocativo comentario se acercaba al terreno personal, y Christie cambió deprisa la conversación hacia el tema que habían comenzado a discutir.

—¿Tienes idea de qué es lo que está buscando?

—No —Dennis frunció el ceño—, pero me parece que es algo que dará bases a su teoría de que este territorio perteneció a Indlovukazi, la legendaria reina.

—Creí que había encontrado suficiente evidencia de eso durante las últimas semanas.

—Yo también lo creí, pero tengo el presentimiento de que el profesor no estará satisfecho hasta que encuentre lo que busca —Dennis bajó la voz y se inclinó hacia Christie, como si fuesen conspiradores—. ¿Has notado cómo examina el profesor cada fragmento cuando removemos la tierra?

—Lo he notado, sí —respondió, pensativa, tomando en serio la charla por primera vez—. Supongo que lo que busca debe ser muy pequeño.

—O tal vez son fragmentos de algo que no era muy pequeño en su forma original —añadió Dennis.

—¿Por qué no le preguntas qué busca? —propuso Christie, al tiempo que se rodeaba las piernas con los brazos y posaba la barbilla en las rodillas.

—Ya lo hice —Dennis sonrió, irónico—, pero no conseguí nada.

—¿Qué te dijo?

—Rió y me dijo que tenía una imaginación fuera de lo común.

Christie estuvo pensando en eso durante un momento, luego una provocativa sonrisa curvó sus labios.

—Tal vez sea cierto.

Dennis le dio un golpecito en el brazo con los dedos, como un castigo, y la conversación terminó allí cuando Alan se puso la guitarra sobre una rodilla y comenzó a tocar.

Christie se levantó para reunirse con el grupo junto al fuego, y por un instante su mirada se encontró con la de Lyle y fue suficiente para ponerla tensa durante el resto de la velada. Lyle estaba furioso, y su ira estaba dirigida hacia ella, mas Christie no comprendía por qué.

Unos días después, Christie encontró una pequeña vasija incrustada en la pared de la *donga*. En otras ocasiones dejó que las hábiles manos de los estudiantes extrajeran los objetos, pero esta vez experimentó un extraño impulso de hacerlo sola. Trabajó muy despacio, sabiendo que cualquier movimiento brusco podría romper la valiosa pieza y pareció que transcurrieran largas y tensas horas bajo el candente sol antes de que el pequeño objeto abandonara su nicho en la tierra. Las manos le temblaban de emoción, y cuando dio vuelta a la vasija entre los dedos, escuchó el golpe de pequeños objetos en su interior. Trató de levantar la tapa, pero la naturaleza la había sellado para preservar su contenido.

—Necesitarás una navaja y un cepillo para romper el sello —aconsejó Dennis, al tiempo que pasaba un dedo por la angosta separación que había entre la tapa y la boca de la vasija.

Christie dudó ante la idea de realizar ella sola una labor tan delicada, pero al mismo tiempo, se sentiría celosa de que alguien

más lo hiciera.

—¿Crees que podré abrirla?

—Tú encontraste la vasija —Dennis sonrió y le entregó su navaja —. Me parece que es tuyo el privilegio de abrirla.

Parecía un reto; era un reto, y ella salió de la *donga* con la pequeña vasija apretada contra su cuerpo. Dirigió una mirada a Lyle, pero él estaba absorto en una discusión con otros estudiantes y, después de tender una manta de lona bajo la sombra de un árbol, Christie comenzó la delicada labor de romper el sello de la vasija sin dañarla.

Volvió a trabajar despacio, usando la navaja y el cepillo de manera alternada. Si forzaba la taza, podría rajar la vasija de barro, así que se tomó todo el tiempo necesario, a pesar de que sus nervios parecían contraerse y temblar por la emoción. Volvió a experimentar esa extraña inquietud en su interior; parecía recorrer la espalda y extenderse por los brazos hasta los dedos, haciéndola renovar su interés en descubrir lo que yacía oculto dentro de la pequeña vasija negra.

Pareció transcurrir una eternidad mientras raspaba y cepillaba para lograr su objetivo. Trabajó con la navaja y abrió un surco cada vez más profundo en la separación de la tapa y la boca de la vasija; y se encontraba a punto de renunciar a su labor, cuando la tapa se movió unos milímetros. El corazón de Christie dio un vuelco y las manos le temblaban cuando soltó la navaja y tomó el cepillo para apartar el polvo que había raspado. Para estar segura de que no lo había imaginado, deslizó la punta de la navaja una vez más, en un movimiento circular alrededor de la tapa, y fue recompensada con un sonido crujiente y seco al moverse la tapa.

El corazón le latía con fuerza al dirigir una recelosa mirada hacia el sitio de la excavación. Ya era casi la hora de volver al campamento para almorzar; los estudiantes recogían sus herramientas y Lyle aún examinaba las minúsculas partículas de barro y piedra que habían sido rescatadas al remover la tierra. Tendría que darse prisa, le quedaba muy poco tiempo. ¿Tiempo para qué?, se preguntó, distraída, mas no esperó la respuesta. Con la punta de la navaja, levantó cuidadosamente la tapa y luego inclinó la vasija y vació su contenido en la pequeña manta de lona.

Durante un terrible segundo, le pareció haberse quedado sin aire

en los pulmones, y una extraña sensación de frío se apoderó de ella al contemplar los objetos que yacían en la tela verde de lona. Rodeado por cuatro colmillos de león y una pequeña punta de lanza de hierro, encontró un disco de marfil como de cinco centímetros de diámetro que era una réplica exacta del disco que ella tenía en su poder, excepto por la figura de una mujer labrada en el centro. Ese era el disco que Indlovukazi le diera a su amante como prueba de amor y eso, comprendió Christie, era precisamente lo que Lyle buscaba.

Tocó el objeto casi con reverencia; estaba amarillento por el tiempo, pero muy bien preservado, y una vez más experimentó esa emoción recorriéndole el cuerpo cuando al fin lo tomó y lo sostuvo entre sus trémulos dedos.

—Es tiempo de partir —escuchó la orden de Lyle y, de manera impulsiva, Christie metió el disco en el bolsillo de sus pantalones cortos de algodón.

Se sintió culpable, pero nadie la había visto, estaba segura de eso, y reunió con rapidez los objetos restantes. Los devolvió al interior de la vasija y colocó la tapa con cuidado.

Lyle se encontraba a cierta distancia de ella, y parecía fruncir el ceño al mirar hacia al horizonte. Resultaba evidente que estaba hundido en sus pensamientos, pero el sonido de los pasos de Christie junto a él lo hizo volverse de inmediato; su mirada oscura fue atraída en un instante por la vasija negra que ella llevaba en la mano.

—¿De dónde sacaste eso?

—De la *donga* —contestó, con cierta ansiedad en la voz—. Ya marqué el sitio y le di un número.

Lyle tomó la vasija y la examinó; cuando se volvió a mirarla, tenía los ojos entrecerrados por la rabia.

—¿Quién te dio permiso para romper el sello?

—Yo —contestó Dennis, acercándose a Christie—. Y creo que ninguno de nosotros habría realizado un trabajo mejor —añadió después de mirar la tapa que seguía en perfectas condiciones.

Lyle apretó los labios, pero abandonó el tema y dirigió su penetrante mirada a Christie.

—¿Examinaste el contenido?

—Sí, lo hice —confesó, y Lyle señaló hacia la tela de lona que

llevaba ella en las manos, en un movimiento que le ordenaba extenderla en el suelo.

—Parece que el dueño de la vasija era un sentimental —comentó Lyle, seco, cuando terminó de estudiar los objetos que yacían en la tela—. Me inclino a pensar que los colmillos pertenecieron al primer león que cazó, y la punta perteneció a la lanza que usó para matarlo —se sentó sobre sus talones y dio vuelta varias veces a los objetos entre los dedos, luego se volvió de pronto y atrapó la nerviosa mirada de Christie—. ¿Esto fue todo lo que hallaste en la vasija?

De pronto pareció que el disco de marfil le quemaba en el bolsillo. Su mente le decía que lo entregara, que no le pertenecía, pero por algún extraño motivo, decidió no hacerlo.

—Eso fue todo —mintió.

Lyle le desafió con la mirada y ella tuvo el terrible presentimiento de que la culpa había aparecido dibujada en su rostro. No acostumbraba a faltar a la verdad, por lo que, de manera inconsciente, le horrorizaba lo que estaba haciendo.

—Qué extraño —Lyle rompió el tenso silencio—. Por lo que sé, la gente de hace miles de años jamás guardaba algo en una vasija con tapa, a menos que desearan ocultarlo, pero no puedo imaginar por qué el dueño de esta vasija deseó ocultar la evidencia de su valentía.

¡Lo sabía! ¡Estaba segura de que él lo sabía! Tenía la oportunidad para rectificar el asunto, sin embargo, insistió:

—Tal vez era un hombre modesto —sugirió Dennis.

—El hombre primitivo nunca fue modesto —contradijo Lyle—. Era importante demostrar a los demás su fuerza y valentía si quería ser reconocido como un adulto en su comunidad.

—En ese caso, profesor —Dennis encogió los hombros—, el hombre debió de ser un sentimental, como usted sugirió.

—Debió serlo —accedió Lyle con una sonrisa, al tiempo que recogía los objetos y se levantaba, imponente—. Volvamos al campamento.

No hablaron durante el camino. Christie entró en su tienda para lavarse la cara y las manos antes de almorzar, y después metió los dedos en el bolsillo de sus pantalones cortos para asegurarse de que el disco seguía allí.

¿Qué la hizo meterlo en su bolsillo? ¿Y por qué negó su existencia?

Permaneció inmóvil con el disco entre los dedos, y supo entonces la increíble verdad. En lo profundo de su alma, abrigaba una lejana esperanza de que el destino fuese gentil y le diera la oportunidad de entregarle el disco a Lyle como una muestra de su amor por él. Su piernas comenzaron a debilitarse, y sus nervios se crisparon de nuevo cuando se reunió con los demás para almorzar. Era ridículo esperar que tuviese tal oportunidad, y una locura pensar que podría repetir el rito de Indlovukazi después de miles de años. Lyle no la amaba y, a menos que estuviese segura de sus sentimientos, jamás le diría lo que sentía por él. Los dos discos debían estar juntos, y pertenecer a dos personas que se amaran. ¿Esperaba acaso que los poderes de aquella reina cruzaran la barrera del tiempo hasta el siglo veinte, y que el hecho de poseer ella los dos discos hiciera a Lyle volver a su vida?

¡Era ridículo! Su sentido de la lógica contestó la pregunta, pero su corazón sabía que eso precisamente era lo que esperaba. Era una locura, pero, amándolo como lo amaba, estaba dispuesta a aferrarse a ese tenue rayo de ilusión.

Metió los dedos en el bolsillo mientras comía, y palpó el disco de nuevo. Tendría que encontrar un lugar seguro dónde guardarlo, pero por el momento no existía un sitio más adecuado que su persona.

Los últimos dos días fueron caóticos y, al reunirse todos por última vez alrededor de la fogata, la tristeza de la despedida fue evidente en las canciones elegidas para esa noche. Alan jugueteó de nuevo con las cuerdas de la guitarra como siempre lo hacía, y Christie notó una irritada expresión en el anguloso rostro de Lyle, quien se encontraba reclinado contra un árbol con un cigarrillo entre los dedos. Sus miradas se encontraron encima del fuego, y algo en la manera como la observaba hizo sonar una señal de alarma en su mente, pero nunca imaginó lo que ocurriría después.

—Me gustaría sugerir algo —dijo Lyle a Alan—. Préstale la guitarra a Christie, y deja que ella cante, para variar.

Christie se mostró sorprendida por la inesperada proposición.

Una terrible parálisis la poseyó en el silencio que siguió, y su corazón dio un vuelco cuando quince miradas cayeron en ella. Maldijo a Lyle por hacerle eso. Supuso que él había encontrado un sádico placer al revelar su secreto, y el dolor se mezcló con la ira al mirarlo nuevamente. Comenzó a levantarse para escapar de la atención del grupo, pero la guitarra llegó a sus manos y, derrotada se sentó con el instrumento anidado en el regazo.

—¡Lo sabía! —exclamó Erica emocionada y rompió el silencio—. Tenía el presentimiento de que tú eras la cantante por quien enloquecía mi hermano, pero las fotografías de los discos nunca te hicieron justicia, y tu pelo corto me confundió.

—Deja de hablar, Erica, y permite que Christie cante —comentó alguien del grupo con tono divertido.

Todos guardaron silencio de nuevo y Christie contempló el instrumento en sus manos con nerviosismo.

—Creo que no podré…

—Vamos, Christie, es nuestra última noche juntos —la interrumpió Erica—. Canta una de tus canciones predilectas.

La oscura mirada de Lyle le lanzó un reto que ella no fue capaz de ignorar, respondiendo a su vez con un desafío. Eligió una canción que compuso poco después de conocer a Lyle. Tenía un significado muy especial para los dos, y, en aquella época describía sus sentimientos de manera muy adecuada.

El silencio era expectante cuando Christie, con hábiles dedos, tocó las primeras notas de la canción en la guitarra; la forma como Lyle apretó los labios le hizo ver que había reconocido la melodía de inmediato. La música era hechizante e imprimiendo una ronca sensualidad en su voz siempre vibrante y cálida, Christie cantó:

La primera vez que te acaricié supe
que nunca habría nadie más que tú.
Nuestros ojos se encontraron
y tuve que creer
que este no era sólo un momento en el tiempo.
Antes nunca conocí el amor,
pero tú prometiste todo eso, y más.
Sentí tu contacto,
tu beso fue como el vino,

y supe que ese momento era mío.
Cerca o lejos
siempre tendrás mi corazón. Paso las horas
esperando que te des cuenta
de que no fue sólo un momento en el tiempo.

Christie se percató de que poseía la absoluta atención de su pequeño público cuando la canción llegó a su emotivo final. Un silencio conmovedor descendió sobre el grupo cuando su voz vibró con la última nota, y luego fue roto con gritos de: "¡Otra, otra!"

Se sorprendió al notar que tenía los ojos humedecidos por la emoción, y cuando lo buscó, vio que Lyle ya no estaba allí. Christie no se dio cuenta en qué momento se había marchado, pero su ausencia le aclaró que ella ya no le importaba.

—¡Una más, Christie! ¡Sólo otra canción! —suplicaron sus oyentes, pero Christie estaba demasiado emocionada para hablar, y más aún para cantar.

—¡No! —Dennis se levantó en su defensa cuando notó su turbación y, tomando la guitarra, se la devolvió a Alan—. Me parece que esta noche terminaremos con esta hermosa canción —añadió—. Nos espera un largo viaje mañana, y tendremos que levantarnos temprano.

El grupo se dispersó con renuencia, y Dennis acompañó a Christie hasta su tienda. Ella buscó a Lyle con la mirada, pero no lo vio en el campamento, y el nudo en su garganta casi lo ahogó.

—Esa canción —empezó a decir Dennis cuando se detuvieron en la entrada de la tienda—. La escribiste para alguien especial, ¿o no?

—Sí —Christie se forzó a pronunciar la palabra, mientras sus ojos recorrían las sombras en busca de Lyle.

—¿Me equivoco al pensar que la escribiste para alguien como el profesor?

Christie se puso rígida y Dennis contó con toda su atención por primera vez.

—¿Qué tratas de decir? —preguntó, tensa.

Dennis la estudiaba atento, pero ella presintió su repentina incomodidad cuando él apartó la mirada y pateó una piedrecilla imaginaria.

—Pasé por la tienda del profesor la tarde siguiente, después de

encontrar las reliquias en la *donga* —explicó—, y lo oí mencionar que te había dado algo hace cinco años, por lo cual no mostraste mucho interés.

El disco de marfil. De inmediato, se llevó la mano al bolsillo de sus pantalones, mas el disco labrado ya no se encontraba allí. Lo había escondido entre sus objetos de aseo personal, y permanecería allí hasta que se reuniera con su réplica.

—Bien, ahora sabes que el profesor Venniker y yo no nos conocimos por primera vez en la universidad hace cuatro semanas —comento ella con forzada frialdad.

—Pero hay algo más que eso, ¿verdad? —Dennis adivinó la situación que existía entre ella y Lyle y cuando la vio enmudecer por la sorpresa y la indecisión, tocó su brazo con gentileza—. Lo siento, Christie, pero cuando descubrí que tú y el profesor se habían conocido antes, no pude ignorar el antagonismo que se mostraron desde el inicio del viaje. Desde entonces te he observado con atención, y he notado la forma como lo miras.

¡Cielos!, gimió en silencio, y se preguntó si su comportamiento habría sido igualmente obvio para los demás.

—Cuando cantaste esa canción —continuó Dennis—, y vi la reacción del profesor, supe que su relación fue algo más que una simple amistad.

—¿Cómo reaccionó? —no pudo contener la pregunta.

—Se puso furioso, como si alguien hubiese dejado caer una preciosa reliquia, y justo antes que terminaras de cantar, se alejó en dirección del río —las cigarras chicharreaban en el silencio nocturno cuando Dennis añadió, persuasivo—: ¿Querrías hablarme acerca de eso?

Un profundo cansancio la embargó y Christie lanzó un profundo suspiro.

—Es una larga historia, Dennis, y…tal vez en otra ocasión.

—¿Eso significa que podremos vernos cuando regresemos a Johannesburgo?

—Has sido un buen amigo durante estas últimas semanas —contestó Christie, reacia a comprometerse, y luego le tocó una mejilla con los dedos—. Buenas noches, Dennis.

Lo dejó allí, y apartó la cubierta de la entrada de la tienda para entrar, pero pasaron varias horas antes que dejara de dar vueltas sin

cesar en el catre y se rindiera al sueño.

Capítulo 6

Terminaron de recoger las tiendas, el equipo se encontraba ya en los autobuses, y el preciado cargamento arqueológico almacenado en el microbús para el viaje de regreso a la ciudad. No quedaba nada que indicase que allí había existido un campamento, excepto sus huellas en la tierra y las cenizas de fogata de la noche anterior. Christie miró a su alrededor con un nudo en la garganta; al día siguiente, todo eso no sería más que un recuerdo y, como algunos otros, éste sería uno que nunca olvidaría.

—Vendrás conmigo —ordenó Lyle cuando ella estuvo a punto de abordar el autobús junto a Dennis, y Christie no se encontraba de humor para discutir o cuestionar esa inesperada decisión.

Siguió a Lyle hasta el *Jeep* detenido en un punto sombreado que lo protegía del sol matutino. Dejó caer su mochila en el asiento trasero; Lyle se encontraba ya sentado frente al volante, con expresión de impaciencia, cuando ella ocupó su sitio. Encendió el motor cuando la vio cerrar la puerta, y el rugido de aquél fue la señal para que los otros vehículos lo imitaran. Christie lanzó una última mirada al claro entre los árboles, y luego se reclinó en el asiento, mientras trataba de controlar las lágrimas. Deseaba llorar, pero jamás lo haría frente a Lyle.

Sería otro largo y caluroso día, y el viaje de regreso a Johannesburgo les llevaría varias horas. La camisa azul de Lyle estaba abierta casi hasta la cintura, y los pantalones grises parecían muy tensos alrededor de los muslos. Las fuertes manos estaban posadas con suavidad en el volante y, cuando ella corrió el riesgo de mirarlo de reojo, vio que su perfil era severo y mantenía el ceño fruncido. Resultaba deprimente que una persona pudiese estar tan cerca y al mismo tiempo, tan lejos de otra, pensó, y deseó que las cosas fueran distintas.

—Lamento lo de anoche —se sintió impulsada a decir tan pronto como abandonaron el accidentado camino para continuar por otro menos abrupto—. Fue de muy mal gusto el haber elegido una canción que te haría recordar una época de tu vida que prefieres olvidar.

—¡No importa! —contestó él cortante, pero su alterada

expresión no cambió al aumentar la velocidad del *Jeep*—. El motivo por el que quise que viajaras conmigo esta mañana, es porque deseo hablarte sobre Dennis.

—¿Qué pasa con Dennis? —preguntó, defensiva.

—Aún le faltan muchos años de estudio —una irónica sonrisa curvó los labios de Lyle—. Además, es demasiado joven para ti, y muy poco experimentado.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, a punto de perder los estribos.

—Que lo dejes en paz, Christie —amenazó, ominoso—. Es un alumno brillante, y no quiero que se distraiga de ninguna manera, o que resulte lastimado por alguien como tú.

—¡Espera un momento! —los ojos azules lanzaron chispas cuando ella giró sobre el asiento para enfrentarlo—. Actúas como si yo fuese una mujerzuela que pretende seducir a Dennis para destruirlo.

Las manos de Lyle apretaron el volante.

—Lamento darte esa impresión, pero él tiene el potencial para convertirse en uno de los mejores arqueólogos del país, y no quiero que nada, ni nadie, arruine su futuro.

—A mí me parece que ya es bastante grande para cuidarse solo —replicó, sarcástica—. ¿Y por qué estás tan interesado en él?

—Es el hijo de un colega que, además de ser mi amigo, es un hombre a quien respeto y admiro.

—¿Y tu amistad quedaría arruinada si supiera que su hijo está involucrado con tu ex mujer? —terminó por él, irónica.

—¡Diablos, Christie! —estalló Lyle con una violencia que la hizo retroceder hasta el extremo del asiento—. ¡No es eso!

—Entonces, ¿por qué haces que parezca que he cometido un crimen siendo amistosa con Dennis?

—Dennis pretende algo más que tu amistad, y si no lo has descubierto ya, entonces eres menos astuta de lo que imaginé.

Christie sintió cómo la ira y la indignación la abandonaban. Era cierto; había notado el interés de Dennis en ella, y supo que tendría que hacer algo al respecto antes de que llegara demasiado lejos, pero de nada le servía que Lyle le recordase algo que no había hecho aún por negligencia.

—¡Muy bien! —estalló al fin, y movió las manos expresivamente —. Reconozco que está enamoriscado de mí, pero sé que se le

pasará, y no quiero lastimarlo rechazando incluso su amistad.

—Un rechazo directo sería preferible a permitir que la situación continúe hasta que esté enamorado como un tonto —opinó Lyle, hiriente.

—Gracias —respondió, fría—, pero manejaré la situación a mi manera, cuando y si resulta necesario.

—Muy bien —contestó él con los labios apretados—, pero si afectas sus estudios de alguna manera, tendrás que vértelas conmigo.

La amenaza fue pronunciada y un escalofrío la recorrió, pero Christie se resistió a ser intimidada.

—¡Sí, profesor Venniker! —reconoció su advertencia con sarcasmo, pero sus nervios se contrajeron ante la candente furia que vio brillar en los ojos oscuros que se volvieron hacia ella.

Nada se dijeron después de eso, sólo lo muy necesario, y Christie se reclinó por fin en el asiento y se ajustó los espejuelos oscuros sobre la pequeña y recta nariz. Hacía calor y estaba cansada, mas no podía dormir en el *Jeep*. La conversación con Lyle la perturbó más de lo que quería creer, y sólo podía esperar que, una vez que estuviesen de nuevo en la ciudad, los sentimientos de Dennis por ella cambiaran con rapidez. No pretendía afectar sus estudios, como parecía pensar Lyle, y tampoco deseaba lastimarlo, aunque tenía el presentimiento de que esto último sería inevitable.

Hubo otro pensamiento que no la dejó descansar. ¿Vería a Lyle de nuevo? Pensó en Sonia Deacon, rubia y hermosa, y un intenso dolor penetró en su corazón. Sonia estaría esperándolo, y Christie imaginaba lo ansioso que estaría Lyle también por volver con Sonia. ¿Por qué no?, se torturó Christie. Sonia no tenía una carrera que la mantuviese alejada de Lyle; siempre estaría a su lado cuando él la necesitara. Esa, fue una de las acusaciones que Lyle le lanzó durante la violenta discusión que precedió su viaje a Italia. “Nunca estás aquí cuando te necesito”, le gritó, rabioso, y ella arguyó a su vez: “Debiste pensar en eso antes de casarte con una mujer que tiene una carrera como la mía”.

Revivir el pasado era doloroso; había perdido a Lyle cinco años antes, pero en esta ocasión, el dolor sería mayor. Lo miró de reojo en repetidas ocasiones, pero el anguloso perfil mantuvo su expresión severa y fría. Era imposible hablar con él, o encontrar un

nivel al que pudiera comunicarse sin rencores, y los kilómetros volaron mientras ellos mantenían ese tenso silencio.

Se detuvieron para refrescarse en Nylstroom; la seriedad del grupo le hizo ver a la joven que todos compartían su tristeza ante la idea del fin de la expedición. Comieron hamburguesas y tomaron bebidas frías en silencio, y Christie se reunió con las tres estudiantes para charlar un poco y evitar encontrarse a solas con Dennis, quien ya se acercaba, decidido, hacia ella.

La última parte del viaje le había parecido mucho más rápida que en la primera, y Christie experimentó una enorme presión en el pecho cuando los rascacielos de Johannesburgo aparecieron frente a ella. Se aproximaba el momento de las despedidas, y no estaba ansiosa por llegar a él.

—¿Necesitas que te lleve a tu apartamento? —Lyle rompió el tenso silencio cuando se acercaban a los predios de la universidad, y ella movió la cabeza para hacer una pausa e intentar dominar su voz.

—Si me dejas en la estación de autobuses, te lo agradeceré.

—Bien, ahora nos acercamos a una —anunció segundos después, deteniéndose a un lado del camino, y el resto de los vehículos se detuvieron detrás de ellos.

—Gracias —murmuró Christie; se apeó del *Jeep* y tomó su mochila del asiento trasero.

—¡Eh, Christie! —Dennis saltó del autobús y caminó a grandes pasos hasta ella—. No tengo tu dirección.

La mirada de Christie se encontró con la de Lyle cuando él rodeó el *Jeep*. La desaprobación era evidente en su gesto, pero decidió ignorarlo por el momento.

—Me encontrarás en la guía telefónica —le dijo a Dennis—. Llámame algún día.

Dejó la mochila en el pavimento y fue a despedirse del resto del grupo; pasaron varios minutos antes de encontrarse de nuevo con Lyle. El autobús se acercaba, podía verlo, y todo lo que planeó decir había desaparecido de su mente.

—Supongo que esto es… el adiós —dijo ronca, y tragó con dificultad cuando el autobús llegó y se detuvo con un chirrido frente al *Jeep*.

—Quiero decirte que aprecio los servicios que me prestaste.

Por un momento, pensó que Lyle se refería a la noche que hicieron el amor, y no a sus servicios como secretaria, así que recogió de prisa su mochila para abordar el autobús, antes de que él notase el embarazoso rubor que cubrió sus mejillas.

Christie se sentó junto a una ventanilla e indiferente a las miradas de los otros pasajeros, giró sobre su asiento agitó la mano. Los estudiantes respondieron el gesto con entusiasmo, pero Lyle permaneció parado, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Había una extraña severidad en los labios cuando el autobús comenzó a alejarse, y ella sintió sobresaltada, que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Christie se bañó y lavó su cabello esa noche, y permaneció un rato bajo el chorro de agua tibia antes de cerrar las llaves y secarse. La seda del camisón fue una caricia para su perfumada piel, después de los gruesos pijamas de algodón que usó durante las últimas semanas; se secó el pelo antes de meterse en la cama, con su alhajero de madera labrada junto a ella.

Había aplazado ese momento hasta que pudiera satisfacer su curiosidad sin interrupciones, y su corazón latía con desenfreno cuando dio vuelta a la diminuta llave del cerrojo. Levantó la tapa y deslizó la mano en el interior hasta que sus dedos tocaron un objeto plano y circular. Lo sacó y en la palma de la mano sostuvo el disco de marfil que Lyle le diera hacía cinco años. Deslizó la mano libre bajo la almohada y sacó una pañoleta verde, la cual desenredó con cuidado para exponer el disco que había encontrado. Lo colocó junto al que tenía en la palma de la mano, y volvió a experimentar aquella extraña emoción. Eran idénticos, excepto por la figura del centro, y Christie admiró la habilidad del artesano que había hecho los discos miles de años atrás.

Los dos discos se encontraban en excelentes condiciones; estaban amarillentos por los años, pero con excepción de eso, eran perfectos.

Debían estar unidos, y si no pertenecían a dos personas que se amaran como lo hicieron Indlovukazi y su amante, entonces debían encontrarse en un museo, donde nunca volvieran a separarse.

Christie sacó una bolsita de terciopelo azul, y guardó en ella las

dos piezas. Tiró de la cuerda de satén y la amarró con cuidado. Algún día, tal vez, encontraría la fuerza necesaria para separarse de los discos, pero por el momento le pertenecían sólo a ella.

Fue difícil acostumbrarse a la calma después de las semanas de trabajo físico arduo. Tendría que buscar otro empleo, mas por ahora jugueteaba con la idea de tomar unas tranquilas vacaciones para olvidarse de todo, y volver a encontrar el sentido de su vida. Sabía que Lyle estaba en Johannesburgo, y eso hacía más difícil que pudiese apartar sus pensamientos de él. De nada servía tener la esperanza de verlo de nuevo; la noche en que hicieron el amor, ella comprobó que aún lo atraía físicamente, pero después quedó muy claro para ella que no la amaba. Él era un hombre con necesidades normales, según dijo, y si ella había dudado de alguna manera, Lyle se encargó de borrar sus esperanzas con su reacción al escuchar la canción que ella interpretó la víspera de partir junto a la fogata. Ella no significaba nada para él.

Las viejas heridas del pasado estaban abiertas, y Christie volvió a experimentar el dolor y el abatimiento de haber perdido al único hombre que podía amar. No tenía sentido que esperase un milagro, pero su tonto corazón aún se aferraba a la débil ilusión de que Lyle volviera a ella.

Tres días después de su regreso a Johannesburgo, Christie recibió un cheque por correo y una breve carta de la universidad, en la cual le agradecían sus servicios. Para ella, la llegada de ese cheque simbolizaba la total ruptura con Lyle, y su tristeza y sufrimiento aumentaron de tal manera, que lloró muchas horas ese día.

Sammy Peterson le telefoneó para darle la bienvenida e invitarla a almorzar, pero ella se negó. Lo conocía bastante para saber lo que implicaba una cita con él. Él tendría un nuevo y tentador contrato oculto en la chaqueta y, en el momento apropiado, lo sacaría para mostrárselo con una enorme sonrisa. Su negativa a firmarlo no impediría que él hablase de las ventajas del contrato, y al final, se despediría de Sammy sintiéndose lastimada y enfadada por haber rechazado la "oportunidad de oro" que él le ofrecía.

Christie llevaba ya una semana en casa cuando el timbre sonó poco después de las seis de la tarde, un día, y, al abrir la puerta lo suficiente sin quitar la cadenita de seguridad, lanzó una

exclamación de sorpresa al ver a Dennis quien sonreía avergonzado.

—Decidí venir a buscarte en vez de usar el teléfono —explicó él —. Espero que no te moleste.

—No me molesta —aseguró, quitó la cadenita y abrió la puerta —. Entra.

Alto y esbelto, Dennis entró en el apartamento, sus ojos verdes recorrieron el hermoso lugar, mientras ella cerraba la puerta y lo invitaba a sentarse. Era maravilloso verlo de nuevo, meditó Christie al estudiar su juvenil apariencia. Los pantalones de color crema y la chaqueta informal de color azul marino lo hacía parecer muy distinto de aquel sucio estudiante de arqueología a quien tanto apreció, pero, supuso, ella también debió de parecerle diferente porque notó que el recién llegado, sin ocultar su interés, recorría con la mirada su figura envuelta en seda.

—¿Has planeado algo especial para esta noche? —preguntó él, sentado frente a ella.

—No, nada —confesó sin pensar.

—Me alegro, porque hay un lugar que conozco donde preparan unas pizzas fantásticas —informó entusiasmado, pero agregó, cauteloso—: Te gustan las pizzas, ¿verdad?

La graciosa sonrisa de Christie se amplió.

—Me encantan.

—¿Irás conmigo, entonces?

Ella dudó, sin saber qué hacer. Las advertencias de Lyle aún asaltaban su mente, pero en ese momento, no tuvo el valor para arriesgarse a lastimar a Dennis.

—Volveré en un momento —prometió y lo dejó en la sala mientras retocaba su maquillaje y tomaba un bolso de mano y un chal.

El elegante auto de Dennis era rápido y fácil de conducir en medio del tránsito y, cuando llegaron al restaurante lo estacionó sin problemas en un sitio que acababan de desocupar.

El restaurante parecía lleno, pero Dennis condujo a Christie a una mesa vacía en un rincón. El agradable aroma de pizza y el café fresco la hizo percatarse de que se había equivocado al pensar que no tenía apetito y, cuando Dennis entregó la orden, su boca comenzó a hacérsele agua.

El mantel a cuadros azules y blancos parecía limpio bajo la

tenue luz de la lámpara que pendía sobre la mesa, y Christie se sentía un poco nerviosa hasta que comenzó a interrogar a Dennis sobre sus estudios y acerca de las pruebas definitivas que deberían realizar para clasificar las reliquias que habían descubierto. El entusiasmo del chico por la arqueología era evidente, y le dijo emocionado que las reliquias habían sido estudiadas y catalogadas como ejemplares de la Edad de Hierro. La expedición había sido una experiencia fructífera, y las anotaciones diarias de Lyle discutidas hasta el cansancio.

—El profesor pidió que hicieran más copias de tus hojas, para que pudiéramos estudiarlas con calma —informó Dennis cuando les sirvieron las pizzas y el café.

Comieron en silencio y bebieron el café, pero Christie pudo notar que algo preocupaba a Dennis. El sonreía cada vez que sus mirada se encontraban, pero cuando creía que no era observado, fruncía el ceño.

El restaurante comenzó a vaciarse poco a poco cuando de pronto, Dennis se volvió a mirarla y preguntó:

—¿Apeteces otra taza de café?

—Aún tengo un poco, gracias —ella sonrió y aquel ceño fruncido apareció de nuevo.

Dennis la miró, con intensidad, y después de un momento de evidente indecisión, dijo en tono casi acusador:

—No has preguntado por el profesor.

—¿Qué hay de él? —preguntó, tensa.

—Ha estado de un humor horrible desde que regresamos del viaje —contestó Dennis, aún con el ceño fruncido y Christie se debatió entre reír divertida y ceder a la inquietud.

—¿Y qué pretendes que haga al respecto?

—Hubo una época en que él fue alguien muy especial en tu vida —le recordó Dennis con crueldad.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿No vas a decirme qué sucedió?

La miró expectante, pero ella negó con la cabeza, decidida.

—No.

No quería discutir su matrimonio con nadie, y menos con Dennis.

El tema era demasiado personal… y muy doloroso.

—¿Hay alguna posibilidad de que el profesor y tú vuelvan a unirse? —Dennis interrumpió sus pensamientos cuando ella bebía el resto de su café.

—Ninguna —contestó, puso la taza en el plato y bajó la vista para ocultar el dolor que brillaba en sus ojos.

—Entonces, ¿qué me dices de ti y de mí…?

—¡No! —estalló Christie, cortante, al comprender lo que decía. Eso era lo que temía que sucediera, y eso fue lo que Lyle le advirtió, pero la única manera de terminarlo era con firmeza.

—¿No? —los ojos verdes parecían heridos e intrigados cuando él se inclinó hacia ella sobre la mesa—. ¿Así, sin más… sin una explicación?

Christie se despreció en ese momento y, llena de remordimientos, puso su mano en la de él.

—Dennis, eres un chico muy especial, y aprecio mucho tu amistad, pero eso es todo lo que habrá entre nosotros.

—¿Aún estás enamorada del profesor Venniker?

—Eso no es asunto tuyo —retiró la mano, pero la expresión de Dennis la conmovió—. No me hagas lastimarte, Dennis, porque eso es lo único que no pretendo hacer —suplicó.

—Sólo contesta una pregunta, Christie, y no volveré a molestarte —la miraba con curiosidad—. ¿Qué salió mal entre el profesor y tú?

Todo, quiso responder ella, pero eso habría provocado nuevas preguntas, y no quería discutir los errores que había cometido.

—Fue un choque de profesiones —respondió con sinceridad, pero firme—. La suya lo llevaba por un camino, y la mía me conducía por otro.

Eso resumía la situación bastante bien, pensó Christie cuando salieron del restaurante. La carrera de Lyle lo condujo a Italia, mientras que la de ella la llevó a realizar un recorrido por el país, y la distancia física y mental que los separó, hizo que una reconciliación fuese imposible.

Cinco años era demasiado tiempo para esperar ilusionada, y al fin se había resignado a lo inevitable, pero el haber encontrado de nuevo a Lyle la obligó a darse cuenta de que no había más que un simple vacío de tiempo entre ellos. Él la deseó esa noche, después del incidente de la serpiente, pero aun durante esos momentos de intimidad física, ella se percató de la distancia mental que todavía

los separaba. Sabía muy bien lo sencillo que resultó cruzar el abismo físico, pero atravesar el mental era muy distinto, y cuando más trataba de acercarse a él, más comprendía que sólo lograba golpear, sin resultados, el corazón de una roca.

—¿Volveré a verte? —preguntó Dennis, esperanzado, cuando llegaron al apartamento, y la sonrisa que curvó los labios de Christie fue compasiva al mover la cabeza.

—Me parece que no es aconsejable, ¿qué opinas tú? —preguntó con gentileza.

—¿Eso significa que ya no quieres verme? —frunció el ceño y fijó la vista en sus zapatos.

—Quiero que te concentres en tus estudios —aconsejó y tocó su mejilla con los dedos en un gesto maternal—. Si de veras no tienes nada más importante que hacer, entonces serás bienvenido a tomar una taza de café y a charlar un rato.

Christie se preguntó después si su ofrecimiento no había sido un poco erróneo, pero no pudo soportar la expresión abatida y la sonrisa de Dennis que, aunque triste, fue una enorme recompensa.

"Déjalo en paz", le había advertido Lyle, "o tendrás que vértelas conmigo". Lyle estaba tan lejos de ella en ese momento, que su advertencia no surtió efecto, pero, después de todo, ella dejó muy claro para Dennis que nunca habría nada más que una amistad entre ellos, y él había aceptado la decisión. ¿O no?

Christie se sentía preocupada por Dennis, y también culpable.

Nada había hecho para que él sintiera atracción, se dijo, mas eso no la hacía sentirse mejor en aquella situación. Durante los siguientes días, casi esperó encontrar a Lyle, furioso, ante su puerta, pero nada parecido sucedió, así que comenzó a tranquilizarse poco a poco.

Su teléfono sonó una noche y pensó: "¡Ahora sí!" Levantó el auricular, esperando escuchar cómo la profunda voz estallaba en su oído, pero se equivocó.

—Soy Sonia Deacon —dijo una voz femenina—. Supongo que Lyle le ha hablado acerca de mí.

—De hecho, no —Christie tenía que desinflar el ego de Sonia—. Aunque yo la vi la mañana que salimos de la universidad en una expedición al norte de Transvaal; uno de los estudiantes mencionó su nombre.

—Qué considerado.

—Sí, ¿verdad? —respondió, fría, y se preguntó a qué debía el honor de esa llamada.

—Tal vez deba explicarle mis motivos para ponerme en contacto con usted —continuó diciendo Sonia como si hubiese leído sus pensamientos.

—Tal vez deba hacerlo.

—Es algo sobre Lyle.

La mente de Christie repasó una enorme lista de incidentes, y cada uno era peor que el anterior. ¿Estaría enfermo? ¿Sería eso lo que Sonia Deacon quería decirle?

—¿Qué hay con él? —preguntó con una indiferencia que ocultaba el torbellino de ansiedad que se agitaba en su interior.

—Temo que es algo que no puedo discutir por teléfono —el ronroneo de la mujer llevó la inquietud de Christie al punto de la frustración—. ¿Tiene algún compromiso mañana temprano?

—Ninguno —estaría libre al día siguiente aunque tuviese que cancelar mil citas.

—¿Conoce el *Feodora Tea Room* en Bree Street?

“Y quién no”, pensó, sarcástica. Cuando el *Teodora Tea Room* abrió sus puertas un año atrás, se convirtió en tema de todas las conversaciones. Era un lugar donde las mujeres ricas podían desembarazarse de su aburrimiento y gastar una fortuna en té y pastelillos, mientras analizaban y se comunicaban los últimos escándalos.

—Está cerca de *Garlicks*, ¿verdad? —Christie solicitó la innecesaria información mientras su mente corría por doquier.

—Así es —fue la respuesta—. Reunámonos a tomar el té a las once.

La conversación terminó en ese instante, y Christie comenzó a preguntarse qué había en Lyle que fuese tan importante para que Sonia Deacon le telefoneara y le hiciera tal invitación. Si Lyle hubiese estado a las puertas de la muerte, sin duda Sonia le habría dicho algo al respecto.

Algo más perturbaba a Christie cuando se acostó esa noche. ¿Cómo se había enterado Sonia Deacon de su existencia? Sólo pudo ser al mencionar Lyle su nombre, mas Christie no podía imaginar por qué Lyle consideró necesario hablar de ella con su amiga del

momento.

Estaba más que intrigada, y su curiosidad y preocupación le provocaron una noche de insomnio, durante la cual movió y repasó sus pensamientos una y otra vez, sin éxito. Al fin, la fatiga la venció, en las primeras horas de la madrugada cuando despertó, a las siete y media, tenía uno de esos penetrantes dolores de cabeza que no desaparecían a pesar de todas las aspirinas que tomase.

Capítulo 7

El *Feodora Tea Room* era tan elegante como las damas que lo frecuentaban, y la mullida alfombra de color vino silenció los pasos de Christie cuando entró. Se detuvo un momento, su mirada buscó en el mar de rostros a la mujer a quien había visto sólo un instante varias semanas atrás, y comenzaba a sentirse un poco ridícula cuando un hombre de chaqueta azul se le acercó.

—¿Puedo conseguirle una mesa *madame*?

—He venido a reunirme con la señorita Sonia Deacon —explicó, y la expresión del hombre le hizo ver que esperaba su llegada con anticipación.

—Por aquí, *madame* —invitó con un galante movimiento de mano, y la condujo por un pasillo entre las mesas, las cuales se encontraban separadas por pequeños muros, para mayor intimidad. El hombre se detuvo junto a la última mesa, donde Sonia ya esperaba, luego hizo una reverencia y volvió al mostrador de la entrada.

—Es usted muy puntual —sonrió Sonia, pero con unos ojos fríos y grises—. Por favor, siéntese.

—Gracias.

Se sentaron cara a cara, y Christie adivinó que Sonia Deacon trataba de analizarla, como lo hacía ella con esa rubia mujer, hermosa y elegante, que le había invitado a tomar el té para discutir algo sobre Lyle.

—Me tomé la libertad de ordenar y… ah, aquí llega ahora —Sonia rompió el silencio que las envolvía, y una elegante camarera les sirvió el té y pastelillos en delicadas tazas y platos de porcelana —. Comerá un pastelillo, ¿verdad? —invitó Sonia cuando la camarera se marchó—. ¿O debe guardar la línea?

Christie detectó el sarcasmo de su voz, pero prefirió ignorarlo por el momento.

—Mi peso nunca cambia, sin importar lo que coma.

Sonia sonrió al servir el té, pero una vez más, la sonrisa no llegó hasta sus ojos.

—¿Lo toma con crema?

—Sí, gracias.

Christie recibió la taza y se sirvió el azúcar, antes de probar el pastelillo. La pasta era ligera y crujiente, y la crema fresca, pero en ese momento no pudo apreciarlo suficientemente. Después de una noche de insomnio, no estaba de humor para eso, y su paciencia comenzaba a agotarse.

—Me encanta venir aquí —ronroneó Sonia como una satisfecha gatita mientras comían los pastelillos y bebían el té—. Tiene un ambiente muy acogedor, ¿no le parece?

—Temo que no soy una conocedora de salones de té —contestó Christie, seca, y apartó su taza vacía—. Escuche, señorita Deacon, ¿podríamos terminar con las delicadezas y hablar del motivo por el cual me citó aquí?

—Muy bien —sonrió Sonia con enorme cinismo, y su fría mirada se encontró con la de Christie—. Sé que estuvo casada con Lyle hace algunos años.

Christie se puso rígida.

—Así es.

—También sospechaba que fue usted quien lo acompañó como secretaria en su última expedición con los estudiantes, y usted me los confirmó cuando hablamos por teléfono anoche.

—Cierto —contestó Christie y recordó haber confesado eso al mencionarla que la había visto en la universidad esa mañana—. Usted, a su vez, dijo que quería hablar sobre Lyle, y aún espero enterarme del motivo de este encuentro.

—He venido en representación de Lyle; él quiere que, en adelante, se mantenga muy lejos de su vida.

Christie se lo había buscado, pero la repentina orden la dejó asombrada.

—¿Cómo dijo?

—Me oyó muy bien, pero lo repetiré si quiere —la ronca voz de Sonia hablaba de una gran seguridad en sí misma, y tenía un cierto veneno en el tono—. Aléjese de Lyle. Tal vez estuvo casada con él, pero eso no significa que tenga el derecho de forzarlo a aceptar su indeseable presencia ahora.

Christie no podía negar que había algo de verdad en la afirmación de Sonia. Lyle le hizo ver, con claridad, lo desagradable de su compañía durante la expedición, pero jamás imaginó que mencionaría su disgusto a esa mujer, y tampoco creyó que aceptaría

que otra persona hablase por él.

—Usted dice eso como si yo me estuviera arrojando a sus pies —protestó Christie.

—¿No fue por eso por lo que solicitó el empleo como su secretaría? —inquirió Sonia.

—Anunciaron el empleo, y lo solicité sin saber que Lyle era el profesor encargado —contestó, sincera—. No tenía idea de que él hubiera regresado al país.

—¿En realidad espera que le crea? —Sonia rió, ronca, y su cinismo aumentó—. ¿De veras piensa que Lyle cree que fue un encuentro casual?

Una ola de ira envolvió a Christie.

—Los dos pueden creer lo que quieran.

—¿Aún está enamorada de él?

La pregunta fue formulada con tanta rapidez, que una mujer un poco más joven no habría podido ocultar sus sentimientos, pero Christie enfrentó la gélida mirada de Sonia con una forzada y engañosa calma.

—Lo respeto y admiro como arqueólogo, pero lo que sienta por él es sólo asunto mío.

Sonia se reclinó en su silla, con los helados ojos fijos en Christie, y una horrible y maliciosa sonrisa deformó sus hermosos labios.

—En otras palabras, aún lo ama.

Quería derrotar a Christie con ese deliberado ataque, pero en ese momento Christie estaba suficientemente enfadada para sentir más que un inmenso desprecio por aquella mujer, cuya capa de belleza exterior caía poco a poco a pedazos para revelar un espantoso corazón.

—Me parece que ya ha conseguido su cometido —respondió Christie, fría, y apretó con tanta fuerza el bolso de mano bajo la mesa, que le dolieron los dedos—. Lyle es suyo, si tanto lo desea, y le doy mi palabra de que no le estorbaré ni haré el menor intento de llamar su atención.

—A Lyle le gustará saber eso —expresó Sonia con una reluciente sonrisa y una mirada triunfal.

—Estoy segura de que así será —contestó Christie, cortante, y se levantó—. Gracias por el té y adiós, señorita Deacon.

Christie se percató de que varias miradas curiosas la seguían al

salir del salón de té, pero llevaba la cabeza muy en alto y los hombros erguidos, y por nada en el mundo dejaría que alguien supiera que estaba tan lastimada que sentía deseos de romper a llorar.

Subió a su auto y condujo hasta su apartamento, pero después no pudo recordar cómo había llegado allí sin cometer una falta de tránsito. Se sentía insensible y helada en su interior, como si aquel dolor se hubiese convertido en un enorme trozo de hielo. El agua hirvió en la tetera, y se preparó un té que bebió de golpe. La bebida le quemó la lengua, pero también pareció revivirla. Había derramado tantas lágrimas en el pasado que se imaginó no le quedarían más, pero el llanto corrió de nuevo por sus mejillas como si hubiese abierto un grifo, y por algún motivo, no pudo ya contenerse.

Christie se dirigió a ciegas a su dormitorio y ya no intentó dominar su llanto. Se tendió en la cama y se despidió en silencio de sus locas ilusiones mientras el llanto la dejaba vacía de toda emoción.

Dos días después, Christie seguía curando las heridas que le había dejado su encuentro con Sonia Deacon, y no se hallaba de humor para recibir visitas, cuando sonó el timbre esa misma tarde. Abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad, y el desvanecimiento y la ira se fundieron en una sola sensación al ver la alta y esbelta figura de Lyle, reclinada en el marco de la puerta.

¿Qué hacía allí? ¿Acaso iba a ordenarle de nuevo que dejara en paz a Dennis, o se trataba de una visita social? Christie no creyó que esto último fuese posible, después de que Sonia le aseguró que él se sentiría muy contento si ella desaparecía de su vida para siempre, pero tampoco podía pensar que iba a verla por Dennis. Notó a Lyle apesadumbrado, pero no notó muestras de ira en su expresión.

—¿Qué quieres? —demandó con voz fría y cortante, y el profundo timbre de la voz masculina, y su ronca risa, la pusieron furiosa.

—Antes que nada, entrar, si puedo.

—¿Para qué?

—Para hablar contigo.

Christie temblaba y su corazón latía con tal fuerza, que estaba segura de que él podría oírlo.

—No tenemos de qué hablar.

—Pues yo tengo algunas cosas que me gustaría decirte —contestó él, y ella bajó la vista al notar un destello sarcástico en sus ojos.

—Pues no me interesa —retrocedió con la intención de dar un portazo, pero no logró mover siquiera la puerta y, al bajar la mirada, se dio cuenta del motivo—. Quita el pie de la puerta —ordenó, rabiosa.

—No, hasta que me des tu palabra de que quitarás la cadena y me dejarás entrar —su profunda mirada atrajo la de ella como un imán, y sin duda vio en sus ojos la negativa antes que ella pudiese emitirla—. Christie —agregó amenazador—, si no me dejas entrar, haré tal escándalo que tus vecinos lo recordarán para siempre.

—¡Maldito seas, Lyle! —estalló, furiosa y resentida, pero algo le advirtió que él cumpliría su amenaza, así que suspiró, derrotada—. De acuerdo, tú ganas.

—Eso está mucho mejor —Lyle sonrió con ironía cuando ella quitó la cadena y lo dejó entrar—. Me gusta tu apartamento, y veo que aún conservas muchos de los muebles que compramos juntos —comentó al tiempo que su oscura mirada recorría el lugar.

Christie sintió que su ira aumentaba.

—Estoy segura de que no has venido a levantar un inventario, así que di lo que viniste a decir, y lárgate.

—¿Siempre eres tan descortés con tus visitantes? —preguntó él y arqueó las cejas, divertido.

—No estoy de humor para recibir visitas, y menos la tuya —contestó, mordaz, y su mirada se posó en los amplios hombros cubiertos por la costosa chaqueta color beige, y en las firmes caderas enfundadas en los pantalones de color marrón. El aire de masculinidad que lo rodeaba era tan potente como siempre, y se dijo que tendría que levantar la guardia para no caer en la trampa —. ¿Qué quieres, Lyle?

—Hablar, eso es todo —contestó y, sin esperar la invitación, se sentó en una cómoda silla y estiró las piernas.

—Si has venido para acentuar el hecho de que no me quieres en

tu vida, entonces no debiste molestarte —dijo, fría, con los ojos ensombrecidos por el dolor y la furia contenida—. Recibí el mensaje con gran claridad.

Lyle frunció el ceño.

—Temo que no sé de qué hablas.

—¡Sabes muy bien de qué hablo! —Christie casi gritó; se puso rígida al clavarle la mirada y cerró los puños a sus costados—. Estabas tan preocupado de que yo tratase de ganarme tu atención, que enviaste a Sonia para disuadirme. ¿Qué le dijiste, Lyle? ¿Que te alegrabas de que hubiera terminado la expedición, y que esperabas que no tuviese el suficiente sentido común para mantenerme alejada de ti en el futuro? ¿Es por eso que arreglaste nuestra cita en el *Feodora*, para que ella pudiese decirme por ti, que no tolerarías mi presencia en tu vida? ¿Eres demasiado cobarde para enfrentarme y decírmelo en persona?

La palidez se apoderó del rostro masculino.

—Si tuve que enfrentarme con alguien por eso, fue con Sonia. Le hice saber, con gran claridad hace unas noches, que consideraba que ya era tiempo de que enfocara su atención en alguien más.

Pareció de pronto que el suelo se abría a los pies de Christie, y tuvo que apoyarse en una silla para no caer.

—¿Terminaste tu relación con ella?

—Así es.

La joven lo contempló, y trató de adivinar lo que yacía oculto bajo ese duro exterior.

—No te creo.

—También le dije que comenzaba a volverse un estorbo, y que yo tenía cosas más importantes en la cabeza… como tú —añadió con suavidad; entrelazó las manos en la nuca y se volvió a mirarla con un brillo irónico en los ojos—. A quién decidas creerle, es asunto tuyo.

Christie se había quedado sin aliento; estaba confundida y era incapaz de razonar con claridad.

—Creo que iré a preparar un poco de café —exhaló débilmente y huyó hacia la cocina.

Encendió la tetera y sacó las tazas, pero su mente no estaba en lo que hacía. Nada tenía sentido en ese momento; Sonia deseaba tanto a Lyle, que había llegado al extremo de exigirle a Christie que

se alejara de él, pero Lyle contradecía eso al contarle que había terminado su relación con la rubia. Si Lyle decía la verdad, entonces los actos de Sonia debieron ser provocados por los celos. Pero, ¿y si Sonia había dicho la verdad?

Un pensamiento conducía a otro con terrible rapidez, y el último fue el más desagradable. Christie se estremeció y trató de concentrarse en su tarea.

Lyle seguía sentado en la silla cuando ella volvió con la bandeja, pero se había despojado de la chaqueta y fumaba un cigarrillo, el cual puso en un cenicero junto a él cuando la chica le entregó su taza de café. Christie se sentó en una silla frente a Lyle, pero no trató de romper el silencio que los envolvía. Aún se encontraba confundida, y muchas dudas se agolpaban en su mente.

—El trabajo que hiciste para mí fue excelente —la sorprendió él con un halago—. No puedo expresarte lo agradecido que estoy, y quiero hacerlo también en nombre de los estudiantes.

—Ya me habías dado las gracias, y no hay necesidad de que lo hagas otra vez —ignoró sus palabras con cierto enfado—. Me pagaron ya por el trabajo que desempeñé, y sólo hice lo que me solicitaron.

—Hiciste mucho más de lo que te pidieron —la corrigió, con ese odioso destello de malicia en su mirada, y por un terrible instante, Christie pensó de nuevo que él se estaba refiriendo a su noche de pasión; entonces, Lyle añadió—: No era parte de tu trabajo que participaras en las excavaciones.

Casi lanzó un suspiro de alivio, pero aún estaba muy nerviosa y agitada, para hacerlo.

—¿Por qué no me lo impediste?

—Al principio me divirtió observarte, y me pregunté cuánta tierra y calor podrías soportar, antes de que la novedad perdiera su encanto —el sarcasmo de sus ojos y su expresión desapareció dando paso a una indescifrable máscara—. No me importa reconocer que estoy avergonzado de mis pocos halagadores pensamientos cuando tratabas de convencerme de que de veras disfrutabas lo que hacías.

—Me gustó mucho —confesó, más relajada y, sin darse cuenta, tiró de la falda de su vestido—. Me sentí como una niña en la búsqueda de un tesoro, pero también me fascinó la idea de estar descubriendo la historia, y casi no podía esperar a tomar tus

dictados por las tardes.

—¿Te resultaron interesantes mis notas? —inquirió y entrecerró los ojos al observar su rostro.

—Fueron muy interesantes e instructivas —respondió, sincera, y el velado sarcasmo en los ojos de Lyle apareció una vez más.

—¿Dirías que has desarrollado un nuevo gusto por la arqueología?

Una reacia sonrisa curvó la comisura de los labios femeninos.

—Sólo digamos que lo que siempre consideré un tema muerto, ha cobrado vida para mí.

"La búsqueda de un tesoro". Las palabras se repitieron en su mente mientras bebían el café. Había encontrado un tesoro, ¿o no? El disco de marfil estaba unido ya a su pareja… y ambos seguían en su poder. Recordó su sentimiento de culpa al ocultárselo a Lyle, y también evocó cómo, por un instante, había pensado que Lyle sabía que ella lo tenía. ¿Fue su imaginación, o él de veras sospechó que ella había encontrado el legado de amor de Indlovukazi? ¿Sería ése el verdadero motivo de su visita?

Lyle se reclinó en su silla y el movimiento la hizo abandonar sus inculpadoras meditaciones, pero él sólo encendió otro cigarrillo.

—¿Ya encontraste otro empleo? —preguntó, estudiándola a través de una nube de humo.

—He solicitado algunos, pero no recibo noticias aún —contestó, cautelosa; puso su taza en la bandeja y trató, con desesperación, de relajarse—. Aunque no tengo mucha prisa —añadió.

Ansiosa por ocuparse en algo para mantener la compostura, le ofreció otra taza de café y, cuando él asintió, fue a la cocina para servirla. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué quería? Su mente repitió las preguntas, pero no encontró las respuestas.

—Tengo planeada otra excursión para el próximo semestre —informó Lyle cuando ella puso la taza en la mesita junto a su silla, y observó la punta de su cigarrillo, pensativo, antes de mirarla interrogante—. ¿Te interesaría acompañarme como mi secretaria?

—¡No! —su voz fue cortante y fría al rechazarlo, mas al sentarse, suavizó su negativa al añadir con cortesía—: Gracias.

—Creí que tu nuevo interés por la arqueología te haría aceptar la oferta de inmediato —se burló, irónico, y bebió el café.

—Me encantaría ir —confesó también con cierto sarcasmo—,

pero creo que cuanto menos nos veamos en el futuro, mejor, ¿no te parece?

—Esperaba verte con más frecuencia a partir de ahora —la contradijo con aparente calma, y la ira de Christie se tornó incontrolable.

—¿Por qué este repentino interés, Lyle? —demandó, y sus ojos lanzaron chispas—. Cuando nos encontramos en la universidad, hace seis semanas, te pusiste furioso al descubrir que yo sería tu secretaria durante la expedición, y después dejaste muy claro que no soportabas mi presencia.

—¿Eso hice? —preguntó con enfurecedor cinismo.

—Sabes que sí —estalló, rabiosa—. Sólo me hablaste cuando fue necesario.

—Recuerdo que sostuvimos algunas interesantes conversaciones.

—Fueron charlas durante las cuales hiciste tu mejor esfuerzo por insultarme y humillarme —le recordó con amargura—. ¿Y qué hay acerca de la “total indiferencia” que mencionaste?

—Me precipité al hablar en un momento de ira, pero me retracté después, ¿o no?

Christie aspiró profundo; en esa ocasión era inconfundible la deliberada referencia a algo que ella hubiera preferido pasar por alto. Sus resistencias se vieron mermadas, y en ese estado tan vulnerable, él se aprovechó de ella. No, no podía culparlo por completo, le dijo su conciencia. No necesitó mucho estímulo para rendirse a él, y ella también debía compartir la culpa.

—Los dos nos encontrábamos afectados por la horrorosa escena con la *mamba* —dijo al fin; se estremeció al recordar, y eludió el tema con forzada naturalidad—. Nada significó.

—¿Cómo dices? —Lyle aplastó el cigarrillo en el cenicero y la atrapó en su silla con una penetrante mirada—. Me parece que significó mucho más de lo que estamos dispuestos a reconocer.

—Tal vez demostró que nos atraemos físicamente —aceptó con ironía—, pero eso es todo.

El sonrió con desdén.

—¿No te parece que es una buena base para fincar una nueva relación?

—¿Acaso sugieres que me convierta en tu… amante? —inquirió, ruborizada de indignación.

—Veo que la idea no te agrada —Lyle sonrió divertido.

—Ni siquiera un poco —afirmó con frialdad; se levantó de un salto y caminó hasta la ventana para recuperar la cordura; contempló la bulliciosa calle y fijó su vista en las luces de los letreros que anunciaban diversión para todos.

—¿Qué sugieres entonces? —la profunda voz de Lyle insistió en burlarse de ella, y Christie supo entonces que había extremado su compostura y su hospitalidad esa noche.

—Sugiero que termines el café y te vayas.

Descendió sobre la habitación un absoluto y tenso silencio, antes de que oyera cómo Lyle se levantaba alejándose de la silla. Esperaba oír el sonido de la puerta al abrir y cerrar, pero en vez de ello, lo escuchó acercarse más… y más. Cada nervio de su cuerpo se puso rígido por la tensión y vibró ante su cercanía; el corazón de Christie comenzó a latir en su pecho como una ave que trataba de escapar de su prisión. Estaba atrapada entre él y la ventana, y no quería volverse a mirarlo. Necesitaba tiempo para controlar su expresión, para que él no viera el dolor y la desilusión reflejados en su mirada.

—Christie… —su voz fue grave, vibrante, y sus manos le tocaron los hombros en algo parecido a una caricia, lo cual provocó que un exquisito calor le recorriera el cuerpo—. Hablemos con sensatez, y sin lastimarnos con nuestras palabras.

Estaba tan cerca de ella que sus sentidos se embriagaron con el aroma de la colonia masculina, y los restos de su resentimiento desaparecieron como si jamás hubiesen existido.

—Me parece que hemos olvidado cómo se habla con decencia.

—Si realizamos un esfuerzo, estoy seguro de que lo lograremos —murmuró, y la acercó a sí de tal manera que la espalda de ella quedó apoyada en el amplio pecho, y una conocida debilidad la invadió al sentir el cálido aliento que agitaba su cabello corto sobre la nuca.

—¿Lo lograremos? —repitió, casi sin fuerza, con una voz que le resultó extraña—. ¿Podremos lograrlo?

—Podríamos empezar tratando de ser sinceros —sugirió Lyle; sus manos se deslizaron por los hombros de Christie en una deliciosa caricia que le recorrió los brazos.

¿Qué tan honestos podrían ser el uno con el otro, se preguntó

ella, mientras existiese el temor de salir lastimados?

—Hay algo que debo saber —la voz de Christie era un poco entrecortada cuando se volvió en medió de esas enormes manos, y tuvo que inclinar hacia atrás la cabeza para poder mirarlo a los ojos —.¿Por qué actuaste como si odiaras mi simple presencia?

—Cuando te vi de nuevo después de tantos años, recordé, con mayor intensidad, todo el dolor y la amargura del pasado —él sonrió al levantar una mano para rozar con el dorso de los dedos una de sus mejillas, en una familiar caricia, mas sus ojos permanecieron insondables, entrecerrados, y ella tuvo el extraño presentimiento de que no le decía toda la verdad—. También me di cuenta de que aún te deseaba —añadió en un susurro, y su sonrisa poseía una sensualidad que casi la puso a temblar.

No mencionó el amor; jamás lo mencionó. Ella estuvo tan enamorada de él todos esos años, que creyó ciegamente que Lyle la amaba también, pero en ese momento supo que había vivido un paraíso ficticio. Él dijo que la deseaba, y a eso había seguido una proposición matrimonial, pues sabía que no habría otra manera de que ella compartiese su lecho, sin embargo, en esa ocasión resultaba evidente que él consideraba innecesarios los inconvenientes del matrimonio. Él aún la deseaba en el aspecto físico y, ya que fue lo bastante tonta para caer en sus brazos presa del deseo aquella noche en el campamento, él por supuesto consideraba que estaría dispuesta a complacerlo de nuevo.

Se le formó un nudo en la garganta y se alejó de él, sin hablar, para evitar que viese el destello de las lágrimas que trataba de contener. Pudo percibir que Lyle le hablaba, pero tardó varios segundos en comprender lo que decía.

—Quería hablar contigo desde que regresamos, hace dos semanas. Es importante que lleguemos a un acuerdo amistoso sobre el futuro, pero me encontraba muy ocupado estudiando los objetos que trajimos, y luego hubo conferencias e interminables discusiones —calló un momento, y luego la hizo volverse para verla de frente y demandó, exasperado—: Christie, ¿me estás escuchando?

Ella tragó con dificultad y se obligó a enfrentar su mirada.

—Te escucho.

Los ojos de Lyle lanzaron destellos de fuego mientras recorrían su rostro, y luego se posaron en los sensuales labios que

comenzaban a temblar por el esfuerzo que ella hacía para contener sus emociones. Las manos masculinas le enmarcaron la cara; los pulgares le acariciaron los pómulos y, luego, Lyle enredó los dedos en el cabello castaño-dorado que había crecido hasta los hombros en las últimas semanas.

—No vuelvas a cortarte el pelo —cambió el tema con un extraño y ronco tono en la voz, y Christie enmudeció cuando deliciosas sensaciones la recorrieron por el contacto de los dedos en su cabeza.

Él sabía mucho acerca de ella; sabía muy bien cómo excitarla con la sensualidad de su contacto, y si Christie no se separaba de él cuanto antes, estaría perdida. Posó las manos sobre el amplio pecho para apartarlo, pero de algún modo sus dedos se deslizaron entre los botones de la camisa y el calor de la velluda piel contra ellos despertó sensaciones que la dejaron sin fuerza de voluntad para hacer nada. El rostro de Lyle se tornó borroso cuando él inclinó la cabeza y, de pronto, ella comenzó a desear con ardor el contacto de esos labios con los suyos. El beso fue ligero, provocativo al principio, llenándola de una urgencia que la hizo mover la boca bajo la de él para invitarlo a intercambiar sensuales y eróticos besos. Fue vagamente consciente de las manos que se deslizaban por su espalda en una caricia lenta y estimulante, hasta que su cuerpo pareció derretirse contra los ángulos de las duras formas de Lyle; mas un destello de cordura iluminó su mente cuando percibió el calor del deseo masculino. Si aguardaba demasiado, sería incapaz de contener sus propias emociones, y sólo había una cosa de la que estaba segura en ese momento: no lo quería en las condiciones que él proponía; no lo quería sin un compromiso.

—¡No, Lyle! —dijo, ronca, y respiraba agitada cuando lo apartó de sí con una fuerza que le era desconocida—. Si… si vamos a iniciar una nueva relación, creo que… que debemos tomarlo con calma.

Él pareció sorprendido por un momento, luego arqueó una ceja, irónico.

—¿Con cuánta calma?

Christie se sentía dividida; su mente pensaba con sensatez, pero su cuerpo parecía tener una voluntad propia en ese momento. El cuerpo estaba confundido por la demora de lo que consideraba un proceso natural, pero la mente ganó la batalla.

—Quiero que los dos estemos seguros de que esto es lo que deseamos —dijo al fin, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Yo sí sé lo que quiero, Christie —el profundo timbre de su voz la estremeció—. ¿Cuánto tiempo tardarás en saber lo que tú deseas?

—Yo… no lo sé —su mente volvía a quedar confundida, y movió las manos en un gesto de abatimiento—. Por favor, Lyle, dame tiempo para aclarar mis pensamientos.

Él permaneció inmóvil, con los pulgares metidos en el cinturón de los pantalones, y ella se preguntó si se habría enfadado. ¿Y si él no podía esperar? ¿Y si el volvía a salir de su vida, y nunca más regresaba?

—Si necesitas tiempo, entonces no te presionaré de forma innecesaria —Lyle interrumpió sus desesperados pensamientos, y ella contuvo un suspiro de alivio cuando las tibias manos enmarcaron su rostro y lo hicieron elevarse hacia él—. Pero, no tardes demasiado.

—Lo intentaré.

Su voz fue un susurro sin aliento, y los ojos azules se inundaron de vergonzosas lágrimas. Esperaba que él se burlara, pero en vez de eso, Lyle secó sus lágrimas con besos, y luego besó sus labios con una ternura que la hizo temblar de emoción.

—Te veré mañana por la noche —prometió y, con su chaqueta colgada al hombro, salió del apartamento.

Capítulo 8

La vida de Christie tomó un nuevo curso durante las semanas que siguieron a la decisión de ambos de construir una nueva relación, y en ocasiones casi podía creer que los antiguos poderes de Indlovukazi habían sobrevivido al tiempo para reunirla con Lyle, como ella lo había hecho con los discos. Tal vez había magia en ellos después de todo. Era tonto creer eso, pero sentía como si le hubiesen dado una segunda oportunidad, y lo único que faltaba era que tomara la decisión correcta.

Christie veía a Lyle cada vez que él estaba libre. Iban a cenar con frecuencia o asistían al teatro, y durante los fines de semana, salían a dar largos paseos en auto por la campiña. Ella sabía que él se había comprado una casa en uno de los suburbios más elegantes de Johannesburgo, pero Lyle no la invitó a su hogar, y ella no quería que lo hiciera. Era como si hubiesen llegado a un acuerdo tácito para evitar encontrarse a solas en lugares donde serían incapaces de resistirse a la tentación de amarse. Lyle aceptó no presionarla a tomar una decisión que ella no estaba dispuesta a asumir aún, y cumplió su palabra, a pesar de su evidente impaciencia.

Para los dos fue un periodo de mutuo reconocimiento. Era extraño, pero Christie no necesitó mucho tiempo para descubrir que Lyle no era el mismo hombre con quien se había casado. Él siempre poseyó ciertos rasgos de cinismo, pero ahora se habían acentuado con los años y eso la perturbaba. También acordaron que serían sinceros, pero por algún motivo nunca hablaban del pasado o iban más allá de los motivos superficiales del fracaso de su matrimonio.

Christie también tenía la creciente sensación de que era acusada por algo que desconocía. En algunos extraños momentos, sorprendía a Lyle contemplándola con una mirada acusadora; ella lo interrogaba al respecto, pero él sólo sonreía con cinismo y cambiaba el tema. ¿Sería algo que ella hizo, o algo que dejó de hacer? Revisó sus recuerdos, obligó a su mente a repasar cada momento de su pasada y presente relación, mas no halló nada. Sin embargo, la sensación persistía y, en ocasiones, la volvía loca de frustración y abatimiento.

Una cierta inseguridad fue otro factor perturbador que Christie tuvo que enfrentar. Crecía en intensidad con cada día que pasaba, como una advertencia de algo que estaba por suceder y, como una herida ulcerada, se abrió de pronto una noche cuando sonó el timbre de su puerta.

—¡Sammy! —exclamó al ver al hombre robusto y calvo—. Qué sorpresa.

—¿Te parece? —él sonrió al entrar, pero su sonrisa era fría—. Creo que dicen que si Mahoma no va a la montaña, entonces la montaña irá a Mahoma.

—Lo siento, Sammy —se disculpó, ruborizada—. He estado bastante ocupada.

—Has estado tan ocupada para visitar a un viejo amigo, pero no lo suficiente para cenar e ir al teatro con tu ex marido —le reprochó —. ¿No es así?

—¿Cómo te enteraste de lo de Lyle? —preguntó, presa de la sorpresa y la ira.

—Tengo contactos, cariño —sonrió él, triunfante, y se llevó uno de sus habanos favoritos a los labios para encenderlo—. Tengo muchos contactos en esta ciudad, y sabes cómo habla la gente.

Sí, lo sabía y, aunque no pretendía ocultar el hecho de que veía a Lyle, de cualquier manera la información que llegó hasta Sammy la irritaba.

—¡Desearía que la gente se ocupara de sus asuntos!

—Vamos, no te agites, cariño —advirtió Sammy con la misma sonrisa triunfal—. También ha corrido el rumor de que Lyle Venniker estuvo al mando de la expedición en que participaste.

Christie debía estar acostumbrada ya a esas cosas, pero Sammy siempre lograba tomarla por sorpresa.

—Es cierto —confirmó, tensa.

—¿Lo sabías cuando solicitaste el empleo? —inquirió el hombre calvo, al tiempo que enviaba una nube de humo hacia el techo, y la indignación de Christie aumentó. Esa era la segunda vez en pocas semanas que alguien se refería, de alguna manera, al hecho de que quizá había estado enterada de la participación de Lyle en la expedición, y la situación comenzaba a volverse intolerable.

—No, lo ignoraba —contestó, fría, y otra nube de humo salió de la sonriente boca de Sammy.

—¿Puedo creerte, cariño?

La incredulidad de Sonia era comprensible hasta cierto punto, pero la de Sammy resultaba indignante.

—¿Te he mentido alguna vez, Sammy?

—No que yo recuerde, cariño —contestó él; se quitó el habano de la boca y secó la saliva que humedecía la comisura de sus labios con un pañuelo—. Aunque siempre existe una primera vez.

—Hasta el momento que nos vimos en la universidad, estuve convencida de que Lyle se encontraba fuera del país —explicó con fría rabia, y sus ojos lanzaron chispas—. Esa es la verdad, y puedes creerla o no.

—Vuelves a enfadarte —la previno, con los ojos brillantes de diversión—, pero la verdad es que no me importa, cuando tus ojos centellean como lo hacían cuando aparecías en el escenario —ella ignoró el comentario con un movimiento de las manos, pero Sammy fue insistente—: Siempre cobrabas vida cuando salías a escena, Christie, y me rompe el corazón ver que ahora sólo vives por vivir.

Christie contuvo el deseo de reír de esa exageración, y contestó, rígida:

—Estoy muy contenta con mi vida actual.

—¿Y tal vez más ahora que Lyle Venniker ha vuelto al escenario?

Su cuerpo se puso rígido de disgusto ante esa intrusión en su vida íntima.

—No deseo discutir el tema.

—No seas una tonta otra vez, cariño —Sammy rió, cínico—. Él no es el hombre adecuado para ti, y no lo pensará dos veces antes de abandonarte de nuevo.

—Es asunto mío si quiero correr ese riesgo o no —discutió ella, y el habano de Sammy casi cayó al suelo al mirarla, boquiabierto.

—No estarás pensando en volver a él, ¿verdad?

Christie se sintió avergonzada, pero en ese instante, disfrutó mucho con la evidente agitación de Sammy, y se tomó bastante tiempo antes de contestar con calma:

—Lo he considerado.

—¡Dios mío! —exclamó él, y se dio un golpe en la frente, como solía hacerlo—. ¿Cómo puedes hacerme esto?

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Christie con el ceño

fruncido.

—Volverás a amarrarte a un hombre que no comprende el arte de la expresión, y él te convencerá de que olvides el talento que Dios te dio.

"¡Calma!", se dijo Christie, pero lo injusto del comentario de Sammy provocó que su ira surgiera de nuevo. Nunca oyó que Sammy dijese algo halagador sobre Lyle, pero él jamás había expresado en voz alta una opinión tan desagradable, hasta ese momento. La sensación de inquietud, como una premonición, comenzaba a volverse muy intensa y Christie se preguntó muchas cosas al recordar el silencioso pero tangible antagonismo que siempre existió entre Sammy y Lyle.

—Lyle no tuvo que ver con el final de mi carrera como cantante, si a eso te refieres —dijo en defensa del hombre que amaba—. Yo fui quien le puso fin hace tres años, y mi decisión no fue influenciada por nadie en particular.

—Fue un error —opinó Sammy, arrogante.

—No lo creo —murmuró ella, e interrumpió la charla por el momento, al ir a la cocina a preparar café.

Unos minutos de soledad eran muy necesarios; la personalidad de Sammy siempre había sido bastante poderosa, y ella casi nunca podía terminar una conversación con él sin sentirse fatigada mentalmente. Esa ocasión no sería distinta de las otras, y ella debía aprovechar esa oportunidad para reforzar sus defensas contra el conocido ritual que comenzaba a odiar. Conocía muy bien a Sammy, y no necesitaba ser clarividente para saber que, oculto en algún bolsillo de la chaqueta, llevaba un contrato.

Christie llevó la bandeja a la sala y, mientras servía, realizó su mejor esfuerzo para conducir la charla hacia temas distintos al que ella temía. Logró su propósito, pero sólo el tiempo justo que necesitó Sammy para beber el café.

—Christie, tengo algo para ti —anunció, sus regordetas facciones adoptaron una expresión decidida al poner la taza vacía en la bandeja—. Es una oportunidad que no puedes darte el lujo de ignorar como has hecho con las otras.

Ella levantó las manos en un inconsciente esfuerzo físico por evitar lo inevitable.

—Si es otro contrato, entonces no…

—Claro que es otro contrato, cariño —la interrumpió Sammy; dejó su habano encendido en un cenicero y sacó el documento del bolsillo interior de su chaqueta gris—. Pero esta vez, quiero que lo analices muy bien.

—Sammy, no estoy…

—Espera hasta que te lo haya explicado, antes de pensar en rechazarlo —volvió a interrumpirla, cortante—. Nada hay de malo en eso, ¿o sí?

Si accedía o no, carecía de importancia para ese arrollador hombre, y movió las manos, abatida.

—Adelante —invitó con un suspiro.

Triunfante, Sammy se acomodó en su asiento y desdobló el papel.

—Lo que tengo aquí, es un contrato para grabar cuatro discos anuales, durante los próximos tres años —sonrió confiado al tocar el papel, repetidamente, con un dedo—. Dime, ¿cuánto tiempo perderás en la grabación de cuatro discos al año?

Había una trampa, siempre la había. Grabar cuarto discos al año no le tomaría mucho tiempo, pero una cosa siempre conducía a otra y, antes que ella pudiese evitarlo, se encontraría atrapada en la misma telaraña de compromisos ineludibles en la que había caído en el pasado.

—¿Qué hay de las presentaciones personales?

—No habrá presentaciones personales, y ninguna gira a menos que estés de acuerdo, cariño —aseguró él—. Te lo garantizo.

Christie aceptó eso con el cinismo que merecía la ocasión.

—Lo mismo dijiste antes, y cuando te pedí que cancelaras la gira que tenías planeada, para que yo pudiese acompañar a mi marido a un viaje al norte, me pusiste el contrato bajo la nariz, y leíste un párrafo que yo no había entendido muy bien cuando lo firmé.

—Esta vez será distinto.

—¿De veras? —rió, sarcástica.

—Por supuesto, cariño —insistió Sammy, y se inclinó para poner el documento en sus reacias manos—. Ahí está el contrato, léelo, llévalo con tu abogado, y luego decide si lo aceptarás o no; pero debes recordar que ésta es una oportunidad de oro.

Christie tocó el contrato como si fuese un arma mortal, y tuvo que controlarse para no dejarlo caer, asqueada. La experiencia le

había enseñado que Sammy Peterson no dejaría de fastidiarla hasta que, al menos, aceptara leer el contrato antes de rechazarlo y, como en el pasado, se oyó así misma diciendo:

—Lo leeré, pero nada prometo.

—¡Bien! —exclamó él y se frotó las manos, complacido, como si ella ya hubiese estampado su firma en el documento—. Sabía que no me decepcionarías.

El timbre sonó por segunda vez esa tarde, y el corazón de Christie dio un vuelco. Se quedó sin respiración durante un momento.

—Discúlpame un momento —dijo, ronca, puso el documento en la mesa, junto a su silla y se levantó.

Temblaba como un animal que presentía el peligro al caminar hacia la puerta. Era Lyle, lo sabía. También sabía, por las experiencias pasadas, que colocar a esos dos hombres en la misma habitación era como tentar al destino. Su mano temblaba cuando abrió la puerta y, a pesar de su nerviosismo, no pudo contener un estremecimiento de placer cuando vio la alta y esbelta figura de Lyle.

—No te esperaba hoy —comento, sonriente y tensa.

La oscura mirada de Lyle pasó sobre su hombro y sus labios se apretaron con ira.

—¿Llego en un momento inoportuno?

—No, por supuesto que no —respondió Christie deprisa, tomó su brazo y lo hizo pasar—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Eso era cierto; esperaba que la presencia de Lyle la ayudara a convencer a Sammy de que ya no estaba interesada en ser cantante, y también que Sammy se sintiera impulsado a marcharse.

—¡Ah, profesor Venniker! —exclamó el hombre calvo al tiempo que se ponía de pie sin dejar el habano—. Supongo que era inevitable que nos encontráramos de nuevo, ahora que usted ha regresado al país.

El desagrado mutuo de los dos hombres era tan intenso, que resultaba casi palpable. Hubo una época en que, sólo por ella, trataron de ser corteses, mas esta vez, Christie presentía que no fingirían más.

—Había pensado que un encuentro entre nosotros sería ya poco probable, pero olvidé que la gente no cambia mucho con los años

—respondió Lyle, cortante y con evidente sarcasmo—. Debí recordar que la estrella de Christie aún conservaba cierto brillo, y que usted se aferraría a ella para recuperar sus privilegios.

Christie trató de aliviar la tensión, y puso una mano en el brazo de Lyle.

—Lyle, por favor, no crees…

—Tiene mucha razón, profesor Venniker —la interrumpió Sammy—, pero hay un factor que usted ha olvidado. Si no fuese por la gente como yo, los artistas como Christie terminarían desperdiciando su talento en ambientes donde su valor no es nunca apreciado, y usted es una de esas personas que jamás han sabido apreciar el talento.

—¡Sammy! —gimió Christie, horrorizada por el deliberado y ofensivo ataque.

—Yo sé apreciar el talento —replicó Lyle con voz fría y controlada—, pero no puedo apreciar a las sanguijuelas que niegan a la gente como Christie el derecho de elegir, y el privilegio de disfrutar de una vida íntima.

—¿Me llama sanguijuela? —gritó Sammy, al tiempo que se sacaba el habano de la boca y se ponía morado de ira—. ¿A mí? ¿A Sammy Peterson?

—¡Por favor, ya basta! —suplicó Christie y trató de intervenir en esa discusión que amenazaba con estallar como un volcán, pero Lyle puso las manos en sus hombros, con terrible fuerza, y la apartó.

—Sí, lo llamé sanguijuela —continuó con calma y en tono agresivo—. Usted tratará de sacar todo lo que pueda de Christie hasta que ella no tenga más que dar, y no le importará si arruina su vida al hacerlo.

—¿Arruinar su vida? —estalló Sammy, casi ahogándose con el humo del habano al inhalarlo, y Christie notó que las venas del cuello y las sienes se remarcaban de manera peligrosa.

—¡Por favor, Sammy! —suplicó, preocupada tan sólo por su salud en ese momento; sin embargo, él la ignoró con un salvaje movimiento de la mano.

—Yo saqué a Christie de ese asqueroso café donde cantaba cada noche por una miseria —le gritó a Lyle—, y la convertí en la cantante de música popular más completa que ha conocido este

país. Su vida era muy agradable hasta que apareció usted y lo arruinó todo con su egoísmo.

—¡Sammy… Lyle! —gimió, con voz entrecortada e hizo un último intento para detener la discusión—. ¡Por favor, basta ya!

—Todo hombre tiene derecho a ser egoísta, en ocasiones, en lo que respecta a su matrimonio y, si consideramos los hechos, me parece que fui más complaciente que muchos —Lyle ignoró su súplica al acercarse, amenazador, a Sammy—. Christie y yo estuvimos casados durante seis meses, y si sumara los días que pasamos juntos, sólo tuvimos tres meses de matrimonio.

Christie sentía que el cerebro le estallaría al oír las palabras de Lyle. Jamás había visto las cosas desde ese punto de vista con anterioridad, pero era cierto. Tal vez estuvieron casados seis meses, pero el tiempo que pasaron juntos no podía llenar más de tres. Fue un descubrimiento espantoso, y se culpaba por ello.

—¿Fue mi culpa que sus carreras tuviesen programas tan opuestos? —Sammy interrumpió sus pensamientos con la sarcástica pregunta.

—No, no fue su culpa —aceptó Lyle, frío—, pero pudo ayudar a mejorar la situación.

Los hombres se miraron con creciente odio, como dos fieras a punto de atacarse. Lyle era físicamente superior, pero Sammy era astuto como un chacal. Él sabía cómo y dónde golpear, y no vacilaría en hacerlo.

Sammy movió la mano que sostenía el habano.

—Hice lo mejor que pude, dadas las circunstancias.

—Lo mejor no fue suficiente —replicó Lyle.

Christie los contempló con desesperación. Nada resultaba como había esperado, y la sensación de peligro crecía con tan espeluznante fuerza que tuvo que aferrarse, con las manos heladas, al respaldo de una silla para no caer.

—Siempre he tratado de hacer lo mejor para Christie y su carrera —se defendió Sammy.

—¿De veras? —preguntó Lyle.

Sammy ignoró la pregunta y se volvió para quedar frente a Christie.

—Cariño, ¿no es verdad que siempre te he protegido, y acaso no acabo de ofrecerte el mejor contrato que has tenido desde que

terminó el último, hace tres años?

—¿Contrato? —estalló Lyle.

—Lyle… —empezó a decir ella, desesperada por explicar, pero fue incapaz de encontrar las palabras en ese momento de ansiedad.

—¡Léalo! —ordenó Sammy al tiempo que agitaba el documento en la cara de Lyle—. Ella sabe que es una oportunidad que no puede desperdiciar, y esta vez, su carrera será más exitosa que antes.

Christie sintió que un paralizante temor la recorría. Sammy había hablado como si ella ya hubiese aceptado firmar el contrato y, cuando levantó la vista hacia Lyle, los ojos oscuros parecieron acusarla y ella supo, con horrible certeza, que lo que él pensaba era justamente lo que Sammy pretendía que pensara.

—¡No deseo leerlo! —rugió Lyle a Sammy, y apartó de un golpe la mano que sostenía el contrato bajo su nariz.

—Lyle, yo… —las palabras quedaron atrapadas en la garganta de Christie cuando Lyle la silenció con un imperioso movimiento de la mano.

—Interrumpí una discusión de negocios que no me interesa —dijo y, volviéndose hacia la puerta, añadió, cortante—: Con permiso.

El esbelto y tembloroso cuerpo de Christie al fin cobró vida, y lo sujetó de un brazo para impedir que se marchara.

—Lyle, no comprendes, yo…

—¡Olvídalo, Christie! —rugió rabioso, y apartó su mano con un gesto cargado con la misma violencia que su voz; los ojos oscuros brillaron de ira al contemplar los de ella, y el odio que vio en sus profundidades la hizo retroceder—. Antes ocupé el segundo lugar al competir contra tu carrera, pero no pretendo hacerlo de nuevo.

Salió y dio un portazo, y Christie, muy pálida, permaneció en su sitio un momento, con la mirada fija en la puerta, antes de volverse con un suspiro de abatimiento. Parecía que hubiese presenciado la repetición de un acto que había ocurrido hacía más de cinco años, pero en esa ocasión, estuvo acompañado del sofocante temor de que él nunca regresaría.

—¿Tenías que mostrarle a Lyle el contrato, Sammy? —preguntó fatigada al hombre que permanecía de pie, observándola con expresión de triunfo—. ¿Tenías que hacer que pareciera algo definitivo?

—Fue la mejor manera de juzgar su carácter, cariño —ignoró sus preguntas—. Si él de veras te hubiese querido, habría estado muy contento por ti, pero en vez de ello, sólo pensaba en sus intereses.

"Si te hubiese querido", las palabras resonaron en su mente. Algunas reveladoras verdades habían aparecido durante la acalorada discusión de los hombres, y Christie estaba convencida ya de que Lyle la amaba lo suficiente para no desear que Sammy arruinase su vida. Sammy la había arrinconado, luego se había sacado una carta de la manga, agitando en el aire el contrato para crear una falsa impresión, y Lyle, por supuesto, había llegado a la conclusión equivocada.

—¡Oh, cielos! —gimió al tiempo que se dejaba caer en una silla y hundía el pálido rostro en las manos. Si tan sólo Lyle le hubiese dado una oportunidad para explicar—. Si…

—¿No te dije que era un egoísta? —Sammy interrumpió sus turbulentos pensamientos, pero ella ignoró su insinuante pregunta. Podía acusar a Lyle de muchas cosas, pero nunca de egoísmo.

—Ni siquiera me dejó explicar —susurró, desesperada; bajó las manos y se reclinó, fatigada, en la silla.

—¿Qué necesitas explicar, cariño?

Christie miró el sonriente rostro de Sammy, y vio en él una crueldad que nunca había notado. Siempre imaginó que Sammy se interesaba en ella como persona, pero comenzaba a sospechar que había una gran verdad en lo que Lyle había dicho. Él tal vez adivinó las intenciones de Sammy desde el principio mismo, pero ella fue lo suficiente ciega para ver más de lo que quería ver, y ya era muy tarde. ¡Muy tarde! Las palabras inyectaron nuevo fuego en sus venas, y su ira estalló con terrible energía.

—No firmaré el contrato, Sammy —recogió el documento que él dejara en la mesa junto a su asiento, y se levantó para enfrentarlo al tiempo que le ponía el contrato en las manos—. Ni siquiera quiero leerlo.

—Cariño, no seas precipitada —previno Sammy, y su absoluta confianza en sí mismo la enfureció—. Piénsalo y avísame tu decisión.

—Ya lo he decidido.

"¡Te detesto!", hubiera querido decir, pero en vez de ello permaneció en silencio, contemplando con frialdad a Sammy. Él

comenzaba a parecer incómodo y, por primera vez, pareció perder su acostumbrada apariencia de refinamiento y confianza, mas la gente como Sammy jamás se rendía con facilidad.

—Te dejaré el contrato —informó y lo dejó caer en la mesita de centro, antes de volverse para caminar hacia la puerta.

—¡No lo quiero! —gritó Christie, fuera de sí, y le lanzó el contrato de tal manera, que no lo golpeó en el rostro por pocos centímetros, estrellándose el documento contra la puerta.

Sammy se volvió para mirarla con ojos enormes e incrédulos. Christie sabía que él nunca había conocido ese aspecto de su temperamento. Siempre fue dócil, como arcilla suave que él podía moldear a su gusto, pero en esa ocasión, se había convertido en una mujer desesperada que no soportaba más presiones.

—¡No quiero tu contrato! —repitió, insistente, deseando que se marchara y la dejara a solas.

—Por favor, Christie —dijo Sammy, deprisa, y recogió el documento que yacía en sus pies—. Léelo y te llamaré en un par de días.

Puso el contrato en la mesita del teléfono, situada junto a la puerta, y salió, dejándola sola por fin.

Christie comenzó a temblar; temblaba tanto que tuvo problemas para cerrar con llave la puerta y colocar la cadena de seguridad en su sitio. Nunca se había sentido tan molesta y decepcionada. Sammy había insultado a Lyle y deliberadamente colocó una barrera entre ellos. Lyle, por su parte, debió darle la oportunidad de explicar lo que pensaba acerca de los contratos que Sammy le presentaba de manera periódica para que los firmara, pero en vez de eso, llegó a la conclusión más obvia y se marchó, y dejó que Sammy saliera victorioso al abandonarla de nuevo.

¡Maldito Sammy! ¡Y maldito Lyle por no confiar un poco más en ella! Si hubiese tenido que decidir quién era más responsable de haber arruinado su vida, los dos compartirían la culpa, y en ese momento de ira, juró olvidarlos.

Aún estaba furiosa cuando se encontró tendida en la cama esa noche, pero la ira se desvaneció al apagar la luz y quedar a solas en la oscuridad, luchando contra una depresión que parecía aplastarla. Se sentía sola y triste, pero no se entregaría a la autocompasión; debía pensar, tenía que decidir su futuro y no lo haría influenciada

por sus emociones. Sin embargo, su mente era un inquieto torbellino de indecisión que no le dio paz durante las largas y oscuras horas que precedieron al amanecer.

Capítulo 9

Dennis se presentó en el apartamento de Christie una semana después, y la encontró con un aspecto de fantasma. Pálida y ojerosa, Christie lo invitó a entrar y él la siguió en silencio hacia la cocina. Se alegraba de que hubiese ido a visitarla, decidió la joven al preparar el café. Así podría hablar, reír con alguien; el problema consistía en que su mayor deseo era llorar.

Se percató de que la mirada de Dennis la seguía constantemente mientras se movía dentro de la cocina, y adivinó el porqué. Sin importar la habilidad con que se aplicara el maquillaje, no podía ocultar en su rostro la evidencia de las noches de insomnio. Y Dennis era un joven muy observador y perspicaz.

—¿Has estado enferma? —preguntó él por fin al colocarse a su lado y reclinarse sobre el mostrador, para observarla.

—No —trató de esquivar su pregunta—. No he dormido bien últimamente, es todo.

—¿Te preocupa algo?

—¿Por qué debe preocuparme algo? —preguntó a su vez, evasiva.

—Puedes contestar esa pregunta mejor que yo —comentó Dennis y viéndola servir el café con crema—. Pensaba solamente que a veces ayuda hablar con un amigo imparcial —se inclinó hacia ella para que Christie tuviese que enfrentar su mirada—. Puedes confiar en mí, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —ella sonrió y tocó su mejilla con los dedos, pero las delicadas facciones se tornaron serias en un instante, y los ojos azules revelaron su tormento—. Cielos, supongo que necesito hablar con alguien si no quiero volverme loca —se oyó confesar.

—Llevemos el café a la sala, y allí podrás contarme lo sucedido —sugirió Dennis, y Christie no protestó cuando la sacó de la cocina.

No quería preocupar a nadie con sus problemas, y menos a Dennis, pero sus fuerzas estaban a punto de agotarse y, de alguna manera, él logró sacarle la verdad. Poco a poco, Christie comenzó a relatarle todo lo ocurrido desde que había conocido a Lyle. Una vez que hubo empezado, encontró que no podía detenerse y la historia escapó de sus labios en una cascada de palabras que llevaba consigo

algo del dolor que la embargaba. Si esperaba que Dennis se sorprendiese al saber que había estado casada con Lyle, resultó decepcionada. Él tomó la noticia con calma y, en absoluto silencio, la invitó a que continuase el relato hasta que llegó al punto cuando Lyle salió de su apartamento una semana atrás.

Dennis se sumió en un pensativo silencio, luego la miró y preguntó sin rodeos:

—¿Culpas al profesor por pensar que ibas a firmar el contrato?

—No —ella negó con la cabeza, abatida—, pero lo culpo por no darme la oportunidad de explicar.

—Tal vez él tiene tanto miedo como tú de salir lastimado por segunda vez.

—Tal vez —accedió ella y su mente consideró esa teoría, pero sin mucho éxito—. Estoy confundida, y quisiera saber qué debo hacer —gimió, desconsolada.

—¿Has pensado en ir a verlo para explicarle la situación?

—Lo llamé por teléfono tres veces intentando hablar con él, pero había salido o estaba en alguna conferencia con alguien —una irónica sonrisa curvó su hermosa boca—. Dejé un mensaje en que le pedía que se comunicara conmigo, pero imagino que es demasiado esperar que él responda, o que venga a verme, cuando sin duda sabe lo precipitado que fue al emitir su juicio.

—El profesor tiene su orgullo, y tú también, según parece —comentó Dennis con severidad—. Uno de los dos tendrá que superar ese obstáculo, y lo mas obvio es que tú lo hagas.

—¿No lo he intentado ya? —demandó indignada.

—Tal vez no lo has intentado bastante, Christie —él la hizo parecer culpable—. Me parece que tú y el profesor no han sido sinceros, y si lo amas, entonces no permitas que el orgullo se interponga.

—¿Opinas que debo enterrar el poco orgullo que me queda e ir a buscarlo de rodillas?

Dennis enfrentó su mirada con un desafío en los ojos.

—Si de veras lo quieres, irás a buscarlo para aclarar el malentendido.

Christie había llegado a la misma conclusión durante sus largas horas de insomnio, pero su terrible orgullo, y un espantoso temor, la hicieron siempre abandonar la idea.

—¿Y si me rechaza?

—¿Y si no? —contestó Dennis—. ¿Podrías vivir para siempre con esa incertidumbre? ¿Podrías soportar la certeza de que no lo intentaste lo suficiente?

Ella meditó sobre eso por un momento, y se sintió avergonzada.

—Lo que dices tiene sentido, pero no elimina el que tenga miedo.

—Si de veras quieres algo con todas tus fuerzas, debes ir a buscarlo —discutió él—. ¿Cuánto quieres al profesor?

Christie no pudo contestar de inmediato; Dennis le hacía una pregunta que no se había formulado ella misma durante las terribles horas de la última semana, mas en ese momento se veía forzada a analizar con gran detalle su alma, en busca de la respuesta.

—Lo quiero tanto que renuncié a mi carrera hace tres años, porque significaba nada para mí sin él, y porque siempre tuve la esperanza de que de alguna manera… algún día… el volvería a mi lado —dijo al fin, y los ojos azules brillaron con unas lágrimas que ya no podía contener.

—Si tuviste el valor para dejar tu carrera —concluyó Dennis con suavidad—, entonces no tendrás problemas para dominar tu orgullo y el temor de enfrentarlo.

Christie lo contempló a través de la bruma de su llanto. Era extraño cómo, de pronto, todo parecía caer en su lugar, y necesitó que alguien como Dennis la ayudase a contemplar la situación desde su perspectiva adecuada. En su egoísmo, sólo pensó en sí misma, y jamás tomó en cuenta que Lyle también tenía orgullo. No podía culparlo por pensar lo peor; ella lo decepcionó una vez porque las rígidas exigencias de su carrera la obligaron, y resultaba evidente que el siguiente movimiento debía realizarlo ella. Si él la rechazaba, entonces al menos tendría la satisfacción de saber que lo había intentado, pero, mientras existiese la menor posibilidad de que él aceptara su explicación, brillaría la esperanza.

—Gracias —susurró con voz entrecortada cuando Dennis se levantó para partir, y ella se puso de pie deprisa para besarlo en la mejilla.

El pareció sorprendido.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por todo —contestó, sincera—, pero ante todo, por ser tan

buen amigo.

Christie tenía mucho en qué pensar, y había mucho dolor mezclado en ese análisis de sí misma. Cuando Lyle la abandonó cinco años atrás, ella no pudo hacer más que verlo partir, pero en esa ocasión se encontraba en posición de hacer algo. Era justo que fuese a buscar a Lyle para explicarle lo equivocado que estaba al pensar que ella firmaría el contrato y, sin importar sus sentimientos por ella, Christie le diría cuánto lo amaba.

Estaba impaciente por terminar con eso, antes de que el valor la abandonase, y miró el reloj de la cocina. Eran las ocho y cuarto, lo bastante temprano para conducir hasta la casa de Lyle, pero vaciló. Su orgullo encontró una lista de motivos por los cuales no debía ir, y desperdició preciosos segundos en una silenciosa batalla consigo misma, mientras lavaba las tazas y las dejaba secando. Tenía que ver a Lyle; debía aclarar las cosas, y fue esa idea la que resultó victoriosa.

Entró en su cuarto casi corriendo para ponerse una chaqueta y revisar su maquillaje, mas el nerviosismo hizo presa de ella. Explicarle a Lyle lo del contrato sería fácil, pero decirle que lo amaba requería de mucho más valor del que disponía en ese momento.

Sus dedos juguetearon con la cadena de oro que llevaba al cuello, y sus ojos siguieron su movimiento en el espejo, pero en el instante siguiente una increíble idea tomó forma en su mente. ¡Los discos de marfil! Los llevaría consigo y, si le daba a Lyle el que le correspondía, él sabría de inmediato lo que trataba de decirle y, además, tendría la oportunidad de explicar cómo había encontrado el disco que completaba el juego.

La emoción le dio valor y, con la bolsa de terciopelo azul en el bolsillo de su chaqueta, salió del apartamento y descendió al sótano en el elevador, donde su auto se encontraba estacionado. Condujo por la bulliciosa y bien iluminada ciudad, en dirección al suburbio donde vivía Lyle. Conocía la dirección, pero encontrar la casa en la oscuridad requirió de toda su concentración y no tuvo tiempo para ensayar lo que pretendía decir.

Las luces estaban encendidas en la hermosa casa, de Lyle, pero por algún motivo inexplicable, Christie decidió estacionar el auto afuera, frente a la reja, y caminar por el ondulante sendero hasta la

puerta frontal. De pronto, vio un coche que no pertenecía a Lyle. Dudó: tal vez debió telefonearle en vez de aparecer de esa manera cuando, al parecer, tenía visitas.

La indecisión la hizo detenerse al pie de la escalera que llevaba a una puerta con cristales opacos en la parte superior. ¿Habría viajado hasta allí sólo para darse la vuelta y regresar a casa? ¿Podría volver? Ya habían perdido mucho tiempo, decidió, y no perdería ni un minuto más si podía evitarlo.

Christie subió los seis escalones y los tacones de sus zapatos resonaron en los mosaicos de cantera al recorrer la breve distancia hasta la puerta. Tenía el corazón en la garganta, y su mano temblaba de manera visible cuando oprimió el botón del timbre, junto a la puerta. Pudo oír el sonido en el interior de la casa y, momentos después, un hombre de chaqueta blanca abría la puerta.

—Quisiera ver al profesor Venniker —contestó Christie a su cortés pregunta, y la puerta se abrió más para permitirle la entrada al espacioso y alfombrado recibidor, el cual aparecía desnudo excepto por una pequeña mesa de palo de rosa que usaban para poner el teléfono.

Cruzó el recibidor, pasó junto a la enorme escalera y continuó por un pasillo que se curvaba hacia la derecha, por donde llegó a una puerta que estaba entreabierta. El hombre llamó a la puerta y entró en el cuarto.

—Una dama desea verlo, señor.

Christie no oyó la respuesta de Lyle, estaba sorda a cualquier sonido, excepto el clamor de su corazón, y luego el hombre le indicó que entrara en la habitación, antes de retirarse en silencio. Tragó con dificultad, reunió los restos de su arrojo y entró en el cuarto, pero al momento todo pareció helarse en su interior.

Sonia Deacon se encontraba reclinada contra la repisa de la chimenea en el estudio cubierto de libros, y Lyle estaba parado cerca de ella, con expresión de ira, como si le hubiese disgustado la interrupción.

Christie creyó convertirse en un trozo de hielo y el dolor que acompañó ese cambio fue tan intenso que tuvo que apretar los labios para no gritar.

—Me parece, querido, que te puedes olvidar de la tranquila velada que esperabas —dijo Sonia, mientras una mano con las uñas

pintadas de rojo sujetaba posesiva, el brazo de Lyle; el gesto dijo más que las palabras: “Es mío, ¡y no lo olvides!”, pareció gritar.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Lyle, tenía el rostro duro y su voz era fría e impersonal, como si hablase con una desconocida.

Christie permaneció inmóvil, muy pálida. Trató de hablar, pero ningún sonido salió de sus rígidos labios, y la repentina y cruel carcajada de Lyle pareció burlarse de ella.

—¿Te quedarás allí parada toda la noche, sin darme una explicación de tu presencia en mi hogar? —demandó, hiriente.

Christie se sintió atrapada en una pesadilla de la cual no podía escapar, y algo en su interior pareció cerrarse.

—Yo… esperaba que pudieras… hablar conmigo de algo importante, pero… ya no es necesario.

Las hermosas facciones de Sonia adoptaron una expresión casi angelical.

—Si estorbo, estoy más que dispuesta a dejarlos a solas un rato.

—¡Eso no será necesario! —replicó Christie, cortante.

—Bien, si está segura… —la voz de Sonia se interrumpió, insinuante, pero Christie sabía que su consideración era tan falsa como sus pestañas.

Lo único que deseaba en ese momento, era salir de aquella casa tan rápido como sus temblorosas piernas pudieran moverse, pero aún tenía un asunto pendiente que resolver. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y la sacó de nuevo estrechando la bolsita de terciopelo. Sus dedos la estrujaron, celosos, durante un momento, y luego una irónica sonrisa curvó sus labios.

—Tengo algo que te pertenece, Lyle —su voz vibraba por las lágrimas contenidas al dejar caer la bolsa en el escritorio y, con ella, cayeron los últimos fragmentos de sus ridículas esperanzas y sueños —. Adiós… y buena suerte —añadió en un débil susurro, dio la vuelta y corrió.

Los rápidos pasos de Christie no provocaron ruido alguno en el suelo alfombrado del pasillo, y casi cegada por el dolor, abrió la puerta y corrió hacia la oscuridad del jardín. Tenía los dedos tan fríos que pareció transcurrir una eternidad antes de conseguir meter la llave en el *switch* de encendido del auto, pero al instante se alejó de la acera con una velocidad que hizo chirriar los neumáticos.

¡Él había mentido acerca de Sonia! Esa era la única idea que cruzaba por su torturada mente al apretar con fuerza el volante y contemplar el camino con ojos secos e irritados. Le mintió sobre Sonia y le hizo creer que existía una posibilidad de que pudieran recuperar lo que antes tuvieron. ¡Oh, qué tonta había sido! ¡Qué estúpida!

Las luces de un semáforo la detuvieron en una intersección, y tamborileó con los dedos en el volante, impaciente, al tiempo que una helada y terrible ira desplazaba su dolor. Lyle nunca volvería a tener la oportunidad de humillarla así. ¡Jamás!

Las luces cambiaron y pisó decidida el pedal del acelerador. El *Mazda* cruzó la línea blanca y, segundos después apareció un auto en el camino, a su izquierda. Vio claramente un par de faros que la deslumbraban cuando trataba de esquivar el coche, pero su estado emocional había adormecido sus reflejos y, un instante más tarde, sintió una terrible sacudida cuando aquel vehículo se estrelló contra el suyo.

En su prisa por abandonar la casa de Lyle, no se había ajustado el cinturón de seguridad y el impacto la lanzó hacia el frente como una muñeca de trapo. Experimentó un penetrante dolor en la cabeza al golpeársela contra el volante; las luces y el ruido se intensificaron por un momento, y luego un manto de oscuridad la envolvió.

Christie no recordó después si había recuperado un poco la conciencia, o si sólo había sido un extraño y cruel sueño, la imagen de Lyle a su lado, estrechando su mano. Si su mente había conjurado esa imagen, no se oponía a ello, porque pudo encontrar fuerza en su imaginaria presencia, y se aferró, agradecida, a la fuerte mano.

Al amanecer del día siguiente, Christie recuperó la conciencia lo suficiente para darse cuenta de que se encontraba en un hospital; durante un momento no recordó por qué estaba allí, y luego revivió el accidente y todo lo sucedido antes de eso. También tuvo un recurrente sueño en el que Lyle aparecía sentado junto a su cama. Aún podía ver su rostro pálido y rígido, pero en ese momento no había nadie allí, y tampoco una silla junto a su lecho. Debió de ser su subconsciente el que conjuró la presencia de Lyle en el cuarto que ocupaba.

—Buenos días, señora Venniker —saludó una voz alegre y jovial, y Christie frunció el ceño a la enfermera vestida de blanco que se acercaba a la cama.

¿Señora Venniker?

—¿Cómo se siente esta mañana? —preguntó la mujer, mientras Christie trataba de asimilar el título que le había dado.

—Me duele todo el cuerpo y la cabeza —confesó Christie mientras la enfermera le tomaba la presión arterial.

—Es natural, pero la molestia desaparecerá en el transcurso del día —aseguró la mujer con una sonrisa, y luego de revisar su pulso, soltó el brazo de Christie.

—No me rompí nada, ¿verdad? —Christie se movió con cuidado, y respingó.

—Tiene una pequeña herida en la frente, y algunos golpes bastante fuertes que la molestarán durante los próximos días.

Colocó un termómetro bajo la lengua de Christie, lo cual le impidió hablar, y sus dedos fríos sujetaron de nuevo su muñeca para tomar la frecuencia del pulso. La enfermera sonrió e hizo unas anotaciones en el expediente.

—¿Cuándo podré regresar a casa? —preguntó Christie tan pronto como le quitó el termómetro.

—Tal vez en un día más —contestó la enfermera; revisó la lectura del termómetro y anotó el resultado en la hoja clínica—. El doctor quiere estar seguro de que se encuentra en perfectas condiciones antes de permitir que se vaya.

Christie se llevó una mano a la frente, y exploró con cuidado las diminutas puntadas. Aún le dolía mucho la cabeza, pero no pensaba en eso en aquel momento.

—¿Qué ocurrió con la gente del otro auto?

—Sólo iba una persona en el otro coche, pero por fortuna, no resultó herida —la enfermera sonrió mientras arreglaba las sábanas —. Su marido me pidió que le dijera que no se preocupe por su auto, y que él se encargará de todo.

—¿Mi… marido? —preguntó, aturdida, con la mirada fija en los firmes movimientos de la enfermera.

—El pasó la noche sentado junto a la cama y, si yo no hubiese insistido en que se fuera a casa a descansar, seguiría aquí.

—¿Mi marido? —repitió Christie; la jaqueca aumentó y su

mente era ya un torbellino de confusas ideas.

—Sí, querida —la mujer sonrió de manera extraña—. El profesor Venniker.

—¡Oh, Dios! —gimió Christie. No había sido un sueño, ni una alucinación; era Lyle quien había permanecido sentado, pálido y tenso, junto a ella, la noche anterior. ¿Por qué?

—No estará padeciendo de amnesia, espero, ¿o sí? —preguntó la enfermera, divertida, pero Christie no estaba de humor para apreciar la broma.

Algo estalló en su interior y la llevó al borde la histeria. Contestó cortante:

—Si él regresa, no quiero verlo.

—Pero…

—¡No quiero verlo! —gritó, agitada, y un espantoso dolor le cruzó la cabeza cuando trató de incorporarse—. ¡Le digo que no quiero verlo!

—Vamos, cálmese, querida —ordenó la enfermera, y sujetó a Christie por los hombros para obligarla a acostarse—. No podemos permitir que se altere así.

—¡No quiero verlo! —siseó Christie, frenética, con los dientes apretados, mientras luchaba contra las manos que la sujetaban. Ya había sufrido mucho por causa de Lyle, y no permitiría que volviese a humillarla.

—No lo verá, si eso es lo que quiere, se lo prometo —la serena voz de la enfermera penetró al fin la barrera del dolor, y Christie se dejó caer, agotada, sobre las almohadas.

—Quisiera estar muerta —gimió, ronca, y luego rompió a llorar de manera incontrolable.

Se comportaba como una tonta, pero no podía dominarse. Su mente giraba sin parar, y dolorosas imágenes comenzaron a aparecer ante sus ojos. La realidad parecía tan distorsionada, y sintió que estaba a punto de perder la cordura, pero aquellas escenas permanecieron en su mente con terrible claridad. Lyle y Sonia aparecían iluminados por las luces del auto que se acercaba, y reían… reían… mientras que, muy lejos en el pasado, la legendaria reina de la tribu… ¡reía también! Sus risas continuaban sin cesar. ¿O sería la de ella? Una *mamba* negra levantó la cabeza y atacó; Christie sintió que los venenosos colmillos se hundían en su brazo, y

la irónica risa comenzó a desparecer al tiempo que ella caía en la oscuridad de un túnel cada vez más angosto.

Pasaron varias horas antes que Christie recuperase el sentido. La cabeza le dolía menos ahora, y tenía el cuerpo rígido y adolorido, pero su mente permaneció llena de ansiedad hasta que la enfermera le aseguró que Lyle había ya recibido la orden de no visitarla. Sólo entonces comenzó a tranquilizarse, y se entregó a un profundo sueño natural del cual despertó casi entrada la noche. Le llevaron una bandeja de comida que casi no tocó, y volvió a rendirse al sueño.

Christie despertó, a la mañana de su segundo día en el hospital, para encontrar que la sonriente enfermera estaba junto a ella.

—¿Se siente mejor esta mañana, señora Venniker?

Christie abrió la boca para protestar, pero cuando pensó en el esfuerzo que tendría que hacer para explicar, respondió:

—Mucho mejor, gracias.

—Me dio un buen susto ayer por la mañana, y tuve que aplicarle un sedante para tranquilizarla —explicó la mujer mientras procedía a cumplir con el ritual de tomar la presión, el pulso y la temperatura de Christie—. El doctor la verá muy pronto.

—Quiero irme a casa. ¿Cree que dejarán que me marche?

—Tal vez —la enfermera sonrió—, aunque tengo la impresión de que el doctor querrá que permanezca aquí otra noche.

La enfermera tenía razón; a pesar de la insistencia de Christie acerca de que se encontraba bien para regresar a casa, el médico aseguró que no podría darle de alta sino hasta el día siguiente. Le dijo que podría sentarse en una silla, si se sentía lo bastante fuerte, pero que debía pasar veinticuatro horas más en el hospital para ser observada.

Fue inútil discutir, así que Christie pasó el día hojeando revistas, muy aburrida en su soledad. Se encontraba en un pabellón semi-privado, pero nadie ocupaba la otra cama y se alegró por ello. Deseaba estar sola, necesitaba pensar, pero su mente siempre se desviaba cada vez que se acercaba hacia algo desagradable.

Se encontraba tendida sobre las almohadas, con los ojos cerrados, cuando oyó una voz familiar:

—¿Puedo entrar?

—¡Dennis! —abrió los ojos y no pudo ocultar su placer al contar

con alguien que la ayudase a pasar el tiempo—. Trae una silla y siéntate.

Los ojos verdes parecieron sonreír, divertidos, cuando él le mostró la rosa blanca que llevaba oculta.

—Debo reconocer que las puntadas y el moretón añaden un toque dramático a tu apariencia.

—¿De veras? —aceptó el obsequio y rozó con sus labios los suaves pétalos para ocultar su sonrisa—. ¿No te parezco espantosa?

—¡Estas arrebatadora!

La sonrisa se acentuó de tal manera, que no pudo ocultarla detrás de la rosa.

—Sospecho que todos esos halagos pretenden reanimarme.

—Por supuesto —Dennis sonrió al tiempo que acercaba una silla a la cama y se sentaba—. Hay un anuncio en la entrada del hospital, el cual advierte a todos los visitantes que los pacientes deben quedar de muy buen humor después de las horas de visita.

—¿En serio?

—¿No lo crees?

Ella rió al ver su intento de adoptar una expresión ofendida.

—No, claro que no.

—Eres una chica astuta —Dennis se puso serio de pronto—. Además, estás arrebatadora, a pesar de ese horrible camisón de hospital.

Distraída, ella tiró del poco atractivo atuendo que llevaba puesto, y durante el silencio que siguió, su expresión se tornó grave.

—¿Cómo supiste que estaba en el hospital?

—El profesor me contó lo del accidente —la silla crujió bajo su peso cuando se inclinó hacia ella—. Ha estado muy ansioso por ti.

—¿De veras? —preguntó con indiferencia; evitó la mirada de Dennis y puso la rosa en el vaso de agua que tenía junto a la cama.

—¿Por qué no quieres verlo, Christie? —ella evitó contestar; no quería discutir el tema, pero Dennis fue insistente y repitió su pregunta—. ¿Por qué no quieres verlo?

—Me mintió sobre Sonia —las palabras escaparon de sus labios —. Me dijo que había roto su relación con ella, pero ella estaba allí la noche que fui a verlo a su casa, y no me llevé la impresión de que su presencia lo molestara.

Dennis meditó en eso un momento, antes de decir:

—Podrías estar equivocada, ¿sabes?

—Lo dudo mucho —replicó, cínica, al recordar la forma como Lyle la había hecho sentirse como una intrusa.

—Tal vez haya una razón muy distinta que explique la presencia de Sonia en su casa esa noche —insistió Dennis—, y lo menos que puedes hacer, es darle una oportunidad para explicar.

—¿Acaso necesita aliviar sus cargos de conciencia?

—Dale una oportunidad, Christie.

—Lo siento, Dennis, no puedo —contestó, fría—, así que puedes hablar con Lyle y decirle que fallaste en tu misión.

—El no sabe que me encuentro aquí.

Siguió un terrible silencio mientras Christie digería esa información, y se despreció por haber sido tan cruel.

—No fui amable —murmuró, avergonzada—. Pero no pude evitar pensar que él te había pedido que vinieras a hablar conmigo para ayudarlo; debí saber que me equivocaba.

—El profesor es muy capaz de cuidar sus propios intereses —informó Dennis con una severidad que tal vez imitó de Lyle, luego una triste sonrisa curvó sus labios—. Aunque me pareció que tal vez pudiese allanarle un poco el camino.

Christie lo contempló enmudecida durante varios segundos, antes de recuperar el habla.

—Espero que Lyle se dé cuenta de que tiene un amigo maravilloso en ti.

—También soy tu amigo, Christie —él se inclinó y la besó en la mejilla—. No lo olvides.

Un agradable calor envolvió su corazón por primera vez desde la terrible noche del accidente y, cuando se encontró a solas, momentos después, sintió unas cálidas lágrimas resbalándose por las mejillas. Las secó con brusquedad; no lloraría más, no lo haría por Lyle Venniker. La frialdad volvió a apoderarse de su corazón y formó la armadura que la protegería del dolor. Por segunda vez en su vida, se había comportado como una tonta a causa del mismo hombre, mas eso no sucedería de nuevo. Ninguno valía lo suficiente para que ella padeciera esa agonía.

Capítulo 10

Fue muy agradable volver a su propio ambiente, pero sentía el apartamento demasiado vacío, como ella. Christie había vuelto a casa esa mañana y, al salir del hospital, encontró que alguien había colocado la llave del apartamento entre sus pertenencias. Alguien, sin duda Lyle, la sacó del llavero que contenía las llaves del auto y, al menos por eso, le estaba agradecida. Ya no le dolía el cuerpo, pero las zonas amoratadas le lastimaban aún y la herida de su frente le causaba cierto malestar. Se tendió en la cama la mayor parte de la tarde y trató de leer, mas se encontró contemplando las páginas sin comprender nada de lo que decían.

No tenía apetito, sin embargo, por la noche se preparó una tortilla de huevo con queso y pan tostado, y se forzó a sentarse a comer. Miró un programa en la televisión, pero le resultó demasiado aburrido, así que apagó el aparato y fue a tomar una ducha antes de acostarse. La tibia cascada de agua alejó la tensión de sus músculos y se sentía bastante mejor cuando se hubo lavado el cabello. La sedosa suavidad del camisón hacía un gran contraste con la prenda que había usado en el hospital, y su amplia bata de seda de amplias mangas era cálida, a pesar de ser delgada. Con una pequeña toalla se quitó el exceso de humedad del pelo, y la secadora de mano hizo el resto del trabajo; con esto último, le pareció que al fin se deshacía para siempre del ambiente del hospital.

Quería acostarse temprano, pero dudaba que lograse dormir. El médico le había dado unas tabletas que podría tomar si lo creía necesario, y con ese consolador pensamiento, cepilló su cabello hasta hacerlo relucir. Su imagen en el espejo parecía pálida y tensa, y los ojos habían oscurecido por el dolor y el sufrimiento interno. Sobrevivió una vez, le dijo a su propio reflejo, y volvería a lograrlo.

El timbre sonó, le puso los nervios de punta y casi dejó caer el cepillo. Si era Sammy, no pudo haber elegido un peor momento para visitarla. No estaba de humor para sus tácticas de persuasión, y estaba harta de pensar en una forma cortés de rechazarlo cada vez que se aparecía con un nuevo contrato.

Cruzó al recibidor y abrió la puerta sin quitar la cadena, pero el

hombre que se encontraba afuera no era Sammy, sino Lyle. Sus facciones parecían rígidas y fatigadas, pero tenía un gesto de decisión que la puso nerviosa.

—Abre, Christie. Quiero hablar contigo.

—¡Vete! —casi gritó; el corazón le latía con rapidez por la ira y por otro sentimiento que se negaba a identificar. Dio un portazo y cerró con llave, pero el timbre sonó de nuevo, y con más insistencia que antes. El ruido le destrozaba los nervios, deseaba gritar, y su instinto de conservación la obligó a abrir la puerta—. ¡Lárgate, por favor!

—Me quedaré aquí tocando el timbre toda la noche, si es necesario —la amenazó y con sólo mirar aquellos ojos relucientes, supo que cumpliría su promesa.

—Eres un… —contuvo el mordaz insulto y, derrotada, cerró la puerta para quitar la cadena. Luego, la puerta se abrió sin su ayuda y Lyle entró en el apartamento antes que ella lo invitase a pasar.

—Los dos debemos dar unas cuantas explicaciones, y algunas de ellas han sido aplazadas por demasiado tiempo —anunció, ceñudo, al tiempo que cerraba la puerta y se volvía a mirarla con una expresión que la puso a temblar.

—Tal vez tengas razón —accedió, y dio rienda suelta a la furia que contuvo durante días—. Me parece que puedes empezar por explicar por qué me registraron en el hospital como la señora Venniker, y por qué tuviste el descaro de decirles que eras mi marido.

—No me habrían permitido acompañarte toda la noche si no lo hubiese hecho así —explicó sin rodeos; se quitó la chaqueta y la lanzó a una silla, como si pretendiera quedarse un largo rato.

—¿Pensaste que al quedarte conmigo, aliviaría el peso de la culpa que tienes en la conciencia? —demandó, sarcástica, y Lyle entrecerró los ojos, furioso.

—De acuerdo, si quieres la verdad, sí, me sentí culpable porque sabía que pude haber evitado el accidente si no hubiese sido un testarudo —respiraba con agitación y cerró los puños a los costados al erguirse frente a ella—. Saliste de mi casa con tal rapidez, que te seguí en mi auto, y estaba casi detrás de ti cuando ocurrió el accidente. Dios mío, Christie…—palideció de pronto—. ¡Pudiste haberte matado!

—¡Quisiera haber muerto! —gritó al tiempo que se volvía para ocultar su angustia—. ¡Oh, Dios, cómo quisiera haber muerto!

—¡No digas eso! —su voz ronca y extraña la sorprendió, y Lyle guardó silencio durante varios segundos antes de hablar a sus espaldas—: quiero explicarte lo de Sonia.

—¿Qué necesitas explicar? —Christie rió, fría, mientras se apartaba un poco de él—. Me mentiste sobre ella, y eso no necesitaba una explicación.

—Ella no fue a mi casa esa noche por invitación mía —una pesada mano la sujetó por un hombro, y Christie sólo contó con una fracción de segundo para controlar su gesto antes de volverse a enfrentarlo—. Le habían obsequiado dos entradas para el teatro, y quería que yo la acompañase, pero me negué. Le ofrecí una copa y estaba a punto de marcharse, cuando llegaste.

Era una explicación bastante factible, y parecía muy sincero, pero ella conservaba sus dudas.

—¿De veras puedo creer eso?

—Si nuestra relación significa algo para ti, entonces tendrás que creerlo —contestó él, cortante; se irguió por completo y la contempló desde su imponente altura—. Ahora, es tu turno.

Estaba aturdida, y debió parecerlo.

—¿Mi turno?

—Quiero que me hables de ese contrato que Sammy Peterson tuvo tanto placer en pasarme por la cara —la forzó a recordar, y luego metió los pulgares en la pretina del pantalón mientras esperaba una respuesta.

Christie seguía enfadada y estaba muy herida para obedecerle de buena gana. Había un inmenso frío en su interior, y su mente estaba cerrada a todo, excepto al temor de sufrir más, pero algo en su cerebro le advirtió que no podía desperdiciar esa última oportunidad.

—No lo firmé —oyó las palabras como si otra mujer las hubiese pronunciado.

—Esa no es una buena explicación.

—No lo firmé porque nunca tuve intenciones de hacerlo —trató de nuevo; se dejó caer en una silla antes que sus piernas cedieran bajo su peso, y entrelazó las manos sobre el regazo para que no le temblaran—. Era sólo uno más de los múltiples contratos que

Sammy me ha ofrecido durante los últimos tres años. Los leí para no lastimar sus sentimientos, pero siempre los devolví sin firmarlos.

—¿Por qué no los firmaste? —demandó Lyle, y su penetrante mirada la hizo sentirse muy incómoda.

—No los firmé porque no tengo deseos de volver a la vida que llevaba antes —explicó, deseando que él se sentara en vez de permanecer parado en esa pose atemorizante. Tenía problemas para pensar con claridad, y él no le facilitaba las cosas—. Supongo que tu siguiente pregunta será: ¿en dónde encontré el disco de marfil, y por qué no te lo di antes? —al fin encontró el valor para mencionar el temido tema.

—Estaba en la vasija negra que encontraste. Christie se volvió y lo miró con incredulidad.

—¿Cómo lo supiste?

—Además de mí, tú eras la única persona que estaba enterada de la historia relacionada con esos objetos, y me parece que tú sabías que yo esperaba encontrar la pareja del disco que tenías en tu poder. La vasija era el sitio más lógico para ocultarlo, y mis instintos me dijeron que tenía razón —se sentó en el brazo se un sillón, cerca de ella, y la observó sonriente—. También eres una pésima embustera, Christie. Siempre lo fuiste y nunca dejarás de serlo.

—Si lo sabías… —movió las manos en su regazo, desesperada, mientras buscaba las palabras adecuadas—. ¿Por qué no dijiste algo?

—Llegué a la conclusión de que debías tener una razón muy importante para ocultar el disco —su mirada la mantuvo cautiva—. ¿Vas a confesarla ahora?

¿Se lo diría? ¿Podría decírselo? ¿Tendría el valor para arriesgarlo todo, incluso su orgullo, en un acto que desnudaría su alma ante el hombre que le había causado tanto dolor? La atemorizó ese pensamiento, pero algo le advirtió que ése era uno de esos momentos en el tiempo en que la absoluta sinceridad era lo único aceptable.

No podría mirarlo mientras hablaba, y se levantó para caminar, temblorosa, hasta la ventana. Apartó las cortinas y contempló la bien iluminada calle, mientras se armaba de valor.

—Tenía la… la loca idea de que… que había una cierta magia

mezclada en la unión de los dos discos.

—¿Y la hubo?

—No —negó con la cabeza, despacio—. No la hubo.

—¿Qué esperabas?

Más que oírlo, lo sintió acercarse a su espalda y, cuando sus nervios se pusieron a temblar, supo que tendría que responderle antes de que su valor desapareciera por completo.

—Esperaba que, cuando se presentara el momento adecuado, podría entregarte el disco de marfil de la misma manera como Indlovukazi se lo dio a su amante secreto.

Descendió sobre ellos un tenso silencio, durante el cual ella casi no pudo respirar, luego la profunda voz de Lyle la hizo estremecerse de nuevo:

—¿Por eso fuiste a mi casa esa noche?

—Sí —rió y movió las manos, ansiosa—. Te dije que era una idea loca.

—¡Christie! —él pareció gemir su nombre; sus manos le rodearon la cintura y los dedos se encajaron con suavidad en la piel del vientre—. ¿Me amas?

Ya no le quedaba orgullo, pero era evidente que él no estaba satisfecho, y la ira creció en ella como una barrera defensiva detrás de la cual podría protegerse.

—¿No acabo de decirlo? —preguntó, fría.

—No con esas palabras.

—¿Qué pretendes de mí, Lyle? —escapó de sus manos y se volvió para enfrentarlo furiosa—. ¿Exiges una confesión escrita con mi propia sangre, para que puedas colgarla como un trofeo en tu estudio?

—Christie —gruñó él y trató de sujetarla, pero ella escapó de Lyle, y de aquel magnetismo que aún tenía el poder de estremecerla.

—¡Vete, y déjame en paz!

—¡No, no me iré! —gritó él, y las sillas y mesas se balancearon peligrosamente mientras se abría paso a través de la habitación, hacia ella.

La expresión de su mirada la asustó, y Christie dio la vuelta y corrió hacia el dormitorio, pero Lyle la alcanzó antes que pudiera cerrar la puerta. Sus manos sujetaron con fuerza el cuerpo

femenino, lastimaron la adolorida piel al detenerla en su carrera, y sus brazos fueron como bandas de acero al estrecharla contra sí. Un grito pugnó por salir de la garganta de Christie al ver cómo la ira deformaba el atractivo rostro, pero los labios de Lyle descendieron sobre los de ella y ahogó el sonido.

Christie tuvo la extraña sensación de que su mente y cuerpo giraban en el vacío. En vez de resentimiento e ira, fue presa de un anhelo tan feroz, que rodeó el cuello de Lyle con los brazos y se aferró a él como si sólo así pudiese encontrar seguridad. Su cuerpo se amoldó al de él cuando su resistencia desapareció, y la fuerte presión de la boca de Lyle disminuyó poco a poco, hasta que la sensualidad del beso provocó que un delicioso calor la recorriera por completo. Christie temblaba cuando él al fin soltó sus labios, y permaneció abrazada a él al darse cuenta de que sus piernas no podrían sostenerla.

—Lyle… —susurró su nombre con un gemido y hundió el rostro en el amplio pecho—. Ya no me queda orgullo alguno y, si te vas o te quedas, eso no cambiará lo que siento por ti. Te amo y jamás dejé de amarte.

—Si esperas que te crea que me amas, entonces, ¿puedo saber por qué insististe tanto en el divorcio, hace cinco años?

Su cínica pregunta la aturdió y sobresaltó, y Lyle no intentó detenerla cuando se alejó unos pasos para mirarlo a los ojos.

—No recuerdo haber insistido en que terminásemos nuestro matrimonio, pero sí me acuerdo de que tú saliste furioso del apartamento, y me dijiste que iniciara los trámites del divorcio, ya que no regresarías.

Él rió, cortante, y el áspero sonido la puso tensa.

—Qué bien disimulas el hecho de que nunca tuviste la decencia de contestar a mi carta personalmente.

—¿Carta? —preguntó, sorprendida, y una increíble frialdad la embargó al mirar su expresión—. ¿Qué carta?

—La que te escribí una semana después de mi llegada a Italia —explicó, cortante y, al continuar ella contemplándolo boquiabierta, adoptó una expresión de inmenso sarcasmo—. No finjas no saber de eso, y tampoco que no recuerdas haberle ordenado a la secretaria de Sammy Peterson que me enviara una cortante nota, diciendo que no tenías ningún interés en nuestro matrimonio, y que me

agradecerías que no disputara el divorcio.

—No sé de qué hablas —murmuró, ronca, y la verdad escapó de sus labios al notar que no había ningún cambio en la expresión de Lyle—: Esperaba que me escribieses, ya que tenía la esperanza de que no hubieras hablado en serio al decir que querías el divorcio, y esperé cuatro meses antes de quedar convencida de que sí lo habías dicho seriamente —la irónica sonrisa de Lyle se acentuó al oír su explicación, y casi gritó, desesperada—: ¡Lyle, tienes que creerme!

—Quisiera hacerlo; te juro que quisiera creerte, pero después de vivir en un infierno durante cinco años, me siento más inclinado a llamarte embustera —sus ojos, encendidos de furia, recorrieron el pálido rostro que se volvía implorante hacia él, y Lyle debió haber encontrado algo en su expresión que inyectó una tenue duda en sus convicciones. La tensión del rostro se alivió un poco, y parte de la ira abandonó su mirada al tiempo que movía las manos de manera expresiva, pero no había ternura en sus gestos—. De acuerdo, digamos que no recibiste mi carta, pero si tú no la recibiste, me gustaría entonces saber quién fue.

—Yo… no lo sé —balbuceó, aturdida, y su mente revivió el pasado en busca de una explicación, sin encontrarla.

—Dime exactamente qué sucedió después que me fui a Italia —Lyle la forzó a recordar los incidentes que ocurrieron durante ese oscuro y doloroso periodo de su vida.

—Estaba muy deprimida por lo ocurrido. No quería salir a aquella gira de seis semanas, pero tuve que hacerlo, y me disgustó cada minuto del viaje. Regresé a casa esperando encontrar una carta tuya, pero no había… nada.

—¿Quién recogió tu correspondencia en tu ausencia, y que hizo con ella?

—Le pedí al portero que la recogiera y la enviara a…

—¿La oficina de Sammy Peterson? —completó Lyle cuando Christie se detuvo, horrorizada.

Su mente pareció enloquecer con las diversas imágenes que la atravesaron y las implicaciones eran tan desagradables para ella, que las rechazó de inmediato.

—Sammy jamás haría algo semejante.

—Sugiero que consideres eso con mucho cuidado, antes de descartar la idea —aconsejo Lyle, sombrío—. Jamás le agradé a

Sammy, y no se mostró muy complacido cuando nos casamos. Después, él hizo lo imposible para mantenernos separados, y no puedes negarlo, así que, ¿por qué no interceptar tu correspondencia y hacer que su secretaria contestara mi carta como si tú se lo hubieses ordenado? Fue la solución más simple del mundo —rió, cruel—. Y conmigo fuera del camino, era imposible que tú descubrieses la verdad alguna vez.

Aquello tenía sentido, pero su mente se negaba a aceptarlo.

—¡Esa es una monstruosa acusación! Sammy sabía cuánto te amaba, y cuánto deseaba que volvieras a mí. Yo no habría logrado soportar los primeros cuatro meses si no hubiese sido por su apoyo y fue él también quien al fin me hizo ver que una ruptura total me ayudaría a adaptarme a la idea de que ya no me querías.

Lyle entrecerró los ojos.

—¿Sammy te convenció de que yo no te quería?

—Sí —asintió—, dijo que era obvio que habías hablado en serio, y que sería una tonta si me aferraba a…

Se interrumpió de nuevo cuando los recuerdos invadieron su mente e hicieron imposible que continuara ignorando la terrible verdad. Cuando regresó de la gira, se encontró con que la fiel secretaria de Sammy había renunciado. Sammy ignoró el asunto y dijo que habían tenido una diferencia de opiniones, la cual hacía imposible que continuaran trabajando juntos, mas por el asistente de Sammy, Christie supo de una violenta discusión suya con la chica debido a una carta poco ética que la había obligado a escribir. Christie no le prestó importancia entonces, pero desde ese momento, Sammy no dejó de presionarla para que iniciara el juicio de divorcio. Alterada como estaba en aquel momento, Christie se permitió creer que Lyle nunca la había querido, y procedió a solicitar el divorcio. Muchas cosas comenzaban a tener sentido en ese instante, y se dejó caer en la cama, abatida, como si sus temblorosas piernas no pudiesen sostenerla.

—Oh, Lyle —murmuró, horrorizada—. Creo que ahora empiezo a entender por qué sentía que me acusabas de algo que yo no sabía, y no me sorprende que me odiaras tanto.

—Jamás te odié —la cama se movió bajo su peso cuando él se sentó a su lado, y fuertes dedos la hicieron levantar el pálido rostro para que enfrentara su oscura e intensa mirada—. Fue una terrible

sorpresa verte de nuevo cuando menos lo esperaba, y cuando pensé en el dolor que me hiciste padecer, la vieja furia renació, pero nada de eso alteró mis verdaderos sentimientos por ti.

—Lo lamento —trató de contener las lágrimas—. No sé qué decir, sólo que lo siento muchísimo.

Un dedo le rozó la mejilla y delineó el contorno de su trémula boca.

—Si hubiese confiado en mis instintos, me habría dado cuenta de que tú jamás hubieses recibido mi carta con tan absoluta falta de emoción y tampoco habrías pedido a otra persona que la contestara por ti de una manera tan cruel e indiferente.

—¿Ahora me crees que jamás la recibí? —preguntó y su corazón dio un vuelco cuando Lyle se inclinó hacia ella.

—Te creo.

Rozó sus labios con la delicadeza de un suspiro, en un beso incitante y provocativo. Ella lanzó un trémulo suspiro y entreabrió los labios con anticipación, y en esa ocasión la boca tibia y húmeda se posó en la de ella con una intimidad que envió temblores de placer por todo su cuerpo. También despertó en ella un ansia que sería difícil de controlar, pero había algo aún que necesitaba saber, y apartó sus labios de los de él para hundir el ruborizado rostro en uno de sus fuertes hombros.

—¿Qué escribiste en esa carta? —preguntó casi en un susurro, y Lyle comenzó a estremecerse al reír en silencio.

—Si me quedaba alguna duda, tu curiosidad la ha borrado para siempre.

—No bromees —suplicó—, y dime qué escribiste en esa carta.

—Escribí lo que escribe un hombre cuando se ha comportado como un tonto —contestó con ironía al posar su áspera mejilla en el sedoso cabello—. Explicaba que la desilusión de no poder llevarte conmigo me había hecho enfadar, que fui injusto al obligarte a elegir entre el matrimonio y tu carrera, y que no quería nuestro divorcio. Te pedía que perdonases mi asqueroso comportamiento y que hicieras los arreglos necesarios si es que aceptabas reunirte conmigo en Italia tan pronto como estuvieses libre.

—¡Oh, Lyle! —rodeó su cintura con los brazos y apretó su cuerpo contra él, cuando una mezcla de emociones la embargó. Experimentó la intensa alegría de saber que la quería a pesar de

todo, y también una feroz ira contra Sammy por haberles causado tanto dolor—. ¿Qué haremos? —susurró, entristecida al pensar en cómo la habían engañado.

—Bien, ante todo, te daré algo —la soltó y cuando ella se sentó, vio que él sostenía el disco de marfil entre los dedos. Se sintió un poco mareada al verlo besar el objeto y dejarlo caer en la palma de su mano y, cuando sus dedos se cerraron sobre el marfil, se dio cuenta de que él le tendía la pequeña bolsa de terciopelo azul—. Ahora es tu turno.

La mano de Christie temblaba cuanto tomó la bolsa, y tuvo problemas para soltar la cinta de satén. Había cierta magia en el momento, y una estremecedora sensación la recorrió cuando al fin metió los dedos en la bolsa y sacó el disco que encontrara en la vasija negra. Lo oprimió contra sus labios como lo había hecho Lyle y, después de colocarla en la enorme mano, preguntó, nerviosa:

—¿Significa esto lo que creo que significa?

—Significa que te amo, y que jamás pudo haber nadie más que tú —contestó Lyle con voz vibrante de emoción, y lágrimas de felicidad brillaron en los ojos azules.

—Nunca me habías dicho eso.

—Jamás he sido bueno para expresar mis sentimientos, pero estaba convencido de que siempre sabrías lo que sentía —sonrió con enorme ternura, mientras apartaba las lágrimas de Christie con los dedos.

—Estaba convencida hasta… —sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de sus triste recuerdos—. ¿Qué sucederá después?

—Tú guardarás esos discos en un lugar seguro para que permanezcan siempre juntos —ordenó Lyle, y su sonrisa se acentuó al tomar la bolsa que ella había dejado caer. Guardaron allí los discos y Lyle puso la bolsita en la mesa de noche, antes de volverse hacia Christie y tomarla entre sus brazos—. Lo único que falta ahora es que aceptes casarte conmigo tan pronto como pueda disponerlo todo.

Ella lo contempló con maravillado asombro.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Dicen que casarte por segunda vez con la misma mujer, es siempre más agradable —se burló; aquellos brazos la estrecharon

contra su pecho mientras la obligaba a tenderse en la cama y la aprisionaba con el cuerpo—. ¿Te casarás conmigo, Christie?

—Sí, oh, sí —susurró; sus manos tocaron las ásperas mejillas en un intento por convencerse de que no soñaba, y un sollozo escapó de su garganta al abrazarlo y ocultar su rostro húmedo en el tibio cuello—. ¡Oh, cariño, te amo tanto!

Se abrazaron con desesperación, y se besaron con una pasión que no lograban saciar.

—Te deseo, Christie, y no esperaré hasta que sea legal nuestra unión —rugió, al tiempo que hundía el rostro en el perfumado valle de sus senos—. ¿Me dejarás amarte?

—Recuerdo que no me lo preguntaste la última vez —bromeó, excitada y con la voz ronca, cuando él apartó los extremos de la bata y comenzó a tirar de la cinta de satén que le daría un mejor acceso a su cuerpo.

—Aún me encontraba afectado después del incidente con la *mamba*, y estaba furioso conmigo mismo por amarte y desearte todavía. No pretendía hacerte el amor como un castigo, pero terminó de esa manera, y me desprecié por ello después.

—Lyle… —gimió ella cuando las manos se deslizaron bajo el camisón de seda—. Eso es parte del pasado y lo dejaremos así. Este es otro momento en el tiempo, y no debemos estropearlo reviviendo demasiadas cosas del pasado.

—Un momento en el tiempo —repitió, ronco, y guió las manos de Christie al interior de su camisa desabotonada—. Cuando cantaste esa canción en nuestra última noche en el campamento, sentí que me abrías el alma, y tuve que alejarme antes que alguien notara lo que me sucedía.

Ella jamás había visto en él una expresión tan tortuosa, y sintió su agonía como si fuese propia.

—Cariño…

—Tuve que pensar mucho después de eso, y decidí que, sin importar lo que hubieses hecho antes, no permitiría que abandonaras mi vida de nuevo.

—Lyle —murmuró impaciente contra su labios—, ámame.

El rió de pronto; fue un sonido ronco, y triunfal, como música para los oídos de Christie y tal vez, en algún distante momento en el tiempo, se escuchó un eco de esa risa de profunda satisfacción.

Fin